

---

# El libro de Aladino

---

Edición de René R. Khawam



Lectulandia

La historia puede parecer sobradamente conocida: el hallazgo de una lámpara permite cumplir los deseos de un joven de casarse con una bella princesa. Sin embargo, ya desde el siglo XVIII, y sobre todo en el XX con las versiones Disney, el cuento ha sufrido tal cantidad de manipulaciones y arreglos que se ha desvirtuado por completo su sentido y, lo que es peor, se ha desvanecido su carácter de antecedente del realismo mágico que sin duda tiene.

En su excelente prólogo, Khawam no solo pone los puntos sobre las íes en cuanto a la historia del texto, sino que lleva a cabo una brillantísima interpretación de la importancia que tiene *El libro de Aladino* en la historia de la literatura.

Cuando René R. Khawam publicó la que hoy conocemos como la edición definitiva y canónica de *Las mil y una noches*, algunos lectores se sintieron decepcionados al descubrir que no pertenecían a este libro algunos de los relatos tradicionalmente asociados a él, como, por ejemplo, el de Aladino. Como explica Khawam en la introducción a *El libro de Aladino*, lo que Antoine Galland bautizó como *Historia de Aladino y su lámpara maravillosa* fue incorporado a *Las mil y una noches* muy tardíamente, después de que en mayo de 1709 el ilustre orientalista oyera una versión del relato en boca del narrador sirio Hanna Diap.

Por ello, Khawam decidió que, como hiciera con *Las mil y una noches*, había que remontarse a las fuentes originales, que no podían ser unas ediciones árabes que edulcoraban los relatos, sino solo las diversas copias manuscritas existentes. Esta es, pues, la primera edición completa, sin arbitrarios cortes ni fantasiosos arreglos, de la historia de Aladino, en la que, en palabras del propio Khawam, «más allá del cuento moralizante [...], se perfila una obra de ambición mucho más firme: una suerte de novela de aprendizaje» con la que nace un nuevo tipo de realismo literario.

Pese a su brevedad y a la menor complejidad, *El libro de Aladino* se nos descubre como un libro tan importante o más que *Las mil y una noches*, y su público potencial es el mismo.

**Lectulandia**

Anónimo

# **El libro de Aladino**

ePub r1.0  
Titivillus 5.5.15

Título original: *Le Roman d'Aladin*

Anónimo, s. XI

Traducción: Manuel Serrat Crespo

Diseño de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

RENÉ R. KHAWAM, ED.

# **EL LIBRO DE ALADINO**

Texto establecido a partir  
de los manuscritos originales

Traducción de Manuel Serrat Crespo

## Introducción

Algunos lectores se extrañaron, y nos hicieron llegar incluso cierta decepción, al no encontrar el famoso texto de *Aladino y la lámpara maravillosa* en nuestra reciente edición íntegra de *Las mil y una noches* (Éditions Phébus, 1986-1987, 4 vols.)<sup>[1]</sup>. Su extrañeza habría cedido por sí misma si hubieran leído atentamente la explicación que damos de esta «laguna» en nuestra Introducción a *Las noches: Aladino* nada tiene que hacer en esa antología, donde solo fue introducido muy tarde y de un modo muy infiel. Por lo que se refiere a su decepción, no habrá durado mucho, puesto que aquí está ya el *Aladino* de sus sueños: publicado ahora por primera vez en su versión completa, sin arbitrarios cortes ni fantásticos arreglos, una versión establecida — insistamos en ello también esta vez—, no a partir de las ediciones árabes, que están a su vez muy edulcoradas, sino a partir de los manuscritos y solo de ellos.

La «Historia de Aladino y la lámpara maravillosa» —adoptando el título de Galland— está ausente en el más antiguo manuscrito de las *Noches* (ms. A, el cual se conserva en la Bibliothèque Nationale de Francia), que el propio Galland hizo traer de Oriente. Puede entonces extrañar ver que el relato figura en la edición que el simpático orientalista hizo de las *Noches* a comienzos del siglo XVIII. De hecho, al parecer Galland solo conoció las aventuras de Aladino a través del relato oral que le hizo en su propia casa, en mayo de 1709, el narrador sirio Hanna Diap, por aquel entonces de visita en París. Por lo demás, es preciso aguardar al siglo XVIII para ver como el *Relato de Aladino* se introduce en el texto árabe de las *Noches*: así ocurre en los manuscritos C y D de la Bibliothèque Nationale. Todo parece indicar, pues, que estamos ante un añadido, y un añadido tardío. Pero esa intrusión intempestiva acabará imponiéndose, al hilo de las mutilaciones y divagaciones de costumbre, y *Aladino* será a su vez (como el infortunado Simbad) convertido en «noches» por las necesidades de la causa (por nuestra parte hemos decidido organizar el texto en «capítulos», basándonos en la articulación natural del relato).

Era pues importante regresar a la versión más digna de confianza: la de los dos manuscritos existentes, que hemos comparado entre sí detalladamente antes de decidimos por la mejor lección posible. Dicha lección, y se advierte de entrada, difiere amplísimamente del texto que da Galland en su «traducción», algo que nada tiene de sorprendente si sabemos que la traducción cuestionada no es otra cosa que la adaptación del discurso de un narrador, captado al vuelo... Y, verosímilmente, tributario de los caprichos de la memoria. Dicho esto, la versión Galland, tras casi tres siglos, seduce todavía por su elegancia y su naturalidad, por muy «naturalizada» que sea. Más ajenas y, en definitiva, menos defendibles nos parecen las libertades que se tomó la traducción del doctor Mardrus, a finales del siglo XIX. Está claro aquí que

Mardrus (que trabaja, como sabemos, a partir de la muy errónea e infiel edición árabe de Bulaq, de 1835), confiando poco en sus propias fuentes, intenta arreglar las cosas a su modo... Si es necesario corriendo el riesgo de ser más «oriental» que su modelo, lo que le arrastra a muchos efectos discutibles. Y eso nos lleva a plantear la pregunta esperada, la misma que nos venía ya a la pluma con respecto al *Simbad*: ¿se ha leído *Aladino*? La publicación de la presente obra, o eso queremos creer, la responderá suficientemente.

No entremos inútilmente en detalles. Observemos solo que, en su conjunto, la edición árabe de Bulaq —y la edición Mardrus muy a su pesar— permiten que se filtre entre las líneas del discurso un moralismo que no aparece en la lección de los más antiguos manuscritos. El Aladino de los editores de Bulaq (sin duda venerables jeques, que oficiaban, lamentablemente, a la sombra de los puntillosos minaretes de la universidad cairota) es un muchacho extraviado que echa a perder su juventud vagabundeando por las calles en compañía de los peores bribones... y cuya primera falta es desobedecer a su venerable padre. Las aventuras que le caen encima serán presentadas como otros tantos castigos. ¡Ah, si hubiera obedecido...! En resumen, la autoridad de los padres se considera importante, lo cual se demuestra. El texto de los manuscritos, en este punto, es más sencillo, más directo y, en definitiva, más cercano a la vida. Ciertamente, Aladino se porta al principio como un golfo: hace solo lo que quiere y se complace, por muy poco que sea, en la negación de la autoridad. Pero el autor anónimo del texto no lo critica en exceso... Bien hay que vivir la juventud. Para él, es evidente que nos las estamos viendo con un buen muchacho algo descarriado: no con un depravado ni, menos aún, con un vicioso. Eso cambia por completo la óptica del relato e introduce en ella una dimensión de libertad que el islam rigorista de finales del siglo XVIII solo podía intentar reducir.

Por ello, más allá del cuento moralizante, de miras demasiado cortas a nuestro entender, se perfila una obra de ambición mucho más firme: una suerte de «novela de aprendizaje», si se quiere, donde el recurso a la magia no dispensa al héroe de afirmar sus propias cualidades, y con tanto mayor mérito cuanto al comienzo de su vida se ha mostrado abiertamente bribón. «Novela», acabamos de escribir casi sin pensar en ello. Y, precisamente, ¿no es el genio del desconocido autor del texto haber forzado el género inmemorial del cuento, y del cuento «mágico» por añadidura, a aventurarse por nuevos caminos, a correr el riesgo capital de la fidelidad a lo real? Algo que, apresurémonos a decirlo, no nos priva en absoluto de la poesía, cosa que el lector advertirá por sí solo.

Fechar históricamente esta pequeña «revolución» literaria no es en verdad asunto sencillo. El autor se refiere, aquí y allá, a los preceptos de un islam singularmente primitivo (como la prohibición del beneficio pecuniario sobre los metales preciosos: los platos de plata que vende Aladino). Los habitantes del «África interior» (Mauritania y Sudán) son representados por él como impíos entregados aún a las supersticiones de la antigua magia; ahora bien, el islam se extiende entre estas

poblaciones a partir del siglo XI. Al mismo tiempo, en China, que es la patria de Aladino, la religión del Profeta brilla sin restricciones en la corte de los reyes. Sabemos que la Edad Media árabe entiende a menudo por «China» esa porción de la Ruta de la Seda que, desde la estepa kirguiza hasta el actual Sinkiang, se abre resueltamente al islam a fines del siglo XI. Los indicios de esta suerte no abundan en el texto. Permiten sin embargo, por su concordancia, situar el *Aladino* en una fecha bastante anterior a la de las *Noches* (que debieron de componerse hacia finales del siglo XIII). Aventuremos la hipótesis de una redacción del texto en la segunda mitad del siglo XI y sin duda no estaremos muy lejos de la verdad.

Hablando con claridad, nos encontramos aquí, aproximadamente, a mitad de camino de esos dos polos extremos del cuento árabe clásico que encarnan, con medio milenio de separación, las emblemáticas figuras de Simbad (finales del siglo VIII) y de Sherezade, la «Tejedora de las *Noches*». Y, de hecho, entre el relato lineal del célebre Marino y el arte laberíntico de la hermosa narradora, *Aladino* representa un punto de equilibrio bastante raro: donde la panoplia mágica tradicional solo se utiliza, diríase, con una suerte de reticencia...

«Recuerda, lector, qué hombre hemos conocido, y en qué miserable estado; considera luego, ahora, la floreciente situación de nuestro héroe». Así se expresa, poco más o menos, en cierto momento de su relato, nuestro enigmático autor, un astuto espíritu sin duda y versado en retórica, que quiere cuidar sus efectos y poner de relieve una inaudita metamorfosis. Pero una metamorfosis que nunca sabremos a qué atribuir: en nuestro ritual narrativo, nosotros, los occidentales, tenderíamos a imputarlo al determinismo de los hechos, a algún encadenamiento psicológico, por muy improbable que fuese, pero el elegido no sería lo que es si estuviera sometido a la ley común. Así pues, es aquello en lo que se ha convertido, de una vez y definitivamente.

Sin embargo, al decirlo, el narrador juega hábilmente en otro tablero: si objetáis, parece avisarnos, lo maravilloso del asunto, y no queréis seguirme porque eso solo existe en los cuentos donde os la quieren dar con queso, os responderé entonces, hombres de poca fe, que la Providencia no tiene por qué desvelarnos las vueltas y revueltas que dan sus designios, nos basta con observar lo que construye. Sí, pero ¿y los demás, los que están convencidos de antemano de que la tesis queda clara y la Gloria de Aquel que está lleno de Habilidad y Eficacia puede muy bien prescindir de esta pobre demostración de Su Grandeza? Pues bien, es conveniente responder a éstos que no han visto aún lo más hermoso. El relato se reaviva a cada instante y, de igual modo que otros relatos son de viaje por el vasto mundo, éste es un itinerario donde se alternan subidas y bajadas al albur de un destino que unas veces nos reserva algo bueno y otras algo malo.

En el fondo, encontramos el realismo absoluto, dicho sea sin paradoja. Pues ¿cuál es ese sorprendente estatuto de lo maravilloso que, utilizado a diestro y siniestro, hubiera podido conferir a cualquiera la omnipotencia? Pues bien, basta con frotar el

engarce de un anillo, o el pico de una lámpara, y las riquezas del mundo están a tus pies, abolidas las distancias, colmada la separación de los niveles sociales, que te convierten en humilde súbdito ante un sultán. Pero, todos los lectores estarán de acuerdo, el héroe usa solo con parsimonia esas armas mágicas, y solo en los momentos críticos. Ved cómo economiza los víveres que le son generosamente entregados, tan generosamente que podría hacer que se aprovecharan de ellos todos los compañeros de barrio, pobres como él, y toda China por lo demás. Pero a nuestro héroe no le preocupa: ¿Dónde estaría la aventura si todo se le ofreciera según su deseo? De eso depende su cualificación, un poco como en la canción de gesta, donde las pruebas y solo las pruebas cuentan, de modo que la bravura debe forzosamente encontrar sus límites. Aquí la especie del apremio es idéntica: es necesario que las magníficas fuentes que contenían el alimento sean objeto de una transacción, que esos platos de plata se vendan en el mercado a una cotización del metal adecuada (de paso se suelta un sopapo al mercader judío, pues se aprovecha del ingenuo) cuando puede tenerlos a manos llenas...

Realismo, sí, pero el del oyente. Debemos pensar en esos mercaderes que escuchan boquiabiertos esa circulación de los bienes contando mentalmente el legítimo beneficio que de ellos puede obtener un experto. Ahí empieza y termina la identificación, esa especie de ética capaz de borrar lo arbitrario; en suma, lo que nuestros economistas de hoy denominarían un «estudio de mercado». Esa intrusión del realismo en lo fantástico no procede tanto de la voluntad del mismo narrador cuanto de la representación que el narrador se hace de su público. Explotado sin gracia y sistemáticamente, el recurso a lo maravilloso no hubiera tenido, sin duda, el encanto que ofrece, precisamente, un incierto y mesurado abandono a los encantos. Los especialistas en teología dirán sin duda lo que estaba permitido en este recurso y qué límites de buena ley podía tolerar un islam que se infringe. Pero el lector ordinario sabe que la imaginación detesta meter ambos pies en el mismo zapato y que el todo-magia como único resorte —un poco como la energía rechaza hoy el todo-petróleo— es un riesgo que no puede correr ninguna palabra digna de fe.

Así pues, Dios tiene algo que decir. A la madre no le gustan los *djinns*, y convocarlos para que se cumplan nuestros pobres deseos humanos es transgredir la ley. Se cubre ella el rostro, dejando que su hijo se las arregle con el pecado. Pero, mirándolo bien, ¿quién ha perturbado el orden del mundo? El hechicero. Por muy seguro que estuviese de no poder disfrutar solo los goces de la fortuna, no supo pactar con ese espíritu de medida, practicó el *hybris*, ese defecto mortal para los griegos y, tal vez, para toda la cuenca mediterránea. La habilidad de Aladino consistirá, con la ingenuidad que le caracteriza, a él, a ese pobre de espíritu congénito, en responder, pues habrá sido agredido una vez por todas. Solo podrá vendar esa irreparable herida en la cima de la gloria, habiéndose tomado la revancha del simple. Haber sido ayudado por los instrumentos de lo maravilloso ni siquiera le ha dispensado, lo advertimos en el rincón de un párrafo, de convertirse en un caballero consumado. Ved

qué límites se impone la Lámpara, ¿habría ayudado hasta el fin a un patán?

En resumen, no es una maravilla que la lámpara haga maravillas. En este cuento maravilloso hay moraleja, como en una fábula. Un hombre ha merecido su destino: sus propias aventuras lo convierten en un iniciado. Y esa iniciación nos colma, pues resulta que el beneficiario de tantos dones supo utilizar del mejor modo lo que le había sido ofrecido.

Lo que supone decir que, en el momento en que esta pequeña obra maestra fue redactada, la literatura de ficción está a punto de descubrir lo siguiente: que el arte de la composición consiste, precisamente, en componer con los extremos... o, si se prefiere, añadir un poco de agua al puro vino de nuestros sueños, no para hacerlo mejor sino, sencillamente, consumible. *Aladino*, girando su llave mágica, acaba de abrir de par en par la puerta de las ambigüedades.

René R. Khawam  
Suresnes, 4 de septiembre de 1987

# Capítulo I

## Un tío inesperado

Érase una vez, en una de las numerosas ciudades de China, un hombre, sastre de profesión y que vivía en una gran pobreza. Le había nacido un hijo a quien había puesto por nombre Aladino. Ahora bien, ese hijo, desde su más tierna edad había mostrado un carácter muy recalcitrante: no tardó así en verle merodeando por las calles. Tenía diez años cuando a su padre se le metió en la cabeza hacerle aprender un oficio, pero nuestro pobre sastre carecía tanto de recursos que, para él, no se trataba de asumir más gastos poniendo a su hijo como aprendiz o, peor aún, aguardar a que hiciera estudios y acabar viendo cómo se convertía, aunque muchos años más tarde, en maestro-artesano. La solución era tenerlo a su lado, en la tienda, e intentar convertirle en un sastre como él. Pero eso suponía no contar con la indocilidad de un joven acostumbrado a la calle, que por toda disciplina solo conocía la libertad de jugar fuera con sus compañeros. Resultó pues imposible tenerlo encerrado aunque solo fuera un día en el taller paterno. Apenas el sastre había vuelto la espalda, si tenía que ausentarse para hacer algún encargo o visitar a algún cliente, el bribón de su hijo ponía pies en polvorosa e iba a reunirse con sus congéneres para pasear en su compañía por los parques de la ciudad. Así vivía, sin prestar la menor atención a lo que sus padres le ordenaban. ¿Cómo ejercer asiduamente, en estas condiciones, un trabajo cualquiera?

El padre no podía más: su hijo le causaba demasiadas pesadumbres con sus rebeliones cotidianas. Fatigado, cayó enfermo y, luego, desapareció dejando a Aladino en su triste situación, mientras la madre, viéndose viuda y con un chiquillo callejero a su cargo, con un inútil por todo sostén familiar, solo pudo vender la tienda, con lo poco que contenía, para comenzar a hilar algodón y vivir de su trabajo: al menos, aunque tuviera que soportar sus penas, el vagabundo de su hijo tendría algo que comer.

Él, por su lado, se sintió librado de una vez por todas de los cotidianos reproches que su padre le dirigía: así podría entregarse más fácilmente a sus queridos paseos, sin tener que escuchar ya «no hagas eso, no hagas aquello». Y esta vida duró para él hasta los quince años de edad.

Pero he aquí que, un buen día, el grupito que formaba jugando en las calles del barrio con sus compañeros de ordinario, tan tunos como él, atrajo precisamente la atención de un viandante que se detuvo y contempló largo rato la escena, luego acabó concentrando su atención en Aladino examinando sus rasgos: visiblemente era el único que le interesaba. El hombre era, en realidad, un extranjero, un viajero procedente de lo más profundo de los parajes del Poniente<sup>[2]</sup>. Se trataba de un mago,

como dijo un reputado historiador, que lo consideraba capaz de ordenar a una montaña que fuera a colocarse cabeza abajo sobre otra. Mirando simplemente a la gente, podía saber lo que les aguardaba, tan experto era en signos inscritos sobre el rostro.

Tras haber contemplado bien a Aladino, el hombre se dijo:

—Éste es, en efecto, el joven que busco, para encontrarlo abandoné mi país y he recorrido el vasto mundo.

Primero tomó aparte a uno de los niños, que arrancó del grupo para interrogarlo sobre Aladino, preguntándole de quién era hijo y obteniendo así todas las informaciones que necesitaba; tras ello, se dirigió hacia Aladino y lo abordó en estos términos:

—¿No eres tú el hijo de Fulano, sastre de profesión?

—En efecto —respondió Aladino—, pero hace ya algún tiempo que murió mi padre.

Al oír estas palabras, el hombre del Poniente, el mago, se lanzó sobre el niño, lo tomó llorando en sus brazos mientras le daba numerosos besos. Sus mejillas chorreaban lágrimas, lo que no dejó de sumir a Aladino en la estupefacción y le hizo formular esta pregunta:

—¡Cuántos gemidos! ¿De qué conocías tú a mi padre?

El otro, con la voz quebrada por la emoción, le respondió tristemente:

—¿Cómo puedes hacerme semejante pregunta, oh, hijo mío? ¿No acabas de comunicarme la muerte de tu padre, es decir de mi hermano? ¡Eso es! Tu padre no era sino mi hermano... Y yo que, regresando al país tras años pasados fuera, me alegraba de poder ver a mi hermano, el hombre que, solo con el encanto de su presencia, iba a consolarme de todo lo que he padecido, resulta que me comunicas su muerte... No, no, la voz de la sangre no había mentido: estaba en efecto ante mi sobrino. Sí, te había reconocido entre todos los niños que forman ese grupo y, sin embargo, cuando me marché a ese viaje, mi hermano, tu padre, ni siquiera se había casado aún. Ahora he perdido el consuelo que de él podía llegarme, debo renunciar a esa inmensa alegría que me preparaba a sentir viéndolo, a ese hermano cuyo rostro, tras el exilio, esperaba contemplar antes de morir. Pero no: la separación ha engendrado mi desgracia; ¿acaso no me ha privado de él? ¿Cómo evitar lo que se produce cuando nuestra voluntad no es su causa? Ninguna industria está en nuestras manos cuando Dios el Altísimo permite que algo suceda.

Prosiguió, arrastrando tras él a Aladino:

—Hijo mío, estoy privado de todo consuelo, salvo aquel que en adelante encontraré junto a ti. Tú ocuparás el lugar de tu padre, puesto que has nacido de él, pues vive quien perdura en sus hijos.

Al decirlo, metía la mano en el escote de su túnica y sacaba diez monedas de oro. Las tendió al muchacho y acompañó su gesto con una pregunta:

—Hijo, ¿en qué lugar vivís, tú y tu madre, la mujer de mi hermano?

El niño se embolsó primero las monedas, luego informó al hombre, diciéndole dónde se hallaba la casa.

—Estas monedas son para tu madre, y si el Señor de misericordia lo quiere, mañana pasaré a veros; saludaré así a tu madre, podré contemplar el lugar donde vivía mi hermano y acudir al paraje donde ahora reposa.

Aladino, por su parte, lleno de júbilo, corrió hacia su madre: no era su hora habitual, pues solo volvía a su casa para que lo alimentara. Pero se acercó a ella y, con el rostro radiante, le dijo estas palabras:

—Madre mía, tengo una buena noticia. Mi tío paterno ha regresado al país y me ha encargado transmitirme su saludo.

—Hijo mío —replicó ella de inmediato—, creo que estás burlándote de mí. ¿Quién es ese hombre que pretende ser tu tío? No sé que tu padre tuviera hermano alguno que siga siendo de este mundo.

—Pero bueno, madre, ¿cómo puedes decir eso cuando este hombre me ha estrechado en sus brazos, entre gemidos y lágrimas que regaban sus mejillas? ¿Acaso no ha sido él quien, sin saberlo, me ha reconocido como su sobrino, hablándome de toda la familia? Y, para acabar de convencerte, bastará con que eches una ojeada ahí, sí, a esas diez monedas de oro que me ha entregado diciendo: «¡Dáselas a tu madre!». Y mañana, si tiene tiempo, vendrá a visitarte.

—Hijo mío —reflexionó la madre—, es un hecho que tuviste un tío paterno. Pero murió y no puedo decir si tienes otro.

El hombre del Poniente, cuando apuntó el día, fue en busca del joven Aladino, cuya separación lo hacía languidecer, y dio con él recorriendo las calles en su busca: como de costumbre, jugaba fuera con los bribones de su especie. El hombre se acercó, tomó de la mano al muchacho, lo estrechó en sus brazos y le dio algunos besos. Tras ello, tomó dos monedas de oro más de su bolsa y se las entregó con este mensaje para su madre:

—Hijo mío, dale esto a tu madre y adviértela con estas palabras: «Mi tío paterno desea hacer con nosotros dos su comida vespertina; he aquí dos monedas que te servirán para cubrir los preparativos». Pero, antes de separarte de mí, repíteme cómo se va a vuestra casa.

—Sin duda —obedeció Aladino—. Hazme el honor de seguirme.

Lo guió, de modo que el otro estuvo por completo al corriente del camino; se separaron entonces, el adulto regresó a sus asuntos mientras que el adolescente volvía a su casa, junto a su madre. Le dio las dos monedas de oro y la enteró del asunto:

—Mi tío desea hacer hoy su comida vespertina en nuestra casa.

La madre salió de inmediato a hacer las compras y regresó con todas las provisiones necesarias para la comida, comenzó luego a prepararla no sin haber pedido a sus vecinas que le prestaran los platos y demás utensilios necesarios.

Llegó pronto la hora de la cena y, entonces, dijo al muchacho:

—Hijo mío, todo está dispuesto. Es posible que a tu tío le cueste encontrar el

camino hasta nuestra casa; harías bien saliendo a su encuentro.

Apenas había asentido el muchacho cuando alguien golpeaba la puerta: era el mago del Poniente, acompañado por un criado que llevaba vino y fruta. Aladino lo hace entrar; el servidor se retira tras haber depositado su carga, mientras el visitante saluda a la madre de Aladino y le pregunta, con lágrimas en los ojos:

—¿Dónde solía colocarse mi hermano?

En cuanto ella se lo dice, brinca él hacia aquel lugar y lo besa arrodillado, gritando:

—¡Ay! ¡Qué contraria me es la fortuna! ¿Por qué te he perdido, a ti que eras mi alegría y mi consuelo? ¡Ah, hermano mío! ¡Cuántas lágrimas haces acudir a mis ojos!

En efecto, el llanto fluía, abundante, mientras él se deshacía en elogios al difunto. Para la madre era cosa segura: trataba en efecto con el hermano de su marido. ¿Cómo dudarle, viéndolo perder casi la conciencia a fuerza de lamentarse? La compasión la condujo hacia el infeliz, a quien ayudó a levantarse y dirigió estas palabras:

—¿Para qué afligirse de ese modo? ¿Quieres perjudicar tu salud, poner en peligro tu vida?

Luego, tras haber hecho que se sentara, comenzó a consolarlo; él, aprovechando esos instantes en los que estaban frente a frente sin que la mesa que debía poner la requiriese aún, le explicó entonces:

—Oh, esposa de mi hermano —comenzó—, no debes preguntarme cómo es posible que durante todos esos años en los que viviste al lado de nuestro querido desaparecido no me hayas visto, ni siquiera el tiempo necesario para conocernos. Abandoné este país hace ahora cuarenta años, cuarenta años que me retuvieron lejos de mi patria. Recorrí las regiones de la India, del Sind<sup>[3]</sup>, estuve en todas partes donde viven los árabes. Me vieron en Egipto, donde viví por algún tiempo en la Gran Ciudad, esa maravilla del mundo<sup>[4]</sup>. Por fin, fui a los países del Poniente y del África interior, que me albergaron durante catorce años.

»Allí, cierto día en el que no tenía nada que hacer salvo descansar tranquilamente, ¡oh, cuñada mía!, comencé a pensar en mi hermano, en mi país, en mi suelo natal. El deseo que nació entonces en mí de ver de nuevo a ese hermano no hizo más que crecer, hasta el punto que, entre llantos y sollozos, comencé a sentirme desolado ante el inmenso espacio que nos separaba y a maldecir ese alejamiento. Estaba decidido: tomaría el camino de la patria, del país que me había visto nacer, vería a mi hermano. Me entregué a estas amargas reflexiones: “¡Eh! Tú que vives desde hace tan largos años en el exilio, ¿has pensado en tu hermano, en tu único hermano? Vamos, en marcha, regresa a tu casa y endulza tus últimos años con la contemplación de ese amado rostro. Si tú, muchacho, recibiste de Dios, ¡gracias le sean dadas!, grandes riquezas, tal vez tengas un hermano que viva con apuros o incluso en la necesidad. Ve a verlo, aunque solo sea por si tienes que acudir en su ayuda”.

»Lo había pensado bien, solo me quedaba ya entregarme a los preparativos para el viaje, recitar el capítulo preliminar del Corán y asistir a la solemne oración del

viernes. Lo hice y, tras ello, monté en mi mula y emprendí el camino. No mencionaré las dificultades, los peligros, los malos tragos de toda suerte que tuve que afrontar, en resumen, llegué a esta ciudad con la protección del Señor, ¡exaltado y glorificado sea!, e hice mi entrada en ella. Anteayer, durante uno de mis paseos, descubrí a tu hijo que jugaba en la calle con otros niños. Créeme, oh mujer de mi hermano, te lo afirmo por el Dios Grandísimo, apenas lo había divisado cuando mi corazón se partió en dos. La sangre no reconoce sin conmoverse una sangre que le es idéntica: esta emoción me hizo adivinar que estaba ante el hijo de mi hermano. Olvidando todas mis fatigas y las penas que me habían abrumado, le vi y estuve a punto de volar de júbilo. Sin embargo, cuando me comunicó que su padre había muerto, la melancolía cayó sobre mí y fui presa de las lágrimas, como has debido de saber por su propia boca. Pero tengo ahora un motivo de consuelo, viendo que Aladino va a perpetuar el linaje familiar, pues no ha muerto por completo quien perdura en sus hijos.

La madre se deshizo a su vez en lágrimas y, para intentar que la viuda olvidara el cruel recuerdo que ese discurso removía, el hombre se dirigió al hijo. Ella interpretó el gesto como una mayor simpatía hacia ella pero, en realidad, aquel extranjero había reanudado la conversación solo para completar su astucia:

—Hijo mío —le preguntó a Aladino—, ¿qué oficio has aprendido? ¿Cómo te ganas la vida? ¿Has adquirido alguna habilidad que te permita cubrir tus necesidades y también las de tu madre?

El joven se ruborizaba de confusión ante esas preguntas. Se limitaba a clavar, agachando la cabeza, sus ojos en el suelo. Pero fue la madre quien respondió.

—¿Cómo va a traer dinero aquí? Por Dios, ¡no sabe hacer algo distinto a lo que has visto con tus propios ojos! Correr todo el día por las calles con tunantes como él, ¡ah! ¡Eso sí que sabe hacerlo! Su padre murió, ¡qué tristeza cuando pienso en ello!, por ese mal crónico que se lo llevó, la conducta de su hijo. ¡Y cuál no será, así, mi miseria! Hilo algodón, dejo en ello, día y noche, la salud, y todo por dos panes redondos, uno para él y otro para mí. He aquí, oh, hermano mío, cómo es tu sobrino. Solo vuelve a casa para sentarse a la mesa. Por lo demás, en adelante, cerraré la puerta con llave, palabra, lo dejaré fuera y se verá obligado a marcharse y buscar un trabajo que le permita comer. Soy demasiado vieja, no puedo afrontar una doble fatiga por una segunda boca que alimentar, por un hombre, Dios mío, no por un niño. No, no, las cosas no debieran ser así: que se gane su vida y la mía, ¡pero yo trabajo por los dos!

Al oír estas palabras, el huésped se volvió hacia Aladino:

—¿Por qué, oh, hijo de mi hermano —lo reprendió—, sigues entregándote a esos vagabundeos? Te deshonra, y no parece una conducta acorde con tus cualidades, pues no eres tonto, hijo mío, y la familia de la que procedes es conocida en el bien. Para ti es una vergüenza dejar que te alimente tu madre, una mujer de edad, y viuda por añadidura. Ahora que eres ya mayor, debes asegurar tu subsistencia con total independencia. Abre los ojos al mundo, oh, hijo: gracias a Dios, esta ciudad abunda

en maestros capaces de enseñar variados oficios. Consulta tus inclinaciones y elige la actividad que te permita, cuando seas adulto, ganar tú mismo, al menos, la hogaza de cada día. Es posible que no sientas afición alguna por la profesión que ejercía tu padre; no importa, dime lo que te gustaría y haré todo lo que esté en mi mano para ayudarte.

El muchacho guardaba silencio: hubiérase dicho que tenía dificultades para pronunciar las palabras, tan mudo permanecía. Por esa obstinada negación a abrir la boca, el viajero comprendió que Aladino no quería oír hablar de oficio alguno y que lo único que le interesaba era seguir corriendo por las calles.

—Oh, hijo de mi hermano —prosiguió—, exprésate sin rodeos y sin turbación. Si no quieres aprender ningún oficio, encontraré dinero para instalarte en una tienda, de la que serás el dueño y donde solo tendrás que vender las más valiosas telas.

Esta proposición agradaba más a Aladino: que su tío lo estableciera en ese gremio le convenía, pues se veía ya con un vestido nuevo, según la moda de los mercaderes elegantes. Sostuvo entonces la mirada del hombre, sus rasgos se relajaron y el movimiento que acababa de hacer podía tomarse por una señal de acuerdo.

El mago comprendió entonces, por la mímica de Aladino, lo bien que pensaba el niño de la profesión de mercader. Prosiguió:

—Puesto que aceptas que te instale por tu cuenta en una tienda abierta a mi cargo, bastará con que te muestres un hombre, oh, sobrino mío. Mañana, si Dios lo permite, te llevaré conmigo al mercado y te compraré lo necesario para vestirme como es debido en tu nuevo estado. Tras ello, nos pondremos a buscar el local donde ejercerás tu actividad. Cuenta conmigo y con mi firme apoyo en este proyecto.

Estas últimas palabras terminaron definitivamente con las dudas de la madre, insegura aún: pero ¿cómo no creer que fuera su cuñado cuando se comprometía a enseñar a su propio hijo la profesión de mercader, a proporcionarle el capital inicial, sin mencionar las pequeñas ventajas que le facilitaba por añadidura? No, no, decididamente un extraño no actuaría así con Aladino. Solo le quedaba pues prodigar sus consejos al niño, convencerlo de que arrancara de su espíritu las inconsistentes quimeras que había dejado que poblasen sus pensamientos y de que viviera por fin de acuerdo con las reglas de su edad, obedeciendo en adelante a su tío paterno, que remplazaba a su padre: había que recuperar el tiempo perdido, esos días pasados en balde con sus bribones congéneres.

Era el momento de sentarse a la mesa: la madre colocó los manjares que había preparado para la cena y los tres comensales, acomodándose, comenzaron a hacerle los honores. La conversación entre el adulto y el muchacho versó sobre todo lo que se refería al negocio, así como a las actividades anexas que le están vinculadas. Aladino sentía una alegría que le daba alas. La noche estaba ya en su mitad; entonces, el extranjero se levantó para despedirse, no sin haber prometido que regresaría a la mañana siguiente para ver a sus anfitriones y que pasaría a recoger a Aladino para ir a vestirlo de acuerdo con su nueva situación. Dejo que se imagine la felicidad que

arrobaba al niño y le impidió pegar ojo en toda la noche.

Por la mañana, el hombre de los países del Poniente fue a llamar a la puerta. Cuando la madre le hubo abierto, declinó la invitación a entrar, limitándose a pedir permiso para recoger al niño y llevarlo al mercado. Éste se presentó de inmediato y saludó a su tío, que, tomándolo de la mano, lo llevó enseguida a casa de los mercaderes especializados: una tienda estaba especialmente, a su modo de ver, del todo aprovisionada de ropajes de toda suerte y el hombre solicitó allí, para su sobrino, ver un atavío de mercader, pero cortado en los más valiosos paños. Le enseñaron varios, que no solo estaban completos sino que, además, se enriquecían con todos los accesorios cómodos.

—Elige, hijo mío —dijo a Aladino—, el que de aquí quieras.

El sobrino apreció mucho la libertad que su tío le daba. Tomó pues, de lo que se extendía ante él, aquello hacia lo que su gusto lo conducía y que el otro pagó a tocateja, antes de llevar a Aladino a los baños públicos. Ambos se lavaron allí y, luego, al salir del establecimiento, se sentaron para relajarse y tomar una bebida refrescante. Entonces el niño se acercó a su tío, le dio las gracias y le besó la mano. Llevando los vestidos nuevos que se había puesto para la circunstancia, aquel atavío de mercader por lo tanto, acompañó a su tío al mercado y se hizo explicar por su propia boca el modo como se hacían las operaciones de compra y de venta.

—Hijo mío —dijo el tío—, debes tratar con esa clase de gente que aquí ves, y en especial con los mercaderes al por mayor, para aprender de ellos cómo llevar tus asuntos, pues hete aquí miembro de esta profesión.

Ambos continuaron su paseo con la visita a varios barrios de la ciudad, con tantas mezquitas como lugares de ocio, de modo que al final de su recorrido entraron en un restaurante, donde se hicieron servir un almuerzo en platos de plata. Tras haber comido y bebido según sus necesidades, salieron saciados y el adulto inició la visita a las curiosidades de la ciudad, monumentos grandiosos o simples lugares agradables a la vista: así entraron en el palacio del sultán, donde Aladino, conducido por su guía, admiró todo lo que tenía cierto interés. Luego, fue introducido en el caravanserrallo de los mercaderes extranjeros, pues allí se había alojado el tío: cenaron con algunos de ellos, precisamente con sus vecinos de yacija, a quienes Aladino fue presentado como su sobrino. Tras la comida, tras el descanso que le siguió y, puesto que era ya de noche, el hombre del Poniente acompañó a su sobrino hasta su casa, y con sus propias manos lo entregó a su madre.

Apenas vio ésta a su hijo ataviado de mercader cuando creyó perder el sentido de alegría. Dirigió a su cuñado los más cálidos agradecimientos por los beneficios con los que había colmado al niño.

—¿Existen, oh, cuñado mío —exclamó—, palabras lo bastante elocuentes como para expresarte un agradecimiento que durará mientras dure mi vida? ¿Sabré alabar bastante la gracia que concedes a mi hijo? ¡Y pensar que no merece en absoluto todas las atenciones que le prodigas!

—Oh, mujer de mi hermano —respondió el viajero—, nada he hecho de extraordinario: ¿acaso ese niño no es mi hijo, y no es mi deber ocupar junto a él el lugar de mi hermano difunto? Vamos, no te preocupes en absoluto.

—Pido a Dios, en nombre de la gloria adquirida por los más ancianos y los más recientes de Sus servidores —exclamó la mujer— que te tome bajo Su custodia, oh, cuñado mío, que te mantenga en buena salud y aumente el número de tus años, para que seas siempre como dos alas que ayuden a volar a este infeliz huerfanito. Que permanezca siempre bajo tu autoridad, que solo ante ti responda y que solo actúe de acuerdo con tus órdenes.

—No tienes que preocuparte por eso —repuso el hombre—. Aladino es un niño que no carece de inteligencia y, además, la naturaleza lo ha puesto en el grupo de quienes tienen buen fondo. Espero que sea para ti una inagotable fuente de alegría, que asuma dignamente la sucesión de su padre y que tus ojos, solo con verle, se vuelvan más claros. Pero me parece difícil abrirle una tienda mañana, un viernes, día en el que todos los que están en el comercio aguardan que termine la oración solemne de mediodía para ir a los parques y a los lugares de ocio. Pero con el permiso del Altísimo, cerraremos el negocio el sábado, un día después. Entretanto, pasaré mañana por aquí a buscar a Aladino, e iré a enseñarle las delicias de los parques y los lugares de ocio, de los barrios esta vez. Quizá sea para él un paseo nuevo. En todo caso, podrá ver allí a los mercaderes y personajes importantes que suelen acudir y nada le impedirá conocer a unos y otros presentándose a cada cual.

Tras haber hablado así, el hombre de los países del Poniente volvió a pasar la noche en su hospedería y, a la mañana siguiente, volvió a llamar a la puerta del sastre. Aladino, embargado aún por la alegre excitación en que lo había puesto la jornada de la víspera, no había podido dormir en toda la noche. Imagínadlo: vestidos nuevos y coquetos, los beneficios del baño, de la comida, de la bebida, gente de toda suerte conocida, la promesa de que su tío pasaría de nuevo a recogerlo, al día siguiente, para llevarlo de paseo por los parques de los arrabales, todo aquello llevaba al colmo su felicidad, y apenas podía creer que pronto se levantaría el día. Así pues, en cuanto oyó que golpeaban la puerta, corrió para abrirla, rápido como una llama que brota. Era su tío, que lo tomó en sus brazos y le soltó sus besos, antes de llevarlo lejos de la casa.

Mientras andaban uno al lado del otro, el hombre dijo al sobrino:

—Oh, hijo de mi hermano, hoy vas a deleitar tus ojos con un espectáculo que en toda tu vida no has tenido ocasión de ver.

Tras ese preámbulo, la conversación se entabló amablemente entre ambos sobre los más diversos temas, hecha de palabras suaves y muestras de amistad, entrecortadas por francas carcajadas.

Abandonaron la ciudad por la puerta mayor y deambularon por los jardines de los alrededores, magníficos lugares de ocio, realzados por pabellones de refinada arquitectura: el hombre lo comentaba todo, abundantemente, para su joven

compañero. A cada macizo, a cada pabellón, a cada palacio que atraía sus pasos y sus miradas, el tío preguntaba al sobrino:

—Oh, Aladino, hijo mío, ¿te gusta eso?

Pero éste brincaba de júbilo, tan nuevo para él era lo que veía. Tanto y tan bien duró el paseo que, al final, ambos compañeros estaban fatigados. Se hallaban entonces en un inmenso jardín cuya contemplación reposaba el alma y hacía que todas las cosas fueran más claras de ver. Todo eran surtidores de agua que brotaban entre flores, haces líquidos saliendo de las fauces de leones de un amarillento cobre, estatuas brillantes como el oro. Entonces, ambos paseantes se sentaron al borde de un estanque para tomar cierto reposo. Aladino, lleno de alegres sensaciones, saboreaba una gran felicidad y comenzó a hablar al viajero con toda familiaridad, confiado como si se dirigiera a su verdadero tío. Éste, por su lado, sacaba ya del chal enrollado que le servía de cinturón un paquete que contenía comida, como fruta y otras provisiones semejantes.

—Debes de estar hambriento, oh, hijo de mi hermano —dijo a Aladino—. Acércate y toma lo que desees.

El niño lo hizo y ambos comenzaron a comer. Se alegraban de alimentarse y recuperaron así sus fuerzas.

—Oh, hijo de mi hermano —prosiguió el hombre—, ahora que has descansado bien, podemos proseguir nuestro camino.

El niño se levantó y, juntos, pasaron de un jardín a otro. No dejaron de andar de ese modo y pronto llegaron al pie de una alta montaña.

## Capítulo II

### Un tesoro en un escondrijo

Aladino nunca había abandonado la ciudad donde vivía y, con más razón aún, nunca se había alejado tanto. Aquella jornada de marcha era la primera en la que recorría tan largo camino.

—Tío —preguntó—, ¿adónde nos llevan nuestros pasos? Hace mucho tiempo ya que hemos dejado atrás los jardines de los arrabales y ahora estamos al pie de una alta montaña. Si queda todavía mucho que recorrer para llegar al objetivo, te aseguro que no tendré las fuerzas necesarias, pues me siento muy fatigado. No veo, por muy lejos que alcance mi mirada, ni el menor jardín donde descansar. Desandemos lo andado, si te parece.

—No, oh, hijo de mi hermano —respondió el otro—. Estamos en el buen camino y quedan aún jardines por ver. Uno de ellos, que no tiene igual entre los reyes, podrás admirarlo y te darás cuenta de que hasta ahora nada has visto. Reúne tus fuerzas y no tengas pusilánime el corazón, pues eres, gracias sean dadas a Dios, un hombre en pleno sentido del término.

Prosiguió así distraendo al niño con buenas palabras, que entremezclaba con extrañas historias del pasado, legendarias o auténticas, lo que los llevó hasta el verdadero objetivo que el mago del Poniente se había fijado, aquel lugar que se proponía alcanzar desde que salió de África hasta que llegó a China.

En un momento dado, dijo al muchacho:

—Oh, hijo de mi hermano, siéntate ahora y recupera tus fuerzas. Estamos en el lugar preciso al que nos dirigíamos. Ahora, si Dios lo permite, tendrás ocasión de contemplar algo extraordinario, y nadie, no, nadie en el mundo ha tenido ocasión de alegrar su vista con el espectáculo que te hechizará el alma. Descansa primero y, luego, irás a buscar algunos trozos de leña seca y algunas ramitas, con lo que encenderemos fuego. Entonces, y sin que te cueste nada, asistirás a un espectáculo maravilloso.

Aquel discurso azuzó de inmediato la curiosidad de Aladino, que, muy interesado por lo que su tío le había prometido, olvidó su fatiga y brincó en busca de leña y pequeñas ramitas. Recogió muchas y muchas, de modo que su tío no pudo evitar detenerlo con un:

—Ya basta, oh, hijo de mi hermano.

El mago, sin más espera, sacó de su túnica una caja, la abrió y extrajo de ella un encendedor. Lo golpeó y, con su chispa, encendió una vela, luego aguardó a que el muchacho hubiese colocado el montón de leña sobre las ramitas para prenderles fuego. Muy pronto las llamas dejaron de elevarse y se convirtieron en brasas; fue

entonces cuando el hombre tomó de otra caja la cantidad de incienso que consideró necesaria y, cuando el humo de ese incienso se elevó, pronunció unas fórmulas mágicas, conminando, en un incomprensible abracadabra, a los poderes misteriosos a que intervinieran.

Las tinieblas invadieron de inmediato el lugar. Los relámpagos perforaban la oscuridad mientras rugía el trueno. Tembló el suelo, luego la tierra se abrió ante ambos viajeros: el más joven, presa de pánico, vio cómo sus miembros se agitaban convulsivamente e intentó tomar impulso para huir, pero el de más edad lo retuvo, como poseído por una violenta cólera. En efecto, sin Aladino, el proyecto que alimentaba abortaría y ni siquiera sus procedimientos mágicos le servirían de nada: en aquel asunto, el muchacho era la abeja obrera, y el tesoro que era preciso descubrir no se revelaría si él desfallecía. De modo que el adulto levantó la mano y propinó al niño un bofetón tan fuerte que estuvo a punto de arrancar de raíz las ruedas de la infeliz víctima: Aladino cayó desvanecido y permaneció unos instantes en el suelo, sin conocimiento, tiempo bastante para que el mago movilizase su arte, que le puso de nuevo en pie, aunque llorando.

—Tío —preguntó—, ¿qué he hecho pues para merecer de ti esa sevicia?

Como respuesta, el mago procuró calmarlo con palabras benevolentes, y le dio esta lección:

—Hijo mío, no tengo para mí otro objetivo que convertirte en un hombre digno de admiración. No me desobedezcas, pues soy tu tío, el que sustituye a tu padre. Escucha todas mis órdenes y no tendrás que lamentarlo, pues no tardarás en olvidar tu dolor y el llanto que has derramado: te bastará con ver las maravillas que te prometo.

La tierra que se había abierto ante el mago dejaba ver una losa de mármol provista de una anilla de cobre que se hundía por completo en la arena. El hombre de los países del Poniente se volvió entonces hacia el muchacho:

—Oh, Aladino —le dijo—, si actúas puntualmente como voy a pedirte, serás más rico que todos los reyes de la tierra reunidos. Sabes ahora por qué te he golpeado, oh, hijo mío, y he impedido que huyeras. Aquí hay un tesoro marcado con tu nombre. ¡Y tú querías apartarte de él, a toda la velocidad de tus piernas! Pero ahora presta mucha atención: recuerda cómo he abierto el suelo con la ayuda de mis hechizos y mis conminaciones, y sabe que esta losa que estamos viendo indica dónde se encuentra el tesoro del que te he hablado. Debes agarrar la anilla y levantar la losa, pues nadie entre los humanos puede hacerlo salvo tú. Asimismo, eres el único que puede hollar la vía subterránea que lleva a ese tesoro secreto, pues está custodiado bajo el signo de tu nombre. Escucha pues con la mayor atención las palabras que voy a pronunciar, no dejes escapar ni una sola, solo podrás felicitarte por ello, oh, hijo mío. No tienes ni idea de la importancia de este tesoro; suma todo lo que poseen los reyes de la tierra y estarás lejos aún de la cuenta; pues bien, sabe que todo eso es para ti ¡y para mí!

Esas palabras hicieron desaparecer de inmediato la fatiga de Aladino, el recuerdo del bofetón recibido, el dolor infligido y las lágrimas derramadas. Aunque algo

perplejo ante las palabras que acababa de oír en boca del hombre del Poniente, se alegró al saber que todo aquel montón de riquezas iba a caer en sus manos y que así superaría en fortuna a los reyes de la tierra.

—Oh, tío mío —exclamó—, ordena y te obedeceré al punto. Basta con que hables y lo haré.

—¡Ah, hijo mío! —le dijo a su vez el extranjero—, siento por ti el mismo afecto que si yo mismo fuese tu padre. ¿Qué digo? Mis sentimientos son más profundos aún. Ya no tengo a nadie salvo a ti. Y tú eres mi heredero, tú me sucederás en la tierra.

Se interrumpió con un cálido abrazo y prosiguió:

—Todas estas fatigas las he padecido por ti. He soportado durante tanto tiempo la miseria para convertirte en un hombre rico. Así pues, no te negarás a actuar de acuerdo con lo que te dicte: agarra entonces esta anilla y tira hacia ti, como te he dicho que hicieras.

—Tío —replicó el niño—, piensa en el peso de esta losa y contempla mi edad. Nunca lo conseguiré solo, tienes que ayudarme.

—Hijo mío —afirmó el otro—, en este caso preciso de nada sirve unirse y la idea de asociar nuestras fuerzas para obtener un mejor resultado no es de recibo. Tú debes agarrar la anilla con tus propios dedos, tú debes levantar la losa. Recuérдалo: nadie salvo tú puede tocarla. Por el contrario, apenas hayas hecho presa en ella, por muy leve que sea, te bastará con pronunciar el nombre de tu padre, el de tu madre, los de tu abuelo y el ancestro epónimo de tu tribu, para ver como la piedra se levanta, sin que sientas en absoluto su peso o su resistencia.

Aladino fortaleció pues su valor y, reuniendo sus fuerzas, se entregó valientemente a la sucesión de gestos que el hombre le había indicado, mientras pronunciaba los nombres que debía. La losa cedió por sí misma, como si no pesara nada, y le bastó arrojarla a un lado para divisar la entrada de un subterráneo. Se accedía a él por una abertura cimbrada que daba a una escalera que debía de tener, como máximo, una docena de peldaños.

—Oh, Aladino —le recomendó entonces el guía—, a partir de ahí, aguza tu atención y no dejes de actuar escrupulosamente según mis directrices. Todo tiene su importancia.

»En primer lugar, se trata de movilizar toda tu prudencia al bajar por los peldaños que llevan al subterráneo. Al final de la escalera, podrás divisar una sala dividida en cuatro. En las tres primeras partes, podrás ver jarras, en número de cuatro, también, por almacén. Esas jarras contienen oro y plata en distintas formas, como monedas o lingotes. Guárdate mucho de tocarlas y, con más razón aún, de tomar para ti el menor ápice. Cuando digo tocar, quiero decir que no debes meter ahí las manos, claro está, pero cuando las flanquees para dejarlas atrás, cuida bien, asimismo, de que tus vestiduras o el vuelo de tu túnica no las roce. La misma precaución vale también para los muros, al menos hasta que hayas llegado a la cuarta estancia.

»Es también conveniente que vayas directamente y sin detenerte ni un solo

segundo, sin lo que serías convertido de inmediato en un bloque de piedra negra. Una vez en el cuarto almacén, encontrarás una puerta. Tendrás que abrirla pronunciando los nombres que te he dicho hace un rato, los mismos que te han servido para levantar la losa. Estarás entonces en un jardín, un vergel por completo plantado de árboles cargados de frutas, lo recorre una avenida por la que deberás seguir durante unos cincuenta codos. Allí, un arco por encima del suelo forma una abertura que da a una escalera de treinta peldaños. Al final de esta nueva escalera está suspendida una lámpara.

»Tendrás que tomar esa lámpara, apagarla y, luego, arrojar el aceite que alimentaba la mecha. Envolverás entonces el objeto en tu túnica y nada temas por tus ropas, no sufrirán daño alguno, pues no se trata de verdadero aceite. Ya solo tendrás que volver sobre tus pasos para regresar a la entrada del subterráneo, y si te tienta la fruta que crece en el jardín que has atravesado a la ida, puedes tomar la que quieras, pues todo ello es de tu propiedad mientras conserves contigo la lámpara.

El hombre había terminado con sus recomendaciones sobre el itinerario. Entonces se quitó del dedo un anillo y lo entregó a Aladino con las siguientes palabras:

—Toma, hijo mío, este talismán que va a salvaguardarte si algo enojoso te sucede, pero que solo cumplirá su papel si sigues escrupulosamente mis directrices. Ahora, ve, reúne tu coraje, sé valiente y baja: nada tienes que temer y, además, ¿eres un hombre o un niño? No deberá pasar mucho tiempo tras este inicio para que te encuentres poseedor de grandes riquezas y superes, y yo contigo, a los más acaudalados de los mortales.

Aladino bajó. Dio con la sala compartimentada, con sus jarras llenas de oro, y atravesó aquel espacio muy cautamente, multiplicando sus esfuerzos para no cometer tonterías, como le habían dicho. Una vez en el jardín, llegó al otro extremo y se dirigió a la bóveda por debajo de la que se ascendía por una escalera hasta la galería. Subió los peldaños: allí estaba, en efecto, la lámpara; la apagó, la libró de su aceite y la metió bajo su túnica. Solo en aquel momento, al pasar de nuevo por el jardín, se regaló la mirada con el espectáculo de los magníficos árboles que allí crecían y donde trinaban miles de pájaros, cantando al Único Omnipotente, al Creador glorioso. No había mirado nada de todo aquello al pasar por primera vez. Podía ahora admirar los frutos, que en realidad eran piedras, aunque piedras preciosas de gran valor. Lo que distinguía a los árboles era el color de las frutas en cuestión: unas eran verdes, otras amarillas o rojas, otras más de distintos colores. Translúcidas, eran como el cristal y, por su brillo, el sol alto ya en el horizonte hubiera podido envidiarlas. Por lo que a su tamaño se refiere, no tenía equivalente alguno con nada que pueda contarse: y es decir poco porque el mayor de los reyes del mundo jamás había tenido en su tesoro una piedra de semejante tamaño, y la más importante que hubiese poseído era muy inferior, aún, a la menor de aquellas que Aladino estaba viendo. Así pues, éste se detenía ante cada árbol, con los ojos desorbitados, admirado, con la mirada fija y el espíritu como entumecido: ¡qué espectáculo! Imaginad frutas hechas de diamantes,

perlas o piedras tan preciosas como la esmeralda, el jacinto y otras muchas.

Nuestro héroe, que nunca había tenido la ocasión de contemplar semejantes materias, sin contar con que, a su edad, no se conoce su precio ni la sed que de ellas tiene la gente, pensó que estaba ante unos abalorios de vidrio y comenzó a buscar una higuera o una cepa de viña que le ofreciese verdaderos higos o uva. Al no encontrarlos, se limitó a recoger un poco de lo que pudo agarrar, cuidando de tomar una muestra de las distintas especies: al menos aquello haría muy buen efecto en casa, y su madre podría adornar con ello el interior...

Su preciosa cosecha hinchaba ya su túnica, que había llenado por todas sus rendijas; entonces, desprendió una franja de su vestido para convertirla en una especie de pañolón, donde amontonó los demás especímenes, y que enrolló alrededor de sus riñones, como si fuera un cinturón. Iba muy cargado, pero aquello no le impidió correr hacia el paso que le había llevado al subterráneo: estaba impaciente por salir antes de que su tío, el extranjero, inquieto por su tardanza, se encolerizara contra él. Volvió a atravesar pues los cuatro almacenes de jarras, sin ni siquiera lanzar una mirada al oro que desbordaba de los recipientes, aunque pudiese tomar de ellos a su antojo.

Una vez llegado al pie de los peldaños de la entrada, se apresuró a subirlos, hasta el penúltimo al menos, pues el último peldaño era más alto que los demás y, cargado como iba, Aladino se sentía incapaz de subirlo sin ayuda. Pidió al hombre que había permanecido fuera:

—Tío, te lo ruego, dame la mano y tira de mí, sin ello no podré subir solo este peldaño.

—Querido hijo —respondió el otro—, bastará con que me entregues la lámpara que llevas y que te hace considerablemente pesado. Creo que es el peso de esta lámpara lo que te molesta.

—En absoluto —repuso el muchacho—, esa lámpara no me causa molestia alguna. Tiéndeme la mano y, cuando haya salido, te daré la lámpara.

El otro insistía: se habrá comprendido ya que no tenía más objetivo que apoderarse de la lámpara, y quería ante todo que el muchacho se la entregara. Ahora bien, éste, como recordaremos, había metido primero la lámpara por el escote de su túnica y, encima, los valiosos minerales que había recogido, de los cuales, los más recientemente obtenidos estaban envueltos con esmero alrededor de su cuerpo. Le habría sido necesario desempaquetar todo el cargamento antes de poder echar mano a la lámpara, y por mucho que el hombre, fuera, ahuecara la voz y echara sapos y culebras, el adolescente no estaba dispuesto a satisfacer su deseo. Decididamente, era demasiado difícil sacar la lámpara.

Entonces montó el hombre en violenta cólera: tomaba conciencia, pura y simplemente, de su incapacidad para convencer al chiquillo y echar mano al objeto de su codicia. Sin embargo, le hubiera bastado con aguardar: Aladino le prometía esa lámpara pero, con toda buena fe, sin dar pruebas de astucia ni de maldad, quería

primero salir del subterráneo.

Hinchado por la cólera en la que le arrojaba su fracaso, el mago perdió la paciencia y, en su rabia, pronunció sus hechizos y sortilegios: cuando hubo derramado incienso en las brasas, la losa, obedeciendo los procedimientos y el arte del maligno brujo, se movió por sí sola y acabó cerrando el paso hacia el aire libre.

He aquí a nuestro Aladino prisionero en las entrañas de la tierra: no podía salir de un lugar tan bien cerrado como lo estaba cuando ambos llegaron. Por lo que al hombre se refiere, es comprensible que actuara así: ¿qué le importaba a él esa familia, ante la que se había presentado usurpando un título de tío paterno, él, que únicamente deseaba una cosa, adueñarse de una lámpara hasta la que solo Aladino podía llevarle? Recordaremos, en efecto, que nadie podía actuar en vez del niño si se deseaba ver abierto el escondrijo del tesoro. Así pues, el hombre de los países del Poniente, habiendo llevado a cabo lo que había llevado a cabo, dejó allí al muchacho, que no tardaría en morir de hambre en su prisión, y se marchó para atender otros asuntos que lo aguardaban.

\* \* \*

Era un hombre natural de África y, más concretamente, del Magreb interior, donde habían vivido sus padres. Desde su más tierna infancia, se había hecho iniciar en la técnica de la magia, ciencia en la que África es excelente. Muy pronto dominó sus elementos, a fuerza de estudios y práctica, y era incluso de gran competencia, pues había explorado y perfeccionado todos los procedimientos. Tras cuarenta años de trabajo, su arte era tan grande, tanto en materia de encantamientos o hechizos como en el del conocimiento de los grimorios, que acabó descubriendo un secreto: en una de las ciudades de lo más profundo de China, una ciudad llamada Qalgas<sup>[5]</sup>, existía un gran tesoro, tan grande que ninguno de los reyes del mundo había poseído otro semejante. Lo más extraño era que en aquel tesoro había también una lámpara maravillosa que daba a quien la poseyera el poder de convertirse en tan rico y poderoso que superaría a cualquier mortal que viviera en la superficie de la tierra. Ningún rey, ningún emperador podría igualarlo.

Pero el mago supo al mismo tiempo que él no podía acceder a ese tesoro. Se entregó entonces a una operación de geomancia: extendiendo arena en el suelo, tomó la caja que servía para los conjuros, arrojó incienso al fuego, pronunció las fórmulas sacramentales y descubrió que aquella lámpara y aquel tesoro se revelarían en presencia de un niño, de un tal Aladino, el vástago de una familia pobre que vivía en la misma ciudad donde se encontraba el escondrijo. Supo al mismo tiempo que no debería afrontar ningún obstáculo insuperable, ni siquiera dificultad alguna, lo que le decidió a preparar la partida hacia China sin tardanza, como ya sabemos, y, como

sabemos también, lo condujo a entablar aquella relación con Aladino.

Éste, en su ánimo, debía ser la simple pasarela que lo condujera a la posesión del tesoro. Se imaginará la decepción del mago cuando advirtió que sus esfuerzos habían sido vanos e inútiles todas las penalidades que había soportado. No tenía pues más deseo que matar a Aladino, que lo había decepcionado en su proyecto, y he aquí por qué lo había encerrado en el subterráneo, donde pensaba que iban a acabar sus días. Por lo demás, no existe vida alguna que, en su recorrido, no afronte una u otra causa de muerte. La lámpara, es cierto, no aparecería en la superficie de la tierra, pero tampoco Aladino a fin de cuentas. En ese estado de ánimo, a la vez llevando el luto de sus ilusiones y corroído por la melancolía, el mago, pensativo, se puso en camino hacia África, de la que nunca hubiera debido salir.

Eso por lo que se refiere al mago.

\* \* \*

Del lado de Aladino, encerrado bajo su techo de tierra y de piedra, ¿qué ocurría ahora? Lanzaba gritos pidiendo ayuda a aquel a quien creía su tío, pidiéndole que le diera la mano para salir de allí. Pero, por mucho que gritara, nadie le respondía. En aquel momento se hizo la luz en su espíritu: había sido engañado y por lo tanto aquel extranjero, que fingía ser su tío paterno, sencillamente le había mentado. Perdió la esperanza de salir vivo de aquella empresa; jamás vería de nuevo la superficie de la tierra... Esos tristes pensamientos lo sumieron primero en lágrimas y gemidos. Luego, tras unos instantes de abatimiento, se le ocurrió la idea de bajar otra vez la escalera a la que estaba encaramado aún, para ver si Dios, con alguna intervención providencial, le facilitaba la liberación. Todo estaba oscuro; las cuatro paredes que lo rodeaban se habían cerrado sobre él. Era otra astucia del mago, que había pronunciado los hechizos necesarios para cerrar todas las puertas, incluso la del jardín que el joven había recorrido poco tiempo antes. Puesto que no se le ofrecía salida alguna, su muerte iba a ser más rápida. El llanto de Aladino se multiplicó y su mortal angustia aumentó ante la total oscuridad que reinaba en aquel lugar cerrado, donde se le negaba la única salida hacia la luz, la del acogedor jardín, aquel parque que hubiera podido cambiarle las ideas. Sus lúgubres sensaciones se transformaron entonces en un terrible grito, el que brota del hombre que ha perdido toda esperanza de conservar la vida; el prisionero regresó hacia la escalera de entrada y, sentado en sus peldaños, empezó a lamentarse por su desgracia...

Pero el Creador de todas las cosas —¡glorificado sea!—, Aquel que conoce los desórdenes que suceden en todo tiempo, tanto en el presente como en el pasado y el porvenir, no había dejado de prever las condiciones que facilitarían la liberación del cautivo. Había preparado una vía que le permitiera escapar de la angustia y los golpes

de la suerte que caerían sobre él.

Recordaremos que el mago, cuando había insistido en que Aladino bajara hasta el subterráneo, se había quitado del dedo un anillo que había puesto en el del adolescente, diciéndole: «Este talismán te salvaguardará de todo lo enojoso que te suceda, alejará de ti los accidentes y te será un escudo, estés donde estés». Ahora bien, mientras Aladino, sentado en los peldaños, lloraba y gemía, seguro de que la muerte iba a llevárselo, un miedo enloquecido se apoderó de él; en la intensidad de su angustia, comenzó a frotarse las manos, una contra otra, como alguien presa de una violenta pesadumbre. Además, acompañaba ese gesto con una súplica, uniendo esta vez las manos, levantándolas al cielo y recitando la fórmula:

—No hay más Dios que el Dios único, el Muy Grande, el Omnipotente, que tiene poder sobre todas las cosas, que suscita las necesidades y las satisface, deshace las intrigas, resuelve las dificultades y concede la liberación.

Así imploraba a Dios, sin dejar de frotarse, una contra otra, las manos, en un gesto al que lo obligaba la gran pesadumbre que abatía su alma. De pronto, aquellos movimientos hicieron que diera vuelta al anillo que llevaba al dedo.

Y he aquí que un esclavo, del todo parecido a los que estaban al servicio de nuestro señor Salomón, se irguió ante él y le hizo esta declaración:

—¡Heme aquí! ¡Ante ti está tu servidor! Manda lo que quieras, pues estoy al servicio de quien lleve el anillo y quien lleva el anillo es mi dueño.

Aladino lanzó una mirada al personaje: vio a un individuo de faz rebelde, alguien que no hubiera desentonado entre los *djinns* que antaño mandaba nuestro señor Salomón. El repelente personaje estaba allí, muy cerca: Aladino solo había visto, primero, su fisonomía de hombre irascible, y había sentido miedo. Sin embargo, apenas oyó brotar de su boca aquel discurso amistoso, del que se deducía que estaba tratando con un servidor, con un servidor que solo esperaba obedecer sus órdenes porque el anillo de Salomón estaba en su dedo, recuperó entonces el valor. Recordó: ¡probablemente eso era el anillo que el mago le había dado explicándole sus virtudes! Sintió una inmensa alegría, se enardeció y pidió:

—Oh, esclavo del dueño de este anillo, quisiera de ti, siempre que te sea posible, que me hagas salir de aquí y respirar de nuevo el aire de fuera.

No había terminado Aladino de expresar su deseo cuando la tierra se entreabrió y se encontró de inmediato al aire libre, ante la puerta del escondrijo del tesoro, precisamente aquella que el mago había hecho abrir desde el exterior. Estaba libre, pero deslumbrado: después de tres jornadas en las tinieblas de aquel subterráneo, no podía soportar la luz del día, los rayos del sol lo obligaban a cerrar los ojos, no podía ver nada de los objetos que lo rodeaban. Intentándolo, sin embargo, advirtió que el tiempo durante el que podía entreabrir los párpados iba aumentando un poco cada vez, de tal modo que se acostumbró al cambio y la luz se le hizo soportable; entonces las cosas recuperaron sus formas ante sus ojos y las tinieblas se disiparon.

Le maravilló descubrir primero que se encontraba justo sobre la puerta del

escondrijo del tesoro, como si hubiera regresado al antiguo momento en que el mago no lo había abierto aún, puesto que allí estaba, ante él, cerrado y sin presentar ya rastro alguno de la abertura. Todo carecía tanto de verosimilitud que por unos instantes supuso que se trataba de otro lugar, que sencillamente había sido transportado a otra parte. ¡Pero no! Estaban aún allí los restos del fuego encendido con las ramitas y la leña que él mismo había recogido. Había que rendirse a la evidencia: realmente era allí donde el mago había quemado el incienso y pronunciado las fórmulas del hechizo.

Aladino miró a su alrededor, se orientó a lo lejos gracias a los jardines que había atravesado al venir, acompañado por aquel hombre, y se fijó el itinerario de regreso. Antes de ponerse en camino, se cuidó de dar las gracias al Creador —¡glorificado sea!— que lo había hecho volver al aire libre y lo había salvado de la muerte, en la más que crítica situación en que se encontraba. Se dirigió pues hacia la ciudad y no tomó descanso alguno antes de haber llegado a ella. Fue directamente a casa. Pero al divisar a su madre, la intensa alegría que sentía por saberse definitivamente salvado, añadiéndose al hambre que lo debilitaba, lo hizo caer al suelo sin conocimiento.

Por su parte, la madre, desde el viernes en que su hijo la había abandonado, se encontraba en la más profunda aflicción y desolada por haber perdido a su hijo. Tras una vana espera, se había entregado a las lágrimas y a los gemidos. Pero cuando vio a Aladino regresando a casa, ¡cuál no fue su felicidad! Sin embargo, esa alegría se teñía de angustiada inquietud al ver al muchacho tan débil que se había desvanecido. Así pues, sin perder un solo instante, se apresuró a rociarle el rostro con agua y corrió a procurarse, en casa de los vecinos, aromas y potentes especias que le hizo respirar.

## Capítulo III

### Hace su aparición la lámpara maravillosa

En cuanto hubo vuelto un poco en sí, Aladino murmuró:

—Madre, te lo ruego, dame algo que comer pues hace tres días que no he tomado alimento alguno.

La madre corrió a tomar una bandeja en la que dispuso lo que tenía a mano y la presentó a su hijo, recomendándole:

—Acércate, hijo mío, y come, pero hazlo sin excesiva precipitación, para evitar mal alguno. Luego, cuando hayas descansado un rato, me contarás lo que ha ocurrido y qué desgracias te han alcanzado. Esperaré, para saberlo, a que estés menos fatigado.

Aladino comenzó a comer, aunque sin precipitación, como le había aconsejado su madre. Tras ello, descansó un poco, eso lo fortaleció, y comenzó para ella:

—¡Ay, madre mía! Qué daño me hiciste al dejar que siguiera a aquel hombre maldito que solo buscaba mi perdición y solo quería mi muerte. Sabe que el fatal desenlace era seguro y que no tenía posibilidad alguna de sobrevivir en manos de aquel individuo, al que creíste mi tío paterno. Por lo demás, cometí tantos errores como tú: me engañó, pero ¿cómo resistir sus promesas de ayuda, sus manifestaciones de amistad para conmigo? Entérate ahora: era un mago, un mentiroso, un vil sobornador, un impostor, un hipócrita. No creo que los satanes que viven bajo tierra puedan llegarle al tobillo en maldad. ¡Que Dios lo maldiga en todo Libro revelado, como maldijo a Asmodeo y su pandilla!

»Escucha, madre, de qué modo actuó conmigo. Todo lo que voy a decirte es un relato fiel de la verdad y procede de un ánimo sincero. Me prometió hacerme todo el bien deseable, pero esas mentirosas frases solo enmascaraban su verdadero objetivo, que era matarme.

Aladino contó toda la historia de aquellos días, empezando por el momento en que la había abandonado, para acabar con su regreso a casa: su recorrido por la montaña conducido por el extranjero, que lo llevaba al tesoro, las fórmulas del mago, su incienso...

—Imagina mi miedo cuando vi que la montaña se entreabría y la tierra se agrietaba. Mi pánico aumentó con el trueno que comenzó a rugir, seguido por aquella invasión del mundo por las tinieblas. Solo tenía un deseo: ¡huir! Pero él me insultó y me lo impidió con violencia, hasta el punto de que perdí el conocimiento bajo sus golpes. La magia le había hecho saber que el famoso tesoro solo iba a revelarse en mi presencia y que el contenido del escondrijo me pertenecía.

»Cuando el subterráneo se abrió, él sabía que no le era posible acceder a él personalmente. Necesitaba un intermediario y ese intermediario era yo, yo, a quien

estaba destinado aquel montón de riquezas. Así, tras haberme golpeado, no tenía más remedio que reconciliarse conmigo, sin lo que yo no hubiera descendido al fabuloso subterráneo cuyo paso estaba ahora abierto, y él se vería obligado a llevar luto por esas riquezas.

»Cuando puse allí los pies, me dio un anillo y me lo puso en el dedo. Una vez abajo, encontré una gran sala distribuida en cuatro más pequeñas, atestadas de oro y de plata. Pero todo aquello no era nada y el maldito me había recomendado que no lo tocara. De allí pasé a un gran jardín plantado con árboles, cuyos frutos llenaban el ánimo de estupefacción, por su materia, cristal, y sus colores, todos distintos. Llegado al lugar donde se encontraba la lámpara de la que me había hablado, la tomé y la libré de su aceite.

En aquel momento de su relato, Aladino fue a buscar en su túnica la lámpara y la mostró a su madre. Lo aprovechó también para hacerle admirar los joyeles que había recogido de las ramas de los árboles del jardín, aquellas piedras preciosas del agua más hermosa y de tan magnífico tamaño que no era posible ver algo semejante en casa de rey alguno en todo el mundo, aunque unas piedras preciosas que Aladino, en su ignorancia, consideraba vulgar vidrio que se hubiera modelado, cristal, como él decía.

Prosiguió:

—Tomé pues la lámpara y, regresando a la entrada por la que había bajado a aquel lugar secreto, llamé a aquel maldito, mi tío según decía, pidiéndole que me tendiese la mano para ayudarme a subir el último peldaño de la escalera. En efecto, llevaba conmigo un pesado fardo que me impedía subir solo aquel escalón. Pero él no quiso oír nada y solo me repetía: «Entrégame la lámpara que llevas contigo y, luego, te tenderé la mano para ayudarte a salir». Por mi lado yo, que advertía perfectamente que los paquetes de frutas de cristal que había recogido y envuelto me impedirían meter el brazo en la túnica y buscar, hundida como estaba, la lámpara en cuestión, respondí: «Tío mío, no puedo entregarte la lámpara, pero te la daré en cuanto haya salido del subterráneo». Él estaba decidido a no hacer nada para ayudarme a salir: ante todo quería la lámpara. Como comprenderás, su intención era provocar que el suelo se cerrara sobre mí (de hecho, es lo que acabó haciendo a fin de cuentas) y dejarme morir allí.

Aladino contó cómo y luego estalló en injurias contra el hombre del Poniente. Estaba ebrio de furor y su corazón se había inflamado.

—¡Ah! Cuántos tormentos he tenido que soportar por parte de ese maldito, de ese mago inmundo, de ese sanguinario tirano. Qué hombre más desprovisto de humanidad, qué hipócrita, qué impostor, ¡y qué inaccesible es a la misericordia! — gritaba.

Esta historia oída de labios de su hijo, la infeliz víctima del hombre de los países del Poniente y de su perniciosa magia, daba que pensar a la madre:

—Pues sí, hijo mío —concluyó—, ese hombre no solo era una cucaracha

inmunda, era un infiel, un traidor que se alegra haciendo perecer con su magia al hombre, un hermano de Satán y de sus maléficos soldados. Pero el mérito de tu liberación corresponde a Dios, oh, hijo mío. Él te ha salvado de las redes tejidas por el ánimo de engaño y de astucia de ese malvado. Por mi parte, me había convencido y realmente lo tomé por tu tío paterno.

Aladino, que no había probado el sueño durante tres días enteros, sentía necesidad de dormir. Anunció a su madre que iba a tenderse un poco, fue a su cama y se adormeció allí. Su madre lo imitó. Por lo que al hijo se refiere, obtuvo así un merecido reposo que lo dejó en total inconsciencia hasta el día siguiente, y solo despertó a media jornada.

Apenas hubo abierto los ojos cuando sintió hambre; pero tras pedir a su madre algo para satisfacer sus deseos de comer un poco, oyó que le respondía:

—Hijo mío, no hay ya nada en casa que pueda ofrecerte para que des un bocado, pues todas las provisiones que hice las terminaste ayer. Pero si puedes esperar, sabe que he hilado un poco de algodón, que lo llevaré enseguida al mercado y, con lo que obtenga de su venta, te compraré algo para comer.

—Madre —replicó el adolescente—, guarda ese hilado de algodón. Es inútil venderlo. Mejor pásame la lámpara que traje de mi expedición: iré a venderla y lo que pueda obtener de ella nos alimentará a ambos. A mi entender, debe de valer un buen precio, más, a fin de cuentas, que tu hilado de algodón.

La madre, sin tardanza, entregó la lámpara a su hijo. Pero le pareció muy sucia.

—Aquí está —le dijo a Aladino—, pero mira en qué estado se encuentra. Estoy segura de que limpia y como nueva, tendría un mejor precio.

Unió el gesto a la palabra y tomó en la palma de su mano algo de arena con la que empezó a frotar el objeto. No tuvo tiempo de avanzar mucho en su operación, pues apenas la había iniciado cuando un *djinn* de cierta especie se le apareció de pronto, de alta estatura y con los rasgos severos. Tal vez fuera incluso de la raza de los gigantes. En todo caso, dijo estas palabras:

—Manda lo que desees de mí. Heme aquí, soy tu servidor como lo soy de toda persona que tenga en sus manos la lámpara. No solo yo, sino todos los servidores de la lámpara maravillosa que en este momento posees.

Es imaginable el espanto de la madre de Aladino. Era un miedo pánico que le anudaba la lengua viendo tan austera figura. Sin poder responder nada a aquella invitación —¿es necesario precisar que no estaba muy acostumbrada a ver apariciones de ese tipo?—, se encontró, en menos tiempo del necesario para decirlo, abrumada por el miedo. Aladino, en el momento en que ella se desvanecía, no estaba cerca, pero él, a quien el anillo había instruido cuando, haciéndolo girar en el subterráneo del tesoro, había hecho acudir a los *djinn*s, no se conmovió en absoluto. Muy al contrario, en cuanto hubo oído lo que el espíritu decía a su madre, acudió, tomó en sus manos la lámpara y ordenó:

—Oh, servidor de la lámpara, me muero de hambre. Mi deseo es que me traigas

algo que comer, pero algo bueno y cuyo sabor sobrepase en delicias todo lo que la imaginación puede concebir.

El *djinn* desapareció y, en un relámpago, regresó con una mesa bien servida, perfectamente puesta, construida ella misma en madera preciosa y soportando bandejas de plata maciza llenas de viandas variadas. Además, dos copas, de plata también, acompañaban dos frascos de un cristal oscuro que contenían un vino límpido y venerable; finalmente, el pan era blanco como la nieve. Todo fue dispuesto ante Aladino y, luego, el servidor se esfumó.

Solo en aquel momento el hijo levantó del suelo a la madre desvanecida, reanimándola con las sales que le hizo respirar y el agua con la que roció su rostro. Cuando hubo ella recuperado el sentido, la invitó en esos términos:

—Madre, acércate a la mesa y comamos estas viandas que Dios nos ha permitido adquirir sin que nos costase nada.

Pero ella, viendo aquella magnífica mesa donde dominaba la plata maciza, no dejaba de extrañarse:

—Hijo mío —preguntó—, ¿quién es el alma generosa, quién es el corazón liberal que ha sabido que estábamos hambrientos y éramos demasiado pobres para satisfacer nuestra hambre? Tal vez sea el sultán que se ha enterado de la indigencia en que nos encontrábamos y ha querido remediar nuestras necesidades enviando esa bien provista mesa...

—Madre, tenemos ahora mejores cosas que hacer que estar preguntándonoslo —interrumpió Aladino—. Emprendámosla con esa comida, que nos viene al pelo, pues grande es nuestra hambre.

Madre e hijo se sentaron pues a la mesa y empezaron a comer. Incluso ella, al llevarse a la boca aquel alimento que tan nuevo le resultaba, olvidó sus principios y solo atendió a su hambre, que era, más que apetito, voracidad. Eran viandas reales. Pero, también entonces, esa pobre gente que ni siquiera había imaginado semejantes manjares era capaz de evaluar su precio, que, sin duda, sobrepasaba los medios ordinarios. Quedaron, al cabo de un instante, saciados, y no pudiendo ya tocar nada más, advirtieron con satisfacción que había todavía en la mesa bastante para sustentarse no solo por la noche sino también todo el día siguiente.

Tras haberse lavado las manos, iniciaron la conversación, que la madre comenzó así:

—Hijo mío, cuéntame ahora, cuando estamos saciados, lo que ocurrió con ese servidor llegado del mundo de los *djinns* para aparecer ante mis ojos aterrorizados. ¡Y no pretextes que estás hambriento para evitar mis preguntas!

Aladino le hizo el relato de los instantes que habían transcurrido mientras ella estaba sin conocimiento. La mujer iba de asombro en asombro:

—Hijo mío, no discuto que los hijos de Adán vean de vez en cuando a los *djinns*. Pero yo, durante todo el tiempo que he vivido, no los he visto, y menos aún oído. Sin duda es el mismo que el del subterráneo, el que te salvó la vida allí.

—No atinas, madre —prosiguió el adolescente—. Éste es de una especie muy distinta a la del que estaba en el escondrijo del tesoro, cuyo dueño era el anillo, mientras que tú has visto al servidor de la lámpara que tenías en la mano.

—No comprendo nada, hijo mío...

—Veamos: ambos son dos *djinns* distintos.

—Así pues —exclamó ella—, el maldito que se me ha aparecido y ha estado a punto de hacerme morir de miedo es el servidor de la lámpara. ¡Eso es!

—Eso es, en efecto —se burló amablemente Aladino.

—En estas condiciones, hijo mío —prosiguió la madre—, en nombre de la leche que de niño tomaste de mis mamas, te suplico que te deshagas de esta lámpara, que la arrojes lejos y hagas lo mismo con el anillo. No quiero ver más por aquí esos dos objetos, suscitarán en nosotros espantos que no podremos soportar y que nos llevarán directamente a la tumba, en todo caso a mí, a quien un segundo episodio del mismo estilo mataría de golpe. Por lo demás, no debemos tratar con los *djinns*: ¿no nos pone en guardia el profeta, ¡que la bendición de Dios sea sobre él!, contra sus maleficios?

—Madre —respondió el joven—, ya sabes que tus palabras son para mí más valiosas que mi cabeza y mis ojos. Sin embargo, comprenderás que no me sea posible vender ni dejar que se pierdan la lámpara y el anillo. ¿Acaso no has visto tú misma qué favor nos ha hecho la lámpara, cuando teníamos hambre? ¿Quieres otra prueba de su valor? Pues bien, sabe que aquel maldito, aquel hombre de los países del Poniente versado en brujería, cuando bajé al escondrijo del tesoro, no me pidió que le llevara nada de aquellos montones de oro y plata que adornaban profusamente los tres compartimentos de la gran sala subterránea. No, quería otra cosa, anhelaba que volviese con la lámpara, deseaba arrebatarme esta lámpara, porque conocía sus méritos. ¿Crees que de no haber sabido que era tan poderosa habría soportado tantas penalidades y tormentos y habría llegado tan lejos de su país, hasta nuestros parajes, para procurársela? ¿Crees que habría cerrado sobre mí la losa del subterráneo si mi obstinada negativa a darle el único objeto al que aspiraba no lo hubiese empujado a ello?

»No, no, madre. Por el contrario, debemos velar atentamente por la lámpara y rodearla de todos nuestros cuidados, pues de ella depende nuestra subsistencia. Además, nadie sabrá que la tenemos y nos guardaremos muy mucho de enseñársela a nadie.

»Lo mismo haremos por lo que al anillo se refiere. ¿No querrás, a fin de cuentas, que quite de mi dedo el anillo gracias al que has podido volver a verme vivo, el anillo sin el que habría perecido asfixiado en el escondrijo del tesoro? ¿Quién podría imaginar que voy a separar me de él, quién sería lo bastante loco para garantizarme, en adelante, una vida sin celadas, al abrigo de pasos en falso, de los golpes del destino, de todos los accidentes más o menos perjudiciales que forman una existencia? En todo lo malhadado que yo pueda conocer, el anillo me salvará...

»Sin embargo, por consideración a lo que me pides, guardaré conmigo la lámpara

y procuraré no infligirte nunca más, otra vez, el terrorífico espectáculo que ha afectado tus sentidos.

Aquellas palabras hicieron reflexionar a la madre. Comprendió su alcance y, finalmente, encontró que su hijo no estaba equivocado.

—Aladino, hijo mío —concluyó—, haz lo que quieras. Por mi parte, no quiero en absoluto la lámpara ni el anillo, me limito a desear no volver a ver jamás lo que he visto. ¡Era demasiado horrendo!

Transcurrieron dos días tras aquella conversación, durante los que la madre y el hijo vivieron de las provisiones que el *djinn* había dejado. Al cabo de ese tiempo, el joven advirtió que habían acabado con todo. Entonces, tomó con él una de las fuentes que adornaban la mesa puesta por el servidor de la lámpara (se trataba de vajilla de plata pero, naturalmente, Aladino no lo sabía) y se dirigió al mercado para venderla. Dio allí con cierto mercader judío, más malicioso que todos los satanes reunidos.

El adolescente le mostró la fuente. Apenas el hombre le echa una mirada cuando lleva aparte a Aladino, por miedo a que los sorprendan hablando juntos. El mercader, en efecto, ha comprendido de qué materia es el objeto que le ofrece, pero ignora si el vendedor está al corriente del valor de la mercancía. Se inicia entonces el siguiente diálogo:

—¿Cuánto pides, oh, señor, por esa bandeja?

—Tú mismo sabes el precio —responde evasivamente Aladino.

El judío se sentía molesto al negociar esa compra, pues advertía que su interlocutor tenía el ingenio más ágil aún que él. Finalmente, creyó que debía ofrecer una módica cifra: si subía más, solo desvelaba al ingenuo cuánto valor tenía su plato, pues seguía diciéndose que había muchas posibilidades de que no lo conociera.

Acabó sacando de todos modos, por la abertura de su túnica, una moneda de oro que entregó a Aladino. Éste, viéndose poseedor de la pequeña fortuna, se largó sin pedir el cambio y dejó la fuente en manos del comprador. El otro se sentía desilusionado: seguro ahora de habérselas visto con un ignorante, lamentó haberse permitido semejante generosidad. Hubiera podido ofrecer sesenta veces menos del precio real que, a fin de cuentas, había aceptado ofrecer...

Aladino no remoloneó y siguió su idea: para tener moneda suelta, se detuvo en casa del panadero, donde compró pan y, tras ello, se dirigió a su casa y entregó a su madre, con el pan, el cambio de la moneda, recomendándole que comprara lo necesario.

Fue ella por lo tanto al mercado para comprar provisiones. Ambos pudieron comer como es debido y se sintieron bien. Aladino, a partir de entonces, se entregó al mismo juegucito en cuanto los víveres comenzaban a faltar en su casa: con un plato en el cesto, iba a ver al judío y se lo vendía al mismo precio que la primera vez. Ciertamente, éste de buena gana le habría ofrecido menos pero, temiendo que si regateaba demasiado aquel joven se dirigiera a un competidor, le parecía preferible asentir y no renunciar, de este modo, al sustancioso beneficio que aquella transacción

le aseguraba en cualquier caso.

Aladino no dejó de recurrir a su lote de vajilla hasta que no quedó ya ni un solo plato. Ahora le quedaba la mesa. Pero, puesto que era grande y pesada, prefirió llamar al mercader judío más que llevársela. Éste acudió en efecto y, viendo las respetables dimensiones del mueble, ofreció por él diez monedas de oro. Aladino las aceptó y el judío hizo que se llevaran el objeto. Por lo que a las diez monedas se refiere, la madre y el hijo las gastaron en su alimento cotidiano, hasta que ya no les quedó nada.

Cuando hubieron agotado sus disponibilidades, Aladino, viendo que no les quedaba ya ni un céntimo, tomó la lámpara y la frotó. Ante él apareció el mismo servidor que la primera vez.

—Ordena, oh, dueño, lo que quieras de mí. Soy tu servidor, como soy el servidor de cualquiera que tenga la lámpara en sus manos.

—Mi intención —respondió Aladino— es obtener de ti una mesa puesta y servida como la última vez, pues tengo hambre. Quiero que haya en esta mesa doce platos llenos de delicados manjares. Quiero también dos botellas de vino clarete y, finalmente, pan fresco y blanco.

Su madre había tenido la precaución de salir de casa en cuanto comprendió que su hijo iba a recurrir a la lámpara: no quería ser víctima, otra vez, de la horrible visión. Cuando regresó, pues, descubrió la mesa cubierta de fuentes de plata y sintió el delicioso olorillo de los víveres que perfumaban su casa. Era, como antaño, sede de entremezclados sentimientos en los que el asombro se codeaba con la alegría.

—Mira lo que hemos recibido —le dijo Aladino—. Y entonces, ¿sigues queriendo que tire esta lámpara? ¿Esta lámpara que es la causa de todo eso?

—¡Quiera Dios aumentar sus dones, oh, hijo mío! —replicó—. Pero sigo sin querer ver la cara a ese servidor...

Tras aquel diálogo, pasaron a la mesa, comieron y bebieron hasta saciarse y dejaron a un lado los restos para más tarde. Y el día en que no quedó ya nada que consumir, Aladino tomó uno de los platos de plata de la mesa que habían puesto para él y fue de nuevo al encuentro del judío para ofrecérselo.

Pero el destino había decidido otra cosa: Aladino pasó ante la tienda de un orfebre, un hombre de escrupulosa moralidad, un anciano lleno de sabiduría que, al verlo caminar de aquella suerte, le preguntó qué buscaba:

—Hijo mío —prosiguió—, más de una vez te he visto por esta calle, conversando con cierto judío a quien observé, incluso, que le entregabas algo. Hoy me parece ver también que llevas contigo un objeto que, si no me equivoco, le está destinado. ¿Acaso ignoras la regla que los judíos se han dado, en general, por la que no les está prohibido obtener beneficio de los bienes de los musulmanes fieles al Dios único<sup>[6]</sup>? A veces es incluso su oficio, como sucede con ese maldito en cuyas manos has caído. Si llevas contigo, como creo, algo de lo que deseas deshacerte, muéstramelo y no temas de mi parte malversación alguna: te indicaré su precio según la ley de Dios.

Aladino mostró pues la fuente al anciano, que la tomó y la pesó en sus balanzas. Tras ello, preguntó al adolescente:

—¿Vendiste al judío un plato como éste?

—Sí, por completo igual.

—¿Y cuánto te dio para adquirirlo?

—Una moneda de oro por cada uno.

Cuando el anciano oyó que el judío realizaba la compra a tan escasa cotización, no pudo impedirle gritar:

—¡Es una abominación que ese maldito pueda engañar así a los servidores de Dios!

Luego miró a Aladino a la cara y le dijo:

—Hijo mío, has sido víctima de ese salteador de caminos. Te ha engañado, pues esto es un plato de plata maciza. Solo su peso indica que vale setenta monedas de oro. Si las quieres, puedes cobrar de inmediato ese precio.

Aladino dio su conformidad al anciano, que contó las setenta monedas de oro. Le dio las gracias por su bondad, como se agradece a alguien que te haya abierto los ojos. A partir de entonces acudió a él cada vez que necesitaba dinero y quería deshacerse de otra fuente.

De este modo, la madre y el hijo vieron como se redondeaba su patrimonio, sin dejar de vivir, no obstante, del modo más ordinario, al abrigo de gastos excesivos y de la prodigalidad. Pero el beneficio esencial de todo aquello fue el cambio que se produjo en Aladino, que rompió con sus antiguas y dudosas relaciones y abandonó el vagabundeo para tratar con hombres maduros y sensatos. Acudía diariamente al mercado mayorista, conversaba con los negociantes más importantes y también con los de rango más modesto. Se interesaba por el ritmo en que salían las existencias, por las cotizaciones, por todo lo que forma el comercio. De allí, pasaba al mercado de los orfebres y los joyeros. En todos los lugares que frecuentaba, se lo veía sentarse en los duros bancos que bordean las tiendas, observando con interés las transacciones referentes a las piedras preciosas, de acuerdo con sus cualidades y sus defectos. Aprendió allí, entre otras cosas, que las hermosas variedades que había recogido y sacado del subterráneo del tesoro eran verdaderos joyeles y no simples bolas de cristal, como hasta entonces había creído. Tomó conciencia de la fortuna que poseía y que todos los reyes de su época hubieran podido, con razón, envidiarle. Por mucho que observara las piedras expuestas en los escaparates de los joyeros, la mayor de las que se mostraban no conseguía igualar en tamaño la más pequeña de las suyas.

Entonces, a partir de aquel momento, no dejó de acudir al mercado de los joyeros, de entablar amistad con la gente, de demostrar su interés, de hacerles preguntas sobre la compra y la venta de joyas, sobre la posibilidad de cambiarlas, sobre las cotizaciones que se utilizaban, desde la más alta a la más baja.

## Capítulo IV

### En Aladino se enciende una loca pasión

Un buen día, Aladino se levantó muy de mañana, se vistió y, como tenía ahora costumbre de hacer, se dirigió al mercado de los joyeros. Entraba precisamente en él cuando oyó al pregonero que hacía este anuncio: «Escuchad la orden del sultán, dispensador de beneficios y rey del tiempo, que actúa a su voluntad sobre la época y el siglo. Se requiere a cada cual que cierre su tienda o su almacén y se refugie en su casa, mientras la Dama Luna-de-las-Lunas, la hija del sultán, haga su trayecto hasta el establecimiento de baños. El transgresor sufrirá la muerte». No era necesario nada más para que Aladino sintiera, de inmediato, el deseo de contemplar el rostro de la princesa. Se decía: «Es una belleza legendaria entre los habitantes de la ciudad. El rumor de su perfección física llena las conversaciones. Por mi parte, debo verla».

¿Pero cómo hacerlo y qué medio poner en práctica para posar su mirada en la hija del sultán, Dama Luna-de-las-Lunas?, ésa era la pregunta a la que Aladino daba vueltas y más vueltas en su cabeza.

A fuerza de pensar en ello, acabó diciéndose que no había mejor procedimiento que colocarse tras el batiente de la puerta del establecimiento de baños y estar allí cuando se abriera para dar paso a la princesa que entraba en el edificio. Sí, cuanto más pensaba en ello más le parecía que era el único modo de ver los rasgos de la muchacha.

Se dirigió pues sin tardanza hacia el edificio, aprovechando el tiempo que era necesario para colocar la guardia destinada a proteger a la princesa, y se deslizó dentro, eligiendo un rincón que escapaba a la mirada de todos. Cuando la hija del sultán salió de palacio, quiso atravesar la ciudad a su antojo, recorrer las calles y pasear por los mercados, para regalarse la vista con los diversos espectáculos que se ofrecían. Al final de su paseo estaba el establecimiento de baños.

Cuando entró en él, levantó el velo que ocultaba sus rasgos. Su faz brilló como el sol alto ya en su curso, o como una perla cuyo oriente resplandece. Nadie podía abstenerse de pensar en la descripción que de ella había hecho el poeta:

Chorros de azur que derrama la aurora  
en la copa del cielo, así es su mirada;  
en los pómulos se cosechan las rosas,  
floreciendo de nuevo, en cuanto se han cortado.

Si su cabellera es negra,  
semejante a la espesa noche,

por el contrario en su frente  
brilla la luz de la aurora.

Ése era el tipo de belleza absoluta que el velo, al apartarse, le descubrió al arrobado adolescente. «En verdad —se decía—, el mero hecho de mostrarse es un himno al Creador magnífico por semejante criatura. Gloria a Aquel que la modeló, alabanzas a Aquel que adornó con cualidades sin par ese cuerpo y esos rasgos».

Y ese pensamiento se vio acompañado por un verdadero dolor: le pareció a Aladino que se había roto una costilla, no podía devolver su pensamiento al recto camino, sus sentidos estaban atontados; resumiendo, en lo más profundo de su corazón acababa de arraigar el amor hacia aquella muchacha.

Con el espíritu como entumecido regresó a su casa y, cuando su madre le dirigió la palabra, permaneció sin reacción, paralizado, incapaz de responder. La comida fue servida a un muchacho ajeno a la realidad. La madre intentó interpellarlo:

—¡Eh, hijo mío! ¿Qué te ha sucedido para que te encuentres en el estado en que te veo? ¿Sufres? Dime qué te duele. Ese modo de no responderme no es una de tus costumbres...

Pero él mantenía el silencio y seguía soñando. Hasta entonces había creído que el bello sexo, en su conjunto, estaba hecho según el modelo de su madre. Ciertamente, como todo el mundo en la ciudad, había oído alabar la perfección física y la belleza de Dama Luna-de-las-Lunas, pero para él aquello eran solo palabras, que no le resultaban muy elocuentes. Se limitó a mirar a su madre a los ojos y soltarle:

—Déjame.

Pero ella insistía: ¿y si al menos tomara algún alimento? Él cedió en esto y comió un poco. Tras ello se dirigió a la cama, en la que permaneció, inmóvil y pensativo, hasta la mañana siguiente. La nueva jornada no supuso cambio notable en el estado de Aladino. La madre no sabía qué hacer y, sobre todo, ignoraba lo que había podido producir en su hijo semejante modificación del humor. Lo más plausible era el brutal ataque de una enfermedad cualquiera, y acudió junto a su hijo intentando interrogarlo:

—Hijo mío, si sientes el menor malestar o hay un órgano que te haga sufrir, dime qué te pasa para que vaya a buscar al médico. Precisamente nuestra ciudad alberga, hoy, uno que está de paso y ha llegado de los países árabes para ver al sultán, que lo solicitó. Si estás enfermo, iré a rogarle que pase a verte.

Aladino rechazó esta proposición.

—Madre, me encuentro muy bien, no estoy enfermo en absoluto. Lo que sucede es que, hasta ahora, creí que todas las mujeres estaban hechas según el modelo de mi madre. Ahora bien, ayer vi a Dama Luna-de-las-Lunas, la hija del sultán, entrando en el establecimiento de baños de la ciudad.

Y prosiguió relatando los acontecimientos de la víspera.

—Tal vez tú misma oíste al heraldo que anunciaba ayer, públicamente, que nadie

tendría permiso para abrir su tienda, ni siquiera para permanecer en el lugar por donde pasaría el cortejo de la princesa, pues nadie debía verla mientras se dirigía al baño. Pero yo, en cuanto oí aquello fui a tomar posiciones detrás de la puerta y la vi, a ella, en la verdad de sus rasgos, pues se levantó el velo en cuanto hubo empujado el batiente. Ante el espectáculo de su gloria y armonía, oh, madre mía, sentí que se infiltraba en mi alma un intenso afecto por aquella persona, un impulso del corazón tan imposible de soportar pacientemente como de reprimir. Una flecha, sí, penetró en mi corazón y lo atravesó de un lado a otro. Es el amor que me arrastra hacia ella, y en adelante no sabré disfrutar la tranquilidad, al menos mientras no esté en posesión de esa mujer. En fin, dado que así están las cosas, me pregunto si no convendría pedirla en matrimonio a su padre, según las reglas, para obtenerla de modo lícito.

En el espíritu de la madre, aquellas palabras fueron ilustradoras: en todo caso, su hijo era un niño aún y estaba lejos de haber adquirido la madurez que convierte a los hombres en adultos. Lo reprendió:

—Hijo mío, que el Señor de misericordia esté contigo, ya veo que has perdido la razón. Oh, hijo mío, apacigua tu emoción y no te comportes como un loco.

—No, madre mía, estoy en posesión de todas mis facultades, y no se trata de incluirme entre quienes han perdido la razón. Tus palabras de nada servirán y no me harás cambiar de opinión. Te repito que en adelante no podré degustar la tranquilidad, al menos mientras no esté en posesión de esa hermosa, la princesa Dama Luna-de-lunas, y que mi intención es pedirla a su padre el sultán.

—Hijo mío —suplicó la madre—, por el valor de mi vida a tu lado, guárdate mucho de decirlo en voz alta, podrían oírte y realmente te considerarían un loco. Arroja lejos de ti ese discurso. ¿Quién va a encargarse de semejante gestión, me refiero a una petición de matrimonio dirigida al sultán? Me gustaría mucho saber cómo vas a arreglártelas para dar a conocer tu deseo al sultán, suponiendo que hables en serio cuando expones semejante idea... ¿A quién tomarás como emisario, por quién harás formular la petición?

—El emisario, madre mía, lo he encontrado ya: ¿hay alguien más indicado que la que ahora vive conmigo? ¿En quién podría tener yo más confianza? Resumiendo, tengo la intención de enviarte en mi nombre para que hagas esa petición de matrimonio.

—¡Yo, hijo mío! —exclamó ella—. ¡Dios me libre! ¿Crees acaso que también yo he perdido el sentido común y voy a aceptar? Vamos, aparta de tu espíritu esta idea; recuerda más bien de quién eres hijo: tu padre, muchacho, era un sastre, el más pobre, el más humilde de los sastres que podían encontrarse en esta ciudad. Yo, tu madre, tuve unos padres que estaban entre los habitantes más pobres de la región. ¿Cómo ha podido germinar en ti un proyecto tan audaz: pedir en matrimonio la hija del sultán? Una hija a la que su padre se niega a casar con príncipes, hijos de reyes y sultanes, salvo si pueden mostrar una gloria en las armas que iguale la suya, un honor comparable; en resumen, deben ser verdaderos jefes de Estado. Si en alguno de los

puntos requeridos se limitan a aproximarse al nivel exigido sin lograrlo, la negativa cae, implacable, y nada más pueden esperar.

Aladino había escuchado pacientemente esa argumentación. Por fin, la negó:

—Madre mía, no creo que consigas descubrirme todas las buenas razones para que me abstenga. Las conozco y no me hago ilusión alguna sobre mi extracción social. Pese a todo, no cambiaré de opinión, y lo que me has dicho no tiene poder para hacerme abandonar mi designio. ¡De ninguna de las maneras!

»Te ruego pues, si es cierto que soy tu hijo y que me amas, que me hagas este favor, so pena de conducirme a mi irremediable perdición. La muerte será muy pronto mi destino si no consigo mi objetivo, conquistar a aquella a quien mi corazón quiere.

»De modo que lleva a cabo esta gestión y, por segunda vez, me darás la vida. ¿No soy acaso tu hijo, suceda lo que suceda?

La madre, viendo a su hijo en aquel estado, escuchando un discurso de esa clase, solo podía derramar cálidas lágrimas. Encontró sin embargo fuerzas para responder:

—Hijo mío, soy tu madre, la que no tiene más hijo que tú, oh, el único cuya sangre irriga mi hígado. Es cierto. Mi único deseo es alegrarme con tu felicidad, y quisiera arreglar tu boda. Pero supongamos que pido para ti la mano de una muchacha del mismo rango social que el nuestro, de extracción comparable a la nuestra. ¿Sabes cuál será la primera cosa que querrán saber de mí los padres? Si tienes un oficio, o una renta cualquiera, que proceda de alguna tierra, de los frutos de un vergel, o beneficios de algún comercio; en una palabra, cómo te aseguras la subsistencia cotidiana. ¿Qué respuesta puedo darles? Si no puedo aclarar ese tipo de detalles a gente como nosotros, ¿cómo voy a atreverme, oh, hijo mío, a dirigirme al rey de la China, para pedirle la mano de su hija, a él a quien nadie precede, ni siquiera lo sigue de cerca, en asuntos de soberanía?

»Someto el problema a tu sentido común, estudia el caso. ¿Quién es el pretendiente? El hijo de un sastre. Detenme si no digo la verdad, si no estás de acuerdo. Lo que sé es que si me encargo del asunto, si me pongo ante el rey para presentárselo, será para nuestra desgracia, pues semejante gestión no dejará de arrojarnos a los mayores peligros ante el soberano, y tal vez incluso al final esté la muerte. Para ambos.

»No, el caso es grave. Diría incluso que va contra la naturaleza. Podemos considerar fácil dirigirse al soberano. Pues bien, yo no veo cómo me atrevería a plantarme con la cabeza alta ante el peligro que quieres hacerme correr. Te escucho, hijo mío, dame tus directrices...

»¡Sea! Llego a palacio. ¿Con qué cara ya? ¡Pero dejémoslo! Los guardias me preguntan lo que quiero: ¡es fácil! Pongamos que dejan pasar a esa loca. Heme aquí ante la sala donde se celebra el Consejo del sultán, será necesario entonces que llegue hasta el soberano. Anuncio pues que deseo simplemente hacer mi petición de matrimonio, pero la buena gente del Consejo pide algunas informaciones

complementarias, como: “¿Qué hace en la vida este muchacho!”. ¡Hum!, he aquí que comienzan los problemas. En fin. No importa, puesto que estoy ya ante el sultán. ¡Pero llevo las manos vacías! Nada para honrar su augusta persona.

»Naturalmente, hijo mío, sé que nuestro soberano es de natural bonachón, que cada cual tiene la posibilidad de ser oído con paciencia si va a exponer un caso en el que ha debido sufrir injusticia, o sencillamente a reclamar la aplicación de la ley religiosa, a solicitar el perdón de alguna falta, la protección contra un peligro, que se le conceda una ayuda en dinero. A quienes piden un favor, nuestro príncipe no regatea en absoluto sus dones: ama a su pueblo y no es necesario ser uno de sus íntimos para gozar de sus generosidades. Pero está lleno de discernimiento, y concede su gracia a quien la merece, por ejemplo, si se ha distinguido en la guerra o en la defensa del país que tiene a su cargo.

»¿Y tú, precisamente, qué hazañas tienes en tu activo y de qué puedes presumir para merecer ese favor? ¿Cuándo has defendido la autoridad del soberano, cuándo has servido a la prosperidad del reino? No, no, créeme, la gracia que reclamas está por encima de tus méritos. En todo caso, nadie, y sobre todo no el que mendiga, puede presentarse ante el sultán con las manos vacías, como te he dicho ya; tiene que llevar consigo algo que ofrecer, pero algo que sea digno de él. Para terminar, te pregunto ¿cómo puedes olvidar, hasta ese punto, tu salvaguarda pensando en presentarte ante su Felicidad el sultán y querer convertirte en su yerno?

A esa advertencia, Aladino dio esta respuesta:

—Madre mía, has hablado acertadamente. Solo puedo aprobarte por haber pensado en todo eso, y yo mismo habría debido pensarlo en primer lugar. Pero ¿qué quieres?, el amor que siento por la princesa Dama Luna-de-las-Lunas se ha infiltrado tanto en la hirviente sangre de mi corazón que no me es ya posible abandonarme a la tranquilidad de la existencia mientras no haya conseguido que esa mujer quede en mi posesión.

»Pero tus palabras tienen, al menos, otro mérito, el de haberme recordado que, cuando te he rogado que actuaras en mi nombre para solicitar la hija del sultán, no soy un completo menesteroso. Podría cobrar cierto valor con una baza que tengo, y que había dejado por completo a un lado: me has preguntado por el regalo que debemos presentar al soberano, de acuerdo con la costumbre de quienes solicitan. Pues bien, los reyes del mundo no poseen nada semejante al presente del que dispongo, al menos según lo que puedo imaginar. Ya sabes, se trata de esos objetos que considerábamos chucherías de cristal: en realidad son piedras preciosas y mi trato con los joyeros me ha enseñado cuál es su valor. Nos queda también una copa de porcelana de China, ve pues a buscarla, la llenaré con ese montón de pedrería y lo llevarás todo contigo, como presente para el sultán.

»No me harás creer que tu acceso al soberano no se verá facilitado así y que no te resultará más cómodo presentarle mi petición. Has de saber que si no trabajas para satisfacer mi deseo, que es el de tener a la Dama Luna-de-las-Lunas, la dueña de mi

corazón, solo acortarás el plazo que me separa del final de mi vida. Puedes contemplar tu regalo con espíritu tranquilo, sin preocuparte por su valor, que es considerable y, para darte idea de ello, sabe que si hiciéramos un solo lote con todas las piedras que venden en sus tiendas del mercado los joyeros reunidos, no alcanzarían aún el precio de una sola de las que traje conmigo. ¡Y ya es decir! Por lo demás, hice investigaciones en el mercado y observé atentamente las cotizaciones antes de llegar a esta certeza. Lo que allí se encuentra para comprar es muy caro ya y se vende a un precio que desafía la imaginación. Y eso sin mirar la forma. ¡No hablemos, entonces, de lo que nosotros tenemos!

»Dicho esto, madre, tráeme la copa de porcelana china. Colocaremos en ella las piedras que poseemos y juzgaremos luego su efecto.

La madre hizo lo que Aladino le pedía, pensando para sus adentros que verificaría, así, si no exageraba un poco. Él, por su lado, fue a buscar las bolsas que contenían los preciosos minerales y comenzó a colocarlos en la copa, hasta que ofreció una muestra bastante completa de todas las variedades que estaban en su posesión. A la madre solo le quedaba ya apreciar el conjunto. Pero la mirada que le lanzó fue breve: las piedras brillaban tanto que quedó cegada y su insostenible fulgor la obligó a cerrar los ojos. Los reflejos que lanzaban eran verdaderos rayos de luz, vivaces como relámpagos. Y, sin embargo, la buena mujer seguía dudando del valor de aquellos objetos, tan preciosos de hecho que ningún rey en el mundo los tenía semejantes. Entonces Aladino, volviéndose hacia ella, le hizo esta pregunta:

—¿Qué te parece, madre? ¿Es un regalo lo bastante apto para el sultán? ¿Te parece bien su esplendor? A mi entender, creyendo que este presente te valdrá, por parte del soberano, la mayor consideración y la mejor acogida, acompañada de todos los signos de honor que te serán debidos, pienso que no queda pretexto alguno para diferir tu gestión. ¡Toma pues esta fuente y en marcha hacia palacio!

—Hijo mío —repuso ella—, reconozco que el presente es precioso y de gran valor. Te concedo que nadie tiene algo comparable, como te complace afirmar, pero dime, ¿con qué audacia podré pedir al sultán la mano de su hija Dama Luna-de-las-Lunas, cuando me pregunte por lo que deseo? ¿Tendré el valor de decirle: «Quiero a tu hija»? Te predigo, hijo mío, que mi lengua quedará paralizada. Supongamos, si Dios me da esa fuerza, que consigo no obstante, reuniendo toda la firmeza de la que soy capaz, soltar: «Mi intención es crear un lazo de parentesco contigo obteniendo la mano de tu hija para mi hijo Aladino». Toda la concurrencia me tomará por loca y la guardia me echará fuera cubriéndome de oprobios. Seré tratada de insensata... y no hablo de lo que cuelga sobre la cabeza de nosotros dos, ¡la pena capital! Sin embargo, por amor a ti, hijo mío, no atenderé a esos obstáculos y reuniré todo mi valor. Vamos, madre, en marcha...

»Pero, pensándolo bien, hijo mío, supongamos ahora que el rey me recibe, que me honra gracias al presente que voy a ofrecerle y que, por fin, le hago la petición que tú me encargas. He aquí entonces que me pregunta (es la reacción ordinaria de la

gente en semejantes circunstancias): ¿cuáles son las tierras que posees y cuáles tus rentas habituales? ¿Qué voy a responderle? Creo que debemos esperar esta pregunta, antes incluso de que intente saber por mí quién eres y qué aspecto tienes...

—Madre —respondió Aladino—, no hay razón alguna para que actúe así, cuando haya visto las piedras preciosas y su esplendor. No, no y no. Sin embargo, si eso se produjera, tengo la respuesta que convendría darle. Hazme el favor que te pido y deja de pensar que aparecerá en ese momento un obstáculo. No dejas de saber, oh, madre, que tengo conmigo esta lámpara que asegura ahora nuestra subsistencia, y que me basta con abrir la boca para obtener del servidor de la lámpara lo que deseo. Pues bien, cuento con esta lámpara, por si acaso el sultán exigiera de mí más amplias informaciones referentes a mis bienes. Sabré entonces qué responderle.

Duró mucho tiempo aquella conversación entre la madre y el hijo, que combatía paso a paso las buenas razones que ella le oponía. Transcurrió toda la noche.

Al día siguiente, la madre de Aladino reunió todo su valor e inició los preparativos que debían conducirla a llevar a cabo la gestión proyectada. Era la lámpara, bien hay que decirlo, la que había obtenido su adhesión: ciertamente, ella sabía ya que les procuraría siempre lo que necesitaran, pero la tranquilizaba más aún oír que su hijo le recordaba cómo funcionaba y para qué servía.

Éste sintió unos escrúpulos de última hora: viendo a su madre llena de decisión y el efecto producido en ella por sus últimas explicaciones, por muy seguro que se sintiera, no dejaba de temer que aquel mismo exceso de seguridad no la inclinase a excesivas confianzas con la gente que encontrara. La puso en guardia por lo tanto:

—Madre, abstente sobre todo de hablar de la lámpara y de su función con nadie, pues en ella reside toda nuestra esperanza. Presta mucha atención y sujeta la lengua a este respecto. Imagina que perdemos ese cuerno de la abundancia, estaríamos listos...

—Claro que no, hijo mío, nada tienes que temer —lo tranquilizó la madre.

Entonces, tomó la copa que contenía las piedras preciosas y salió de la casa. Era lo bastante pronto como para que pudiese pensar en llegar al Consejo antes que la multitud, que es densa en cuanto empiezan las audiencias. El presente había sido envuelto en un pañuelo de tela fina, atención suplementaria tan adecuada al continente como al contenido.

Hela aquí en palacio. Había entrado antes incluso de que el Consejo real estuviera al completo. De ese modo, pudo ver llegar sucesivamente al gran visir y a algunos altos funcionarios, luego a otros visires, seguidos por los responsables de distintos servicios, notables, emires, miembros de la nobleza local. Cuando todos los consejeros estuvieron allí, llegó el sultán en persona, pasando ante la hilera que formaban aquellos personajes tan selectos. El soberano se acomodó en su trono, pero la concurrencia permanecía aún de pie, con los brazos cruzados, aguardando una señal para sentarse, y solo lo hizo cuando el sultán lo hubo ordenado. Pudo verse entonces como la concurrencia se disponía de acuerdo con el rango que a cada cual asignaba la jerarquía, y los demandantes presentaron al sultán los asuntos en litigio,

asuntos que éste resolvió hasta el último, dando a cada cual la solución adecuada. Agotado el orden del día, la asamblea y la concurrencia se retiraron. Cada cual regresó a sus ocupaciones ordinarias.

La madre de Aladino, que había tenido buen cuidado en llegar temprano, había encontrado lugar en primera fila de la multitud. Pero nadie había considerado oportuno invitarla a expresarse y a presentar su petición al sultán. Se había mantenido pues inmóvil durante toda la sesión, hasta el momento en que el sultán, tras haberla levantado y despedido a los presentes, se había dirigido a los aposentos de las mujeres. A ella solo le quedaba ya, como a todo el mundo, marcharse y regresar a su casa.

Una vez hubo llegado, encontró a Aladino; sus miradas se cruzaron y él advirtió de inmediato que seguía llevando en sus manos la copa de las piedras preciosas. Su primer pensamiento fue que algo enojoso le había ocurrido y prefirió no preguntárselo, aguardando que ella tomara la iniciativa de contarle el incidente. Eso es lo que hizo, no sin haber tomado la precaución de guardar la copa en lugar seguro.

—Hijo mío —le dijo cuando terminó el relato de su mañana—, siento al menos la satisfacción de haber podido llegar al lugar que ha sido el mío durante el Consejo y me alegra haber tenido el valor de intentar esa gestión. Hoy no he podido hablar con el sultán, pero mañana, si Dios quiere que tenga esa posibilidad, espero hacerlo. Muchos estaban en la misma situación: querían dirigirse al sultán, pero no se les ha ofrecido la ocasión. Quédate tranquilo, hijo mío. Mañana el asunto estará más adelantado y las cosas habrán avanzado. Es preciso que tenga yo esta audiencia, para complacerte, y suceda entonces lo que deba suceder.

Aladino estaba muy satisfecho al oír a su madre hablando de este modo. Sin embargo, la espera lo torturaba más cada hora, pues su pasión y su deseo no conocían ya límite. Pero ver decidida a su madre le proporcionaba una alegría que apaciguaba su pesadumbre y se adecuaba a ella. Exhortándose a la paciencia, fue a dormir y su madre lo imitó en este punto.

A la mañana siguiente, con la misma copa en la mano, ésta llegaba a palacio para asistir nuevamente al Consejo, concibiendo el mismo designio de hablar con el sultán. Dio esta vez con una sala de audiencias cuya puerta estaba cerrada con llave. Y cuando preguntó al personal de servicio la razón, oyó como le respondían:

—¡No es algo nuevo! Siempre ha habido tres sesiones semanales del Consejo de gobierno, en todo y por todo.

Se vio pues obligada a volver sobre sus pasos, sin haber logrado nada. Pero, durante los días siguientes, se impuso la obligación de acudir diariamente a palacio, unas veces para asistir a la sesión, aunque sin decir nada, otras para encontrar la puerta cerrada y regresar igual como había ido. Esos manejos duraron una semana. Pero el sultán acabó, a la fuerza, fijándose en aquella mujer entre la concurrencia. Cierta día en que, como de costumbre, había asistido a todo el Consejo, cerca del sultán aunque sin poder hablar con él, éste, cuando se dirigía al harén en compañía

del gran visir, le preguntó a su ministro:

—Dime, visir, hace ya cuatro o cinco veces que el Consejo se celebra y veo yo a esa anciana, siempre la misma, con un paquete bajo su manto. ¿Tienes idea de la identidad de esta persona y de lo que puede desear?

—Oh, mi señor el sultán —respondió el visir—, ya sabes que las mujeres son algo débiles de espíritu. Tal vez ésa haya venido a verte con la intención de quejarse ante ti de su marido, a menos que quiera denunciar a algún miembro de la familia que, a su entender, no actúa como es debido.

Esta respuesta del visir dejó insatisfecho al sultán. Prefirió juzgar por sí mismo y ordenó a su ministro que llevara ante él a la persona en cuestión, si acudía de nuevo a una próxima sesión del Consejo. A lo que el visir, poniendo una mano en su cabeza, asintió con estas palabras:

—Oído atento y buena voluntad ante las órdenes que me das, ¡oh, sultán, nuestro señor!

## Capítulo V

### El proyecto de Aladino se concreta

La madre de Aladino que, como sabemos, no se perdía ni una sola sesión del Consejo y frecuentaba asiduamente la sala donde se celebraba, por mucho que esta tarea la agotase, se limitaba a aproximarse lo más posible al sultán, por amor a su hijo. Eso era, por lo demás, lo que le permitía soportar su fatiga. Cierta día en que, como de costumbre, estaba allí, el sultán la vio y avisó de inmediato a su gran visir:

—¿No es aquella la persona de la que te hablé? Ve a buscarla, para que pueda conocer yo su petición y resuelva sus dificultades.

El visir hizo que la madre de Aladino se acercara y la puso en presencia del sultán. Una vez ante su príncipe, la mujer le presentó sus respetos, hizo en su favor invocaciones a Dios, pidiendo al cielo que le concediera poder, gracias de toda naturaleza y por toda la duración del tiempo; tras ello, besó el suelo ante sí en signo de sumisión. El sultán, después de ordenarle que se levantara, le preguntó:

—Mujer, hace ya varios días que te veo frecuentar el Consejo, siguiendo la sesión hasta que yo me levanto, y todo ello sin decir palabra. Si tienes que hacerme una petición, preséntala para que pueda aportar una solución a tus dificultades.

Como respuesta, la mujer comenzó besando el suelo por segunda vez a los pies del soberano y repitió las invocaciones en su favor. Luego, dijo:

—En efecto, por la vida que hace mover tu cabeza, oh, rey del tiempo, tengo que presentarte una petición. Pero antes de escucharla, que tu Excelencia me conceda la promesa de respetar mi vida. Pueda yo permanecer segura junto a nuestro dueño el sultán, incluso cuando éste haya prestado oídos a mi demanda, pues corro el riesgo de que parezca extravagante.

Pero el sultán quería a toda costa saber qué ocultaba este preámbulo; no se trataba de ir contra el libre albedrío de alguien que deseaba expresarse ante él; y además, su amable naturaleza le impedía actuar de otro modo. En resumen, dio a la mujer la seguridad de que nada malo debía temer de él y ordenó incluso que se cerraran las puertas. Una vez a solas con ella, y con la presencia del gran visir como único testigo, repitió:

—Vamos, mujer, preséntame tu petición. No temas nada, aunque oiga de tu boca la confesión de la más abominable fechoría, de las que merecen la pena capital...

Entonces, la madre de Aladino tomó la palabra:

—Oh, sultán, señor nuestro, tengo un hijo que se llama Aladino. Cierta día, no hace aún mucho tiempo, oyó al pregonero pidiendo que cada cual renunciara tanto a abrir su comercio como a deambular por las calles de la capital, pues la hija de nuestro señor el sultán, Dama Luna-de-las-Lunas, se dirigiría al establecimiento de

baños públicos. Este anuncio excitó la curiosidad de mi hijo: quiso contemplar esa belleza y se ocultó en un lugar desde el que podía observar a su antojo, detrás del batiente de la puerta que da acceso a los baños. Aquel escondrijo colmó sus deseos, oh, rey del tiempo, pero le acarreó otra consecuencia más enojosa: desde el instante en que mi hijo posó su primera mirada en ella, la vida ha perdido para él todo sabor y, en el estado de melancolía en que se encuentra desde entonces, ha pensado que solo había una salida, obligarme a venir y proponer a tu Felicidad que le des en matrimonio a tu hija y lo unas a ella con vínculos legítimos. No he podido sacarle de la cabeza esta idea fija, pues su corazón está tan prisionero del amor por esa muchacha que me ha dicho: «Si no tomo posesión de ella, sabe que mi muerte está muy cerca».

»Suplico a tu Felicidad que seas clemente conmigo y perdones esta desfachatez por mi parte. Revela la de mi hijo. ¡No nos castigues ni al uno ni al otro por nuestra audacia!

Apenas hubo oído que la mujer concluía su relato y su petición, el rey, cuya naturaleza lo inclinaba a la alegría, soltó la carcajada. Preguntó sin embargo qué llevaba consigo la visitante bajo su manto. Aquel paquete lo intrigaba.

La madre de Aladino advirtió que el soberano, en vez de encolerizarse contra ella y reprocharle las palabras que había pronunciado, se echaba a reír, y de inmediato atendió su demanda. Deshaciendo los nudos del pañuelo que envolvía la copa, ofreció al soberano las piedras preciosas que ésta contenía. Una vez quitada la tela, el sultán sintió impresionada su mirada: era como si hubieran encendido en la habitación lámparas y cirios que hubiesen multiplicado la claridad. ¡Qué brillo, qué fulgor! El sultán no podía creérselo y quedó sin voz ante la perfección y el tamaño de aquellas joyas.

—En mi vida he visto nada semejante —acabó exclamando—, piedras tan hermosas como éstas y tan desprovistas de defecto con un tan gran tamaño. Sin duda, ni mis tesoros ni los de soberano alguno en todo el mundo contienen el equivalente de la menor de todas ellas.

Dirigiéndose al visir, a su lado, añadió:

—¿Y a ti qué te parece, oh visir? ¿Has tenido alguna vez ocasión de posar los ojos en piedras preciosas que puedan compararse a éstas en esplendor?

—Jamás, oh, sultán, nuestro señor, las he visto semejantes, y no creo tampoco que el tesoro de mi señor el rey contenga una sola que se les parezca y tenga el mismo valor —asintió el visir.

—Quien nos ofrece semejante regalo —prosiguió el sultán—, ¿no merece acaso la mano de mi hija Dama Luna-de-las-Lunas? Por mi parte, no veo a nadie más digno que él de semejante honor...

El visir, ante ese discurso, se sintió herido. Su lengua, paralizada, no pudo articular una sola palabra de respuesta o de aprobación: debemos saber que el rey había prometido dar a su hija en matrimonio al hijo del visir... Pero acabó

recuperándose y pudo pronunciar:

—Perdóname, oh, rey del tiempo, pero tu Felicidad me había prometido que Dama Luna-de-las-Lunas sería de mi hijo. La bondad de tu Alta Excelencia debe concederme un plazo de tres meses. Con el permiso de Dios, el regalo que, en ese lapso de tiempo, te ofrecerá mi hijo será más glorioso que el que ahora estamos viendo.

El rey sabía muy bien que ni el visir ni siquiera el mayor rey de la tierra podía lanzar ese desafío con una posibilidad cualquiera de ganarlo. Pero sabemos que era clemente; aceptó levantar acta de la propuesta y concedió a su ministro los tres meses que solicitaba. Se volvió entonces hacia la madre de Aladino:

—Anciana —le dijo—, ve al encuentro de tu hijo y dile que he comprometido mi palabra: le reservaré a mi hija. Sin embargo, es preciso que le prepare lo necesario para instalarse y, además, lo necesario para la ceremonia de la boda. Me hacen falta tres meses para todo ello.

Tras haber recibido la promesa del sultán, la madre de Aladino le dio las gracias, hizo las invocaciones de costumbre sobre su cabeza y abandonó el palacio. En el camino de regreso, volaba más que andaba, tan grande era su alegría. Solo con ver a su madre, cuya faz estaba radiante, Aladino comprendió que era mensajera de una buena noticia. Aquel rostro sonriente era, para él, una promesa de felicidad. Y además, había tardado menos tiempo que de costumbre, no llevaba ya la copa consigo: todo aquello solo presagiaba algo bueno.

—Vienes a anunciarme que todo va a las mil maravillas, ¿no es cierto? —exclamó en cuanto la vio a lo lejos—. Apuesto a que las piedras preciosas y el tesoro que representan han hecho su efecto. Has sido recibida por el sultán, ¿no te lo había dicho yo? ¿No es cierto que ha sido amable contigo y te ha escuchado favorablemente?

Ella le contó con detalle lo que había ocurrido: cómo el sultán le había dispensado una buena acogida, cómo la admiración ante las piedras preciosas lo había dejado sin respiración, al igual que al visir, por lo demás, y finalmente cómo le había hecho la promesa de que su hija estaba ya reservada para Aladino.

—No obstante —añadió ella—, he visto que el visir le hablaba en secreto. Solo después de este aparte me ha pedido el sultán los tres meses de plazo para cumplir su compromiso. Me pregunto si el visir no está maquinando algún plan maligno para que el rey cambie de opinión.

Aladino escuchaba todo aquello con el corazón contento. La promesa de que todo se llevaría a cabo en los tres meses siguientes disipó la última sombra de inquietud que oscurecía su proyecto, y se abandonó a su felicidad:

—Ciertamente, tres meses son largos —observó—, pero tengo confianza y, puesto que el propio sultán ha fijado semejante plazo, solo puedo alegrarme del feliz resultado de este asunto.

No olvidó dar las gracias a su madre, alabando su abnegación y valorando en su

justo precio las fatigas que por él se había impuesto.

—Por Dios, madre —exclamó—, voy a decirte lo que has hecho: estaba yo enterrado en una tumba y, en un solo instante, me has sacado de ella. Alabanzas sean hechas a Dios, que me da la convicción de ser el más feliz de los mortales en este bajo mundo.

Ya solo le quedaba armarse de paciencia. Pasaron dos meses. Cierta día en que su madre salía para comprar aceite, encontró todas las tiendas cerradas. Debe decirse que era el momento en que el sol estaba poniéndose. Sin embargo, toda la ciudad estaba adornada y empavesada como para una fiesta. Los habitantes habían puesto en las ventanas candiles, ramos de flores y otras decoraciones de este tipo. Por las calles podían verse grupos de soldados desfilando en cortejo detrás de sus jefes, que asimismo llevaban una antorcha en la mano. «He aquí algo extraño —se dijo—. ¿Por qué estas manifestaciones de alegría y por qué este júbilo en toda la ciudad?». Acabó descubriendo una tienda de ultramarinos, abierta aún, en la que entró para comprar aceite, y no pudo abstenerse de preguntar:

—Por tu vida, oh, tío mío, dime qué significan esos regocijos y por qué la gente ha decorado así las casas, por qué los mercaderes descansan y desfilan los soldados.

—Mujer —respondió el otro—, bien se advierte que no eres de aquí y solo estás de paso entre nosotros.

—Nanay —protestó ella—. ¡Vivo en esta ciudad!

—¿Vives en esta ciudad —exclamó el tendero— e ignoras que el hijo del gran visir comparte esta noche el lecho de Dama Luna-de-las-Lunas, la hija del sultán? ¿Que ahora él está en los baños? ¿Que esos emires y esos soldados aguardan que salga para ser su cortejo hasta el palacio, hasta los aposentos de su prometida?

La noticia afligió a la madre de Aladino. ¿Cómo anunciar a su hijo tal catástrofe, se preguntaba, a un hijo que, confiando en la palabra de un sultán, contaba las horas aguardando que su suma llegara al fatídico total de tres meses?

Se apresuró hacia su casa y se enfrentó de inmediato con Aladino:

—Hijo mío, con gran desesperación tengo para ti una mala noticia.

—Habla pronto —imploró Aladino.

—El sultán no ha cumplido su promesa en lo referente a su hija, la princesa Dama Luna-de-las-Lunas. Esta misma noche el hijo del visir entrará en el lecho de la princesa. Recuérдалo: en el instante preciso en que el rey me daba su asentimiento, yo consideré cierto que el visir le haría cambiar de opinión; te conté incluso que se habían dicho, en secreto, ante mí, algunas palabras.

—Pero ¿cómo sabes lo que se prepara? —preguntó Aladino.

La madre le contó lo que había visto en la ciudad al ir a buscar aceite: las calles estaban en fiestas, las tropas desfilaban detrás de sus jefes de destacamento y los notables aguardaban que el novio saliera de los baños, donde estaba por aquel entonces. La boda con la hija del sultán se celebraría al anoecer, no cabía duda de ello.

Lo que su madre le comunicaba sumía a Aladino en una muda estupefacción. Cuando se recuperó, lo hizo para pensar en la lámpara maravillosa.

—Por tu vida —prometió a su madre—, puedo predecirte que el hijo del visir va a sufrir un serio contratiempo si piensa entregarse por completo a su regocijo, como parece creer. Pero dejemos eso a un lado, de momento, y pon más bien la mesa para el almuerzo. Cuando hayamos comido, me retiraré unos instantes a mi habitación y entonces nos visitará de nuevo la alegría.

En cuanto terminó el almuerzo, Aladino se dirigió a su habitación, donde se encerró cuidadosamente, tomó la lámpara y la frotó. Al instante apareció el servidor de la lámpara y se inclinó ante él:

—Ordena lo que quieres de mí. Heme aquí, soy tu servidor, como lo soy de todo aquel que tenga en sus manos la lámpara. No solo yo, sino todos los servidores de la lámpara maravillosa que en este momento posees.

—Escúchame —le respondió Aladino—. Pedí al sultán la mano de su hija. Él acepto el proyecto, me dio sobre ello su palabra, limitándose a fijar un plazo de tres meses para concluir y celebrar la boda. Pero el traidor, con desprecio de su compromiso, ha entregado su hija al hijo del visir. Esta noche se celebrará el encuentro de los esposos. Te doy ahora, si eres como pretendes fiel servidor de la lámpara, la orden siguiente: esta noche, cuando veas a los cónyuges compartir su yacija, tráelos aquí manteniéndolos en su propio lecho. Ésta es mi orden.

—¡Oído atento y buena voluntad! —asintió el servidor—. ¿Eso es todo? ¿Tienes algo más que exigir de mí? Ordena y cumpliré.

—Nada más deseo de momento. Lo que quería, te lo he dado a conocer.

El servidor desapareció de la vista y Aladino regresó a la estancia donde se encontraba su madre y allí aguardó que fuera aproximadamente el momento en que el servidor de la lámpara debía regresar con su fardo. El otro acudió puntualmente a la cita y Aladino vio llegar el lecho en el que dormían los dos recién casados. Su júbilo sobrepasaba toda medida.

—Toma ese gusano —dijo al servidor señalando al hijo del visir— y hazle dormir en el excusado.

El esposo fue arrebatado, de inmediato, del lecho y transportado al lugar que Aladino había indicado. El servidor no lo abandonó allí sin haber soplado sobre el hombre de un modo que lo paralizó. Fácil es imaginar que el hijo del visir, obligado a permanecer en la posición en la que había sido colocado, no era el más feliz de los mortales... Entretanto, el servidor regresó a su puesto junto a Aladino, al que preguntó:

—¿Quieres algo más? Ordena...

—Nada más —respondió Aladino—, salvo lo siguiente: regresa de buena mañana para devolver a esos dos al lugar de donde los sacaste.

—¡Oído atento y buena voluntad! —asintió el servidor antes de desaparecer.

Aladino no creía lo que estaba viendo: ¡Dama Luna-de-las-Lunas allí, en su casa,

al alcance de su mano! A pesar de ello, y fuera cual fuese el amor por el que se sentía inflamado, observó con la mayor escrupulosidad del mundo los principios de la cortesía, mostrándose perfectamente respetuoso de su persona:

—Oh, mujer sabrosa entre las sabrosas. ¿No creerás que te he hecho venir aquí para ofender tu honor? Esta idea ni siquiera me ha rozado, pero soy esclavo de otra: no quiero que otro hombre pueda gozar de ti, pues a mí te entregó tu padre, comprometiendo su palabra de sultán. Aquí estás segura, y en mi casa solo encontrarás apoyo y consuelo.

Dama Luna-de-las-Lunas, que se veía en aquella casa donde apenas entraba la luz y escuchaba un pasmoso discurso, concibió un miedo que le impedía articular una sola palabra. Mientras, Aladino se desnudaba y ocupaba un lugar en el lecho, no sin haber colocado entre él y la muchacha un sable desenvainado. Tal vez había expulsado de su espíritu, incluso, cualquier impulso de atentar contra su honor. Tenía solo una intención, la de impedir que se consumara el matrimonio entre la mujer que amaba y el hijo del visir. Pero ella, que en toda su vida no había conocido una posición tan desagradable, pasó la noche más espantosa. Por lo que a su prometido se refiere, que, en el excusado, no tenía la posibilidad de hacer el menor movimiento tras el tratamiento infligido por el servidor de la lámpara, estaba enfermo de espanto.

En cuanto apuntó el día, y sin que Aladino necesitara frotar la lámpara, apareció el servidor y pronunció su fórmula:

—A tus órdenes, amo: manda y te obedeceré.

Aladino le mandó que tomara a los recién casados y los devolviera a su casa. En menos tiempo del necesario para decirlo, fueron devueltos a su palacio, con su lecho, sin que se les diese la posibilidad de encontrarse con nadie. No tuvieron en absoluto la oportunidad de experimentar sentimiento alguno, pues el miedo que los dominaba durante aquel nuevo traslado ocupaba en ellos el lugar de cualquier estado de ánimo.

Apenas el servidor tuvo tiempo de colocar el lecho y a sus ocupantes como debía, y de marcharse, cuando el sultán acudió al encuentro de su hija, en la alborada de su vida de mujer. Abrió la puerta, cuyo mero chirrido puso de inmediato en fuga al hijo del visir, que sabía que solo el sultán podía introducirse así en los aposentos y en tales circunstancias. En efecto, se encontraba en un estado demasiado lamentable para aquel visitante notable: temblaba de frío, tras la noche que había pasado. Y sentía un solo deseo, el de encontrar un lugar algo más agradable que aquel maldito excusado, ¡que nadie había tenido la precaución de caldear antes de encerrarle en él! Si al menos hubiera tenido tiempo de aprovecharse del calor del lecho... Pero no. Tuvo que vestirse a toda prisa y desaparecer.

Entretanto, el sultán se acercaba. Aproximándose a su hija, depositó un beso en su frente, entre ambos ojos, y le deseó buenos días, le preguntó luego si tenía motivos para estar satisfecha de su esposo. Pero ella, para gran asombro del sultán, permanecía muda. Por el contrario, le miraba con unos ojos que la cólera hacía brillar. Por mucho que el rey repitiese su pregunta de distintos modos, ella no consentía en

decirle ni una sola palabra y mantenía obstinadamente silencio. El rey se vio obligado a marcharse con las manos vacías por donde había venido. Fue entonces al encuentro de la reina, su esposa, para hablarle de lo que acababa de sucederle con su hija Dama Luna-de-las-Lunas. La madre procuró encontrar un medio de calmar la crisis, pues veía que el padre estaba furioso contra su hija:

—Oh, rey del tiempo —dijo—, es lo habitual en la mayoría de los esposos tras su noche de bodas. La mezcla entre el pudor que les impide hablar y la coquetería que exige cada vez más caricias de los padres, en eso desemboca el silencio que tú repruebas y que no debes reprochar a tu hija, oh, rey afortunado. Espera solo algún tiempo y la verás recuperando su actitud habitual, de la que habrá desaparecido la falsa vergüenza; entonces, hablará con la gente. La modestia es lo que hoy le veda decir lo que ha sentido, oh, rey del tiempo. Sin embargo, tengo la intención de ir a verla por mi lado: tal vez se muestre más libre ante mí.

Tras haberse vestido, la reina acudió a los aposentos de su hija Dama Luna-de-las-Lunas.

Entró en su habitación, avanzó hasta el lecho de la recién casada, le deseó los buenos días y depositó un beso en la frente, entre ambos ojos. Le habló, pero Dama Luna-de-las-Lunas permanecía silenciosa. La reina se decía para sí: «Sin duda, algo extraño se ha producido y no deja de atormentarla». Intentó preguntarle la razón:

—Hija mía, ¿qué te ha sucedido y qué te pone en este estado? ¿Qué acontecimiento ha ocurrido que te impide responderme cuando vengo a visitarte para desearte los buenos días?

Entonces, Dama Luna-de-las-Lunas que, hasta aquel momento, había mantenido los ojos gachos, levantó la cabeza:

—No me condenes, oh, madre mía —imploró—. Mi deber debía impulsarme a recibirte con todos los signos de respeto y consideración que te son debidas, tú, que condesciendes a honrarme con tu presencia en estos momentos. Pero te suplico que me escuches la razón por la que me encuentras en este estado. Sabe cómo ha transcurrido la noche que acaba de terminar. Ha sido para mí la peor de las noches. Apenas nos habíamos tendido en nuestro lecho, oh, madre mía, cuando un individuo, de una especie que nos era desconocida, apareció para transportarnos, a nosotros y nuestro lecho nupcial, hacia otro lugar, pero un lugar sucio, sombrío, miserable... ¡No puedo decirte hasta qué punto...!

La muchacha se lo contó todo a su madre: cómo le fue arrebatado su reciente esposo, cómo se quedó sola, en fin, sola no, pues tras un corto momento un joven había ocupado el lugar del marido para tenderse a su lado, aunque tras haber colocado un sable desenvainado entre él y ella.

—Por la mañana —prosiguió—, nuestro raptor ha aparecido y, sacándonos del horrendo lugar, nos ha devuelto a palacio. Entonces ha sido cuando el sultán mi padre ha entrado en nuestros aposentos, casi en el momento justo en que habíamos regresado. Así pues, no he podido ante él articular palabra alguna, tanto me

dominaban el espanto y el estupor ante esa aventura.

»Tal vez a mi padre eso le ha parecido duro de soportar por mi parte. Te lo ruego, oh, madre mía, que hagas de intermediaria y le expliques lo que ha acarreado esta situación. Me gustaría tanto que no me reprochara nada, que no me condenara por haber permanecido silenciosa, sino que, por el contrario, me concediese su perdón y no me guardara rencor por mi mutismo.

La reina escuchó a su hija Dama Luna-de-las-Lunas hasta el final, y le respondió:

—Princesa, guárdate mucho de pronunciar ante cualquiera que sea las palabras que me has dicho, pues sin ello la gente se inclinaría en exceso a decir que la hija del sultán ha perdido la cordura. Es preferible que hayas permanecido en silencio ante tu padre, sin recurrir a esas explicaciones que no lo son y que habrías podido darle... Por lo demás, incluso ahora, ten cuidado, hija mía, ten mucho cuidado en no decirle nada así.

—Pero, madre mía, he hablado en plena posesión de mis facultades. No he perdido la razón, te he contado acontecimientos que realmente han sucedido. Además, si no me crees, bastará con que se lo preguntes a mi nuevo esposo...

—Está bien —interrumpió la reina—. Levántate ahora, hija mía, y aparta de tu cabeza esas vanas fantasías. Vístete y ven a contemplar los espectáculos de regocijo que ha organizado la población de la ciudad para celebrar tus bodas; haz tuyo el júbilo que se extiende por todo el reino para festejarte. Vayamos a escuchar los tambores y los demás instrumentos que resuenan ya en señal de alegría, así como las canciones que brotan. Vayamos a admirar los ornamentos que han empavesado la ciudad para contribuir a tu felicidad...

Sin darle tiempo para replicar, la reina había llamado a las siervas encargadas del peinado y el aseo y, mientras Dama Luna-de-las-Lunas era revestida con sus atavíos de gala y se cuidaban los últimos detalles de su presentación, se dirigió ella a los aposentos del rey para dar cuenta a su marido de la entrevista: su hija, le dijo, había tenido un sueño la noche precedente, y unas visiones imaginarias la habían afectado. No tenía pues que guardarle rencor por su obstinada negativa a responder a las preguntas.

Tras ello, convocó al hijo del visir e intentó aclarar las alegaciones de su hija: ¿qué había de cierto en todo aquello? El recién casado, que por encima de todo temía que le arrebatasen la mujer con la que acababa de desposarse oficialmente, y perder así a tan hermosa criatura, respondió a la que le interrogaba:

—Oh, dama mía, no veo a qué alude el relato que acabas de hacerme...

La reina estuvo entonces segura de que su hija había sido presa de alucinaciones o, en todo caso, simplemente de un sueño lo bastante fuerte como para hacerle tomar las apariencias por realidad. Nada interrumpió los festejos populares: a lo largo de todo el día, la multitud siguió reuniéndose y, en las casas, se siguieron dando fiestas en las que resonaban toda clase de instrumentos musicales. La reina, el visir y su hijo no eran los que menos se apresuraban en alimentar el júbilo: consideraban el

espectáculo contagioso para Dama Luna-de-las-Lunas, que debía encontrar en él la ocasión de apartar sus preocupaciones. Nada se dejó de lado para entregarla al contento, para hacer que abandonara esa melancolía que mostraba, para ponerla en la disposición de ánimo más calmo y relajado.

Pero aquellas tentativas fueron en balde. La princesa, siempre silenciosa, solo pensaba en su desventura de la noche precedente. El hijo del visir, es cierto, había tenido que soportar vejaciones más penosas aún, teniendo en cuenta el lugar que le había servido de dormitorio... Pero aquella afrenta no había sido bastante fuerte como para hacerle confesar a la reina la verdad, y no había tenido mucho peso ante el temor de perder a su tan reciente esposa oficial y ser apartado del honor que de esa boda obtenía. Había evacuado así de su espíritu hasta el menor recuerdo de la afrenta y prefería pensar solo en una cosa: hasta qué punto la gente envidiaba su felicidad, pues poseía una mujer como Dama Luna-de-las-Lunas, una muchacha de belleza perfecta.

Aladino, como todo el mundo, había salido, si no para participar en los festejos, pues no tenía corazón para ello, sí al menos para contemplar el desarrollo de las fiestas que se daban en la ciudad y el palacio. Pero fue presa de una enloquecida carcajada ante aquel espectáculo y, especialmente, al oír cómo la gente hablaba del honor adquirido por el hijo del visir, de la buena fortuna que le permitía aliarse con el sultán y del esplendor de los regocijos ofrecidos. Se decía: «¡Feliz simplicidad! Buena gente, si supierais tan solo lo que ha ocurrido la noche pasada, dejaríais de sentir envidia por él...».

Cuando llegó el momento de acostarse, Aladino entró en su habitación para frotar allí la lámpara, y cuando apareció el servidor de ésta, le ordenó que, como la víspera, transportara a ambos esposos hasta su casa, sin aguardar a que el hijo del visir hubiera roto el sello de la virginidad de su prometida. El servidor desapareció y no tardó en regresar. Traía, en el plazo marcado, el lecho donde se encontraban ambos recién casados. El hijo del visir recibió el mismo tratamiento que la noche anterior, y el mismo lugar para albergarlo le fue generosamente atribuido, lo que lo sumió en un espanto indescriptible. Por su parte, Aladino colocó el sable en el mismo lugar y se adormeció junto a Dama Luna-de-las-Lunas. Al día siguiente por la mañana, y sin tener que pasar por la intermediación de la lámpara, apareció el servidor y devolvió a ambos esposos oficiales a su domicilio, con gran júbilo de Aladino, que no podía pensar sin reírse en el tratamiento infligido al hijo del visir.

## Capítulo VI

### La princesa hace una boda frustrada

El sultán, apenas se hubo levantado, concibió el proyecto de ir a ver a su hija: se sentía inquieto por saber si se comportaría del mismo modo que la víspera. Se preparó, pues, rápidamente y acudió a los aposentos de Dama Luna-de-las-Lunas, donde entró sin llamar, señal por la que el recién casado reconoció, de nuevo, la llegada de la persona real, único personaje, como es sabido, que puede presentarse así, de improviso.

El frío que lo atenazaba hacía que sus costillas entrechocaran. Se lanzó hacia su ropa, debajo de la cama, de la que tampoco aquel día había tenido tiempo de aprovecharse para calentarse en ella, dado el corto plazo que había transcurrido desde su regreso bajo la custodia del servidor de la lámpara. Entretanto, el sultán se dirigía ya hacia su hija Dama Luna-de-las-Lunas, que, por su parte, había permanecido en el lecho; apartó él la mosquitera, lanzó su buenos días y besó a la muchacha en la frente entre ambos ojos. Al igual que había hecho el día anterior, le preguntó cómo estaba y por toda respuesta obtuvo, solo, un aspecto huraño. Colérico, el padre únicamente pudo pensar en algún acontecimiento enojoso ocurrido durante la noche. De inmediato, desenvainó el sable que llevaba al costado y la amenazó:

—¿Qué te ha sucedido? Cuéntamelo o te arrebató la vida ahora mismo. ¿Así interpretas tus deberes para conmigo?, ¿y de qué modo contemplas tú la consideración y el respeto que se deben al sultán, cuando te hablo y no me concedes el honor de una respuesta?

Cuando la princesa Dama Luna-de-las-Lunas vio que la cólera de su padre alcanzaba semejantes proporciones, y que no vacilaba en amenazarla con su sable desnudo, quedó sin respiración y, tras unos instantes, levantando la cabeza, acabó respondiendo:

—Sé clemente, oh, padre mío querido, y no me hagas víctima de tu ira. Que tu cólera no te impulse a cometer conmigo actos irremediables, pues tengo excusas si me he portado mal contigo. Escucha el relato de lo que me ha sucedido: no dudo en absoluto que, cuando me hayas oído contarte cómo se han desarrollado mis dos últimas noches, comprenderás cómo estoy por ello, y tu amor por mí, que tan fuerte es, te hará compadecer entonces mis desgracias. Al menos, de esto estoy segura.

Hizo pues el relato anunciado, y lo concluyó en estos términos:

—Padre, si no me crees, pregunta a mi reciente esposo, que no dejará de poner al corriente a tu Felicidad sobre lo ocurrido. Yo, por ejemplo, ignoro qué hacían de él esos individuos cuando lo arrebataban de mi lado, y en qué lugar lo mantenían secuestrado todo ese tiempo.

Al oír como su hija le decía lo que ocurría, el sultán sentía que sus ojos se llenaban de lágrimas. Lo abrumaba la pesadumbre y envainó rápidamente su sable; inclinándose hacia su hija, la besó por segunda vez y dijo:

—Hija mía, hiciste mal no hablándome de esto ayer. No habría dejado yo, entonces, de protegerte de ese miedo que se ha apoderado de ti y, emprendiéndola con su causa, habría sin duda liberado tu alma del tormento que se ha abatido sobre tu persona. Pero no es demasiado tarde para actuar bien. Es hora de levantarte, aparta de tu espíritu esos malos pensamientos; la próxima noche, colocaré a tu alrededor centinelas que velarán por tu seguridad, y estarás al abrigo de toda desventura.

Regresando a sus aposentos, el sultán hizo llamar a su presencia al gran visir. En cuanto lo tuvo enfrente, le dijo:

—Dime tu opinión, oh, visir. Tu hijo no habrá dejado de ponerte al corriente de los incidentes del que han sido víctimas él y mi hija en estas dos últimas noches.

—Es que, oh, rey del tiempo, ni ayer ni hoy he tenido ocasión de verlo.

El sultán se vio, pues, obligado a comunicarle los acontecimientos y a transmitirle las palabras de su hija Dama Luna-de-las-Lunas. Añadió su propio comentario:

—Ahora, quiero que pidas a tu hijo que te relate a su vez los hechos, tal como han ocurrido en realidad, pues no está excluido que mi hija, dominada por el espanto, no haya tenido una percepción exacta de las cosas aunque, en mi opinión, todo lo que me ha dicho está marcado con el sello de la verdad.

Al abandonar al sultán, el visir convocó a su hijo y le preguntó si todos los detalles del asunto, que él mismo conocía por el sultán, se correspondían con lo que el muchacho sabía. Oyó como su hijo le respondía:

—Oh, mi padre querido, ni por un momento creas que Dama Luna-de-las-Lunas pueda haberte mentido: muy al contrario, todo lo que ella ha contado es pura verdad. Estas dos noches han sido las más funestas que hemos vivido, nosotros, que esperábamos ver cómo derramaban sobre nosotros oleadas de alegría. Para mí sobre todo, que soy de los dos quien ha sufrido la más gran desgracia: ¡piénsalo un poco!, en vez de aportarme la felicidad de tener a mi lado a mi muy reciente esposa en un lecho de placer, estas noches me han gratificado con un secuestro en un excusado, un lugar sin luz, con un olor que daba náuseas, en resumen, un lugar maldito. Y frío, por añadidura: mis costillas crujían en él...

Cuando hubo detallado a su padre todas las causas de sus sufrimientos, el muchacho le pidió para finalizar:

—Querido padre, insisto ante ti para que convenzas al sultán de que anule el matrimonio que he contraído con su hija. No renuncio con el corazón ligero al inmenso honor de ser yerno del sultán, sin mencionar ya que el amor que siento por la princesa Dama Luna-de-las-Lunas se ha adueñado por completo de mi corazón. Pero no tengo fuerzas para soportar la idea de que una tercera noche del mismo estilo suceda a las que han transcurrido ya, para mí, del modo que te he dicho.

El visir, al oír estas palabras, se compadeció de su hijo y, pensando en todos

aquellos esfuerzos que había desplegado en vano para favorecer el ascenso del muchacho, al que había conseguido convertir en yerno del sultán, pensó que la suerte era contraria a sus deseos. Pasó así con bastante rapidez por la contrariedad que le causaban las desgracias de su hijo para concentrar su espíritu en la astucia que debía emplear si deseaba superar el inesperado obstáculo que surgía. La ruptura del matrimonio era la última solución en la que debía pensarse, para un hombre que había allanado ya decenas de dificultades para encontrarse donde se encontraba.

—Hijo mío —respondió el visir—, te pido que me des tiempo para reflexionar y encontrar solución a las complicaciones que han surgido la noche pasada, y que tengas paciencia hasta entonces. Entretanto, colocaremos guardias junto a vosotros dos para que os protejan; pero tú no dejes escapar el gran honor en el que tu posición te pone, que solo a uno ha sido concedido.

Abandonó a su hijo para ir al encuentro del sultán, a quien confirmó la autenticidad de todas las palabras de la princesa Dama Luna-de-las-Lunas, a lo que el sultán reaccionó del modo siguiente:

—Puesto que las cosas son lo que son, no sentimos la necesidad de mantener legalmente este matrimonio.

Comenzó decretando el fin del regocijo y anulando el programa de los festejos que tenían que producirse entonces para celebrar los esponsales. La población, especialmente la de la capital, no dejó de asombrarse ante tan inesperado desarrollo de las cosas, pero la sorpresa llegó a su colmo cuando se vio al visir y a su hijo abandonar el palacio, con aire colérico, y llevando en el rostro su descontento. Solo una conversación corría por la ciudad: el matrimonio se ha roto, las festividades de las bodas se han anulado, pero ¿por qué? Nadie, naturalmente, podía responder a esta pregunta con conocimiento de causa. ¿Nadie? No del todo, sin embargo, puesto que Aladino, que era origen y principal motor de aquel trastorno, se reía a so capa ante lo que había, efectivamente, provocado.

Ese acontecimiento tan poco común, que consistía en anular una boda, ocupó tanto al sultán que olvidó la promesa hecha a la madre de Aladino, pero, del lado de Aladino, las cosas eran distintas, puesto que aguardaba pacientemente que el plazo de tres meses hubiera transcurrido. Así, al cumplirse el compromiso, sin dejar que transcurrieran más de cuarenta y ocho horas tras el día fijado, mandó a su madre al sultán para recordarle su palabra y conminarle a cumplirla. Ella, eligiendo el mismo medio, fue al Consejo y ocupó su lugar en la concurrencia, ante el sultán, que la vio. Recordó entonces a la persona y su palabra: aguardar tres meses, entregar luego su hija al hijo de ella en matrimonio. Se volvió hacia el visir y lo interpeló:

—Oh, visir, ¿no es aquélla la persona de quien tenemos esas famosas gemas y a quien prometimos nuestro asentimiento a su petición, tras un plazo de tres meses? Haz que se acerque prioritariamente, no quiero tratar nada más antes de haberla visto.

El visir obedeció sin tardanza.

Llegada a la altura del sultán, la anciana le presentó sus respetos, hizo

invocaciones en su favor, rogando al cielo que hiciera descender sobre su cabeza el poder, las gracias y una veneración que nunca se le negara. A su vez, el sultán la autorizó a presentar su petición.

—Oh, rey del tiempo —comenzó ella—, los tres meses que habías fijado como plazo para aceptar mi petición han transcurrido ya ahora. Me dijiste que, pasado este plazo, entregarías tu hija Dama Luna-de-las-Lunas en matrimonio a mi hijo Aladino.

Ese emplazamiento turbaba al sultán. Y además, veía muy bien que la mujer era pobre y que llevaba en ella las huellas de su medio social, el más humilde que imaginarse pueda. ¿Cómo semejante mujer había podido hacer un regalo tan suntuoso que su valor no podía estimarse con los medios habituales? El soberano se volvió hacia su ministro:

—¿Qué conducta piensas que debo adoptar ahora? Es indudable que le di mi palabra. Pero no es menos indudable que nos las vemos con gente pobre, que no pertenece a la clase distinguida de la sociedad, o a la élite del género humano.

El visir, que se sentía corroído a muerte por la envidia, y que fingía la pesadumbre de tener un hijo a quien le había sucedido lo que sabemos, se dijo para él: «¿Cómo un individuo que tiene tan poco prestigio puede aspirar al estado de yerno del sultán, cuando mi hijo no ha podido aprovechar esta ocasión de honor?». Y, en voz alta:

—Oh, rey, dueño mío, este problema tiene una solución sencilla: nos bastará con desalentar a ese patán, pues no es del rango de tu Felicidad entregar la propia hija a un hombre como él, cuyo origen es oscuro.

—¿Y cómo quieres que pueda yo alejar a un hombre a quien di mi palabra, cuando sabemos que la palabra de un rey es como un contrato en toda regla?

—Oh, mi dueño, basta con que tú mismo fijes tu exigencia: cuarenta copas macizas de oro fino, puro de cualquier aleación, llenas de gran variedad de piedras preciosas, idénticas a las que tu Felicidad recibió ya como regalo de la mujer; será necesario, además, que estas cuarenta piezas de orfebrería sean llevadas por cuarenta vírgenes acompañadas por cuarenta servidores varones.

—¡Excelente consejo el tuyo! —aprobó el sultán—. He aquí algo que no le resultará fácil de obtener. Y, de este modo, nos veremos liberados del importuno...

Prosiguió, pero dirigiéndose esta vez a la madre de Aladino:

—Ve a decirle a tu hijo que soy fiel al compromiso que adopté ante él por tu intermedio, pero con una condición, que me haga llegar la dote que de él exijo<sup>[7]</sup>. Quiero, pues, como dote, cuarenta copas de oro fino, llenas de todas las variedades de piedras preciosas que me ofreciste ya; además, será necesario que estas cuarenta copas sean llevadas por cuarenta vírgenes acompañadas por cuarenta servidores varones. Si tu hijo cumple exactamente con esta exigencia, tendrá a mi hija.

Al regresar a su casa, la mujer se sentía dubitativa y, sumida en la perplejidad, se preguntaba: «Todo eso está muy bien, pero ¿cómo se las arreglará mi hijo para obtener esas copas con las piedras preciosas? Supongamos que regresa al escondrijo

del tesoro para tomarlas de las ramas de los árboles en los vergeles. ¿Es eso posible, ya? Pongamos que las trae de allí... Quedan ahora los esclavos varones y hembras, y no veo cómo va a conseguir ese ejército de gente...».

Rumió estos pensamientos a lo largo de todo el camino y en ese estado de ánimo llegó a su casa, donde la aguardaba Aladino. No perdió tiempo en preámbulos:

—Hijo mío —lo amonestó—, ¿acaso no te aconsejé que renunciaras a la loca idea de aspirar a casarte con la hija del sultán? ¿No te había mencionado ya los obstáculos insuperables que eso implicaba para gente como nosotros?

—Dime enseguida, más bien, cómo ha ido la entrevista.

—Hijo mío, el sultán me ha recibido como es costumbre en él, es decir, con toda consideración. Aparentemente, está bien dispuesto para contigo, y su corazón te desea el bien. No diría yo lo mismo del gran visir. En efecto, he hablado con el sultán en tu nombre y le he recordado que el plazo fijado había transcurrido ya; si su excelente Felicidad lo permitía, tenía que ordenar ahora la boda entre su hija Dama Luna-de-las-Lunas y mi hijo Aladino. No había yo terminado aún cuando el sultán se ha vuelto hacia el visir para decirle dos palabras. El otro le ha dado en voz baja su opinión y el sultán me ha comunicado entonces su respuesta definitiva.

Respuesta que ella transmitió a su hijo, sin omitir naturalmente las exigencias reales.

—Hijo mío —concluyó—, el sultán quiere de ti una respuesta inmediata, pero creo que no podremos dársela y que, por otra parte, aquí concluye el recorrido.

Esta última reflexión sumió a Aladino en la hilaridad.

—Madre mía —articuló entre dos carcajadas—, dices que no tenemos respuesta alguna que dar y te complaces poniendo de relieve la dificultad del asunto. Pues bien, vas a hacernos el favor de preparar el almuerzo; luego, cuando hayamos comido, puesto que es mediodía, y si el Señor de misericordia lo permite, verás que habrá respuesta y sabrás cuál. El sultán ha pensado, como tú, que eso significaba para mí exigencias lo bastante elevadas como para desalentarme. Pensaba alejarme así de Dama Luna-de-las-Lunas. ¡Pero no! Ha exigido mucho menos de lo que yo temía. Vamos, ve pronto al mercado, y mientras tú nos compras cosas buenas, por mi lado daré el último toque a lo que es conveniente responder al rey.

La madre salió. Bien tenía que preparar la colación de mediodía. Aladino se dirigió de inmediato a su habitación, tomó la lámpara y la frotó, lo que hizo aparecer al servidor del objeto milagroso. Lo escuchó, como de costumbre, diciendo:

—¡Ordena, oh, dueño mío, y te obedeceré!

—Pues bien —dijo Aladino—. He concebido el proyecto de casarme con la hija del sultán. Éste exige de mí cuarenta copas de oro puro. Pretendo que cada una de ellas pese diez ratls<sup>[8]</sup> y contenga un lecho de pedrerías que se hayan tomado del jardín del escondrijo del tesoro. Es preciso también que las lleven cuarenta siervas, cada una de ellas acompañada por un servidor. Un total de cuarenta esclavos varones, por lo tanto. Que esto esté dispuesto ahora mismo.

—¡Oído atento y buena voluntad! —exclamó el siervo de la lámpara.

Al cabo de un instante, regresó seguido por las cuarenta siervas, cada una de ellas acompañada por un esclavo varón, y que llevaban, todas ellas, sobre la cabeza una copa de oro puro provista de las más preciosas pedrerías. Haciendo que el cortejo avanzara hacia Aladino, le preguntó de nuevo:

—Ahora que todo está aquí, ¿necesitas alguna cosa más? ¿Deseas que te preste otro servicio?

—Todo va bien, tengo lo necesario y no espero nada más de ti. Hasta nueva orden, al menos.

No hacía mucho tiempo que el servidor se había retirado cuando la madre de Aladino regresó a casa. Una simple ojeada a aquel ejército que había invadido su hogar y un grito brotó de su corazón:

—Si todo eso procede de la lámpara, ¡quiera Dios entonces que esa fuente no se seque nunca para mi hijo!

Precisamente éste no esperó ni siquiera que ella se hubiese desnudado para decirle:

—¡Madre, a ti te toca actuar ahora! Toma contigo lo que el sultán ha pedido y apresúrate, es preciso que lo vea antes de abandonar la sala del Consejo para retirarse a su harén. Tengo prisa por que sepa que estoy en condiciones de responder a sus exigencias, y más aún. ¡Ah, él y su visir creían desalentarme! ¡Pues bien, se equivocaban, y mucho!

Aladino comenzó abriendo la puerta de su casa, por donde hizo salir, debidamente colocados de dos en dos, los esclavos varones y las hembras, cada sierva junto a su pareja. La calle no tardó en llenarse de toda aquella gente; a la cabeza del cortejo podía verse a la madre, que llevaba el mando: ese sorprendente espectáculo comenzaba a reunir a los pasmarotes que contemplaban boquiabiertos aquel desfile inesperado, el cual, además, no carecía de encanto, con sus espléndidas muchachas, de gloriosas formas, de ricas vestiduras tejidas con hilos de oro y realzadas con gemas. ¡Qué fortuna representaban solo los atavíos!... Sin mencionar aquellos fulgores que brotaban de las copas y que hacían palidecer los rayos del día. En cada una de ellas, un paño tejido también con oro, y donde se engastaban las pedrerías, se adecuaba a las vestiduras de las mujeres. A su cabeza, como ya hemos dicho, iba la madre y por detrás seguía una tropa perfectamente ordenada que, durante toda la travesía de la ciudad, atrajo a los curiosos, los que admiraban la belleza en todas sus formas y los que veían en ello una nueva ocasión para glorificar al Creador el Grandísimo. Formados de este modo llegaron a palacio, donde toda aquella gente, la madre en primer lugar, fue recibida e introducida en los aposentos reales.

El espectáculo, que no era habitual para nadie, sorprendió incluso a los chambelanes, responsables de los servicios reales, y a los demás jefes de estado mayor. Sin aliento, todos desorbitaban los ojos, incluso aquella gente que procedía de emires y de notables, pues ningún adorador de Dios hubiera podido permanecer

indiferente ante semejantes beldades en movimiento. Y cuando se observaba detalladamente el espectáculo, cuando los ojos se dirigían a las vestiduras, luego a las copas que llevaban las muchachas, entonces el estupor no podía sino aumentar.

El sultán fue informado de que el cortejo cruzaba la puerta de palacio. Quiso que lo llevaran ante su augusta persona y recibió muy pronto los homenajes de todos, presentados con el respeto y la veneración debidos. Se pronunciaron invocaciones a Dios en favor del soberano, a quien se deseaba el poder y las gracias del cielo. Tras ello, las siervas tomaron de su cabeza el precioso fardo y lo desvelaron. Esta vez fue el sultán quien quedó pasmado. Ya las formas de las muchachas, su indescriptible belleza le habían sumido en la admiración. Entonces, quedó paralizado viendo las copas de oro llenas hasta rebosar de pedrerías que, definitivamente, hipnotizaban. Por completo desamparado, sin saber qué pensar ni qué hacer, solo podía admirar y hubiérase dicho que se había quedado mudo, pues su lengua se anudaba de emoción. Una de las causas de su admirada sorpresa, y no la menor, era ver que en una hora se había reunido y depositado a sus pies semejante tesoro. No, aquello no podía comprenderse...

Al cabo de un breve instante, ordenó que hicieran entrar todo el cortejo en los aposentos de Dama Luna-de-las-Lunas. Tomando de nuevo en sus manos las copas, las siervas obedecieron, mientras la madre de Aladino, permaneciendo sola ante el sultán, le advertía:

—Oh, dueño mío, estas ofrendas nada son comparadas con el prestigio del que goza Dama Luna-de-las-Lunas, ella merece el doble, ¿qué digo, el doble?, mil veces estas riquezas...

Pensativo, el sultán preguntó a su visir:

—¿No te parece, oh, visir, que un hombre que en tan corto lapso de tiempo ha sido capaz de reunir un tesoro como el que estamos viendo, no te parece, decía, que merece ser reconocido por su sultán como yerno y, por lo tanto, recibir a su hija en justas nupcias?

El visir, tal vez más aún que el sultán, estaba impresionado... pero la envidia había clavado en él sus garras y oprimía su espalda con un peso cada vez mayor: ¡de modo que se aceptaban las riquezas enviadas y se daba por buena la dote! ¿Cómo enfrentarse con la realidad? ¿Cómo decir al sultán que el candidato, decididamente, no merecía el honor de esa boda? El único modo era recurrir a una astucia, de lo contrario Dama Luna-de-las-Lunas, la hija del sultán, sería entregada en matrimonio a Aladino... Y acabó diciendo esto:

—Oh, dueño mío, sabe que todos los tesoros del mundo no pueden compararse con la uña del meñique de tu hija Luna-de-las-Lunas, y tu Excelencia ha sobrestimado, al compararlo con ella, el valor de estas riquezas.

El sultán no tardó en comprender de dónde procedía este lenguaje: estaba dictado solo por la envidia, una envidia mórbida del visir contra Aladino. Deseó así tranquilizar a la madre del joven:

—Ve, mujer, ve a decir a tu hijo, de mi parte, que he aceptado su dote y que voy a cumplir mi promesa: mi hija es suya ahora y él se convertirá en mi yerno. Cuento con que lo hagas venir a mi presencia y que yo pueda conocerlo así. Solo recibirá de mí muestras de honor y de absoluta consideración. Las bodas se celebrarán esta misma noche. Quiero pues, como te he dicho ya, que se presente inmediatamente aquí y, te lo repito, no deseo tener que aguardar.

La mujer corrió hacia su casa, con tanta rapidez que hubiera podido vencer en su carrera a los vientos que se enfurecen en la tormenta, tan impaciente estaba por dar cuenta a Aladino del feliz éxito de su gestión. Además, lo que la hacía volar de alegría era el pensamiento de que su hijo, el de una mujer indigente, iba a convertirse en el yerno del rey.

El rey, cuando la madre de Aladino hubo partido, consideró que la sesión del Consejo se había levantado y se dirigió a los aposentos de la princesa. Ésta seguía sumida en la contemplación de aquellas piezas, únicas en el mundo, que representaban las enormes piedras preciosas, de perfección inigualable. El pensamiento de que su nuevo esposo había ofrecido aquellas maravillas por sus hermosos ojos hacía que las pedrerías fueran más hermosas aún. Ciertamente, sentía alguna pesadumbre ante el recuerdo de su antiguo esposo, el hijo del visir, pero su alma experimentaba más bien, en conjunto, una gran alegría, y cuando su padre la vio pudo regocijarse al advertir que su hija estaba casi por completo liberada de las nubes de la aflicción.

—Princesa, ¿te gusta esto? —preguntó el rey—. Creo que ganas con el cambio, y que quien se presenta con tales dones es mejor esposo de lo que fue el hijo del visir. Si Dios lo permite, gozarás de una gran felicidad al vivir con él.

\* \* \*

Eso del lado de palacio.

Del lado de Aladino, ahora: veía llegar a su madre con la sonrisa en los labios y la faz alegre, y un presentimiento de buen augurio le colmaba el alma.

—¡Alabanzas a Dios más allá de todos los límites! —exclamó—. Lo que todos mis deseos reclamaban se ha realizado por completo.

—¡Queda tranquilo ahora, oh, hijo mío! —insistió la madre—. ¡Que tus ojos sean límpidos! Así puede ser, puesto que has conseguido tu objetivo. El sultán ha aceptado tu regalo, la dote que ofrecías para obtener la mano de la princesa Dama Luna-de-las-Lunas. He aquí que ahora es tu nueva esposa. Esta noche, oh, hijo mío, se celebrarán vuestras bodas. Esta noche, ¿me oyes?, entrarás en su lecho. El sultán, para mostrarme que su decisión no admitía ambigüedad alguna, ha dicho pública y oficialmente que eras en adelante su yerno. Ha declarado: «Deja que tu hijo venga

ante mí, para que yo lo conozca y lo reciba con la absoluta consideración de su persona y con toda solemnidad». Así pues, mis idas y venidas han llegado a su término y te toca a ti, ahora, tomar en tus manos el resto.

Aladino alabó a su madre por todos los esfuerzos llevados a cabo para complacerlo. Entrando en su habitación, tomó la lámpara y la frotó. He aquí que apareció el servidor de la lámpara, que se puso a su disposición con estos términos:

—Aquí estoy, dispuesto a obedecerte. Manda a tu servidor.

—Quiero que me tomes y me conduzcas a un establecimiento de baños que no tenga igual en todo el mundo —pidió el dueño de la lámpara—. Llevarás contigo un vestido de gran precio, del que ningún rey del mundo pueda afirmar que posee en sus arcones alguno semejante.

—¡Oído atento y buena voluntad! —asintió el servidor.

Tomándolo consigo, desapareció de la habitación y se encontró de pronto en unos baños que hubieran podido considerarse reales si algún rey hubiera poseído algo equivalente. Era un edificio construido por entero de mármol realzado con conchas púrpuras y que, en los muros, presentaba unas pinturas que eran un regalo para la vista. Nadie se bañaba allí en aquel momento. Una sala más allá, la decoración era de gemas. Allí entró Aladino y se entregó a los cuidados de un *djinn* que había adoptado la apariencia de un hombre y que lo lavó de los pies a la cabeza.

Terminado el baño, Aladino se dirigió a la sala de reposo que había más allá. Habían hecho desaparecer su atavío ordinario y, en su lugar, habían preparado para él unas vestiduras regias, completas y muy ricas. Recibió también bebidas refrescantes y otras cosas que aumentaban el vigor, pues en ellas se había mezclado ámbar. Saciado, unos servidores tomaron de la mano al joven y, tras haberlo secado con toallas, le pusieron sus nuevos y suntuosos vestidos. Él mismo se ajustó los atavíos y se perfumó.

Recuerda, lector, al hijo de sastre indigente que conocimos; e imagina ahora la regia figura que luce, la principesca condición que muestra. Guárdate de preguntarte con malicia cómo se produjo semejante metamorfosis y límitate a alabar a Aquel que cambia el estatuto de cualquier criatura sin que Él mismo esté sometido al cambio.

En aquel momento, el *djinn* que servía a la lámpara se presentó ante el transfigurado y se lo llevó para dejarlo en su casa. Una vez en la mansión, le preguntó:

—Oh, dueño mío, ¿necesitas algo más?

—En efecto —respondió Aladino—. Necesito cuarenta y ocho esclavos: veinticuatro marcharán ante mí y veinticuatro detrás. Montados en caballos, irán ricamente vestidos y bien armados. Todo lo que se vea, tanto en ellos como en sus monturas, debe ser de primera calidad y tan valioso que sea imposible obtenerlo en los almacenes reales.

»Encontrarás para mí un caballo digno de ser montado por los Cosroes, esos antiguos emperadores de Persia, y cuyos jaeces sean de oro con incrustaciones de

piedras preciosas. Cada esclavo recibirá mil monedas de oro, cuarenta y ocho mil en total, pues albergo ahora el proyecto de presentarme ante el sultán. No tardes, necesito todo lo que te he pedido antes de ponerme en camino.

»¡Ah!, tráeme además doce siervas, modelos de belleza. ¡Que nunca se haya visto nada tan perfecto! Irán vestidas con la ropa más rica, para que puedan acompañar dignamente a mi madre hasta palacio. Cada sierva llevará consigo, además, un atuendo como el que tienen las mujeres del entorno de los reyes. Por fin, que también mi madre tenga un suntuoso atavío...

—¡Oído atento y buena voluntad! —respondió el servidor de la lámpara.

Fue cosa de un instante, ¿qué digo?, solo de un parpadeo. Aladino lo tuvo todo enseguida: sujetaba las riendas de un caballo que no tenía su igual entre los árabes de pura raza y cuyo equipamiento incluía los más ricos paños en cuya trama se mezclaba el oro. Fue a entregar personalmente y sin tardanza a su madre las doce mujeres de escolta, así como el vestido que debía llevar mientras marchara a la cabeza de aquella escolta hacia el palacio del sultán. Por otra parte, envió como estafeta a uno de los esclavos que le había proporcionado el *djinn* de la lámpara, y que debía avisarlo cuando el sultán hubiera salido del harén. Voló el esclavo, más rápido que una flecha, y regresó con esta respuesta:

—Oh dueño mío —anunció—, el sultán está esperando tu visita.

Aladino subió a su montura. A uno y otro lado, para abrirle paso y escoltarlo, cabalgaban los cuarenta y ocho esclavos, todos con un aspecto que obligaba al respeto. ¡Gloria al Señor que no solo los había creado, sino que los había creado llenos de perfección física y de belleza! Lanzaban a voleo monedas de oro y la multitud que rodeaba a su señor Aladino las recibía, menos atraída por el oro que por la insuperable belleza de aquel príncipe de mejor apostura que todos los príncipes. Ya sabemos que la lámpara y sus particulares virtudes eran las únicas responsables de aquel éxito, aquella maravillosa lámpara que ofrecía a su poseedor riquezas, perfección del cuerpo y de los rasgos, conocimiento de todas las ciencias hasta la más lejana.

La multitud era solo un grito: ¡qué generosidad, qué munificencia, qué belleza de cuerpo y de espíritu, qué hermosa educación! Todos daban gracias al Señor de misericordia por haber producido la existencia de aquella noble criatura, sobre cuya cabeza todo el mundo hacía invocaciones a Dios. Y sin embargo, ¿quién ignoraba que se trataba de Aladino, hijo de Fulano, el sastre?... ¿Creéis que había uno solo que sintiera envidia? No, todos decían: «Merece este honor».

Aladino había sabido conquistar a la multitud. Durante todo el camino que lo llevaba a palacio sucedió lo mismo: solo recogió agradecimiento.

## Capítulo VII

### Las bodas de Aladino

En palacio se había fijado el protocolo: el sultán había reunido a todos sus altos funcionarios para anunciarles que había elegido un yerno y que Aladino, de acuerdo con la palabra dada, sería el nuevo esposo de su hija. Debían esperarle, había añadido, y en cuanto llegara, presentarse ante él en bloque, todos los que allí estaban, emires y visires, chambelanes, diputados de las regiones y jefes militares. Así pues, todos esos personajes importantes, de acuerdo con la orden recibida, se mantenían en la escalinata de palacio, acechando la llegada de Aladino.

Éste se presentó por fin y, cuando quiso poner pie a tierra, un emir, designado para este oficio por el sultán, se apresuró a tomar por las riendas la montura y a decir al jinete:

—Oh, dueño mío, se ha decidido que entraras en estos lugares sin poner los pies en el suelo y que solo descendieras de tu montura a las puertas de la sala del Consejo.

Dos grupos se formaron entonces, colocándose unos a la cabeza del cortejo, siguiendo otros al jinete, y se dirigieron juntos hacia la puerta en cuestión. En aquel momento, un pequeño destacamento de notables inmovilizó al animal, mientras otros rodeaban a Aladino y otros más lo ayudaban a bajar del caballo. Nuestro hombre estaba rodeado por todas partes de emires y funcionarios, y con esta escolta fue introducido en la sala del Consejo y llevado hasta el trono del sultán.

En aquel mismo instante, el soberano se levantó, impidió que Aladino se prosternara para besar la alfombra a sus pies, lo estrechó entre sus brazos, lo besó e hizo que se sentara a su lado, a la derecha.

—Oh, dueño nuestro, el sultán —comenzó Aladino—. Tu Felicidad, en su munificencia, se ha dignado permitirme tener a Dama Luna-de-las-Lunas, su hija, a mí que no merezco en absoluto tan insigne gracia y que soy el más humilde de sus servidores. Pero me has hecho este favor. Me toca ahora pedir a Dios que te mantenga mucho tiempo tu poder y te conceda largos años de vida entre nosotros. Pero por mucho que haga, oh, rey, mi lengua es impotente para encontrar las palabras que expresen mi gratitud hacia ti y correspondan dignamente a esta bondad con la que me colmas y que sobrepasa cualquier límite, como tu generosidad, a la que ningún término puede asignarse.

»Pero eres un señor, y este señor ha tenido a bien inclinarse hacia su servidor para fijarse en él y rodearlo con sus magníficos dones. Quisiera, si es posible pedirte, como una gracia que se añada a tantos beneficios, que me sea concedida una tierra: haré construir allí un palacio que sea digno de acoger a Dama Luna-de-las-Lunas.

El sultán estaba ya fascinado por el aspecto de Aladino, vestido como un rey;

oyéndolo hablar, iba de un objeto de admiración a otro, tanto manifestaba el joven, más allá de las apariencias, prestancia y belleza. ¡Qué bien se le adecuaban, además, aquellos esclavos que, a su lado, estaban dispuestos a servirlo! Y, luego, otra sorpresa aguardaba al rey: la propia madre de Aladino, aquella mujer, allí, ante él, como tantas otras veces, pero ricamente ataviada hoy, con aspecto y galas de reina, rodeada de doce esclavas que solo aguardaban sus órdenes, con los brazos cruzados, como corresponde a mujeres cuyo afecto está hecho de veneración.

Y aquello no era todo: lo más extraordinario, lo más inesperado era la elocuencia de Aladino, el orden en que desarrollaba sus frases, la refinada selección de sus palabras. El sultán no era el único que estaba sin aliento: todos los miembros del Consejo diseminados por la sala experimentaban la misma sensación. Todos, salvo uno: el visir, en cuyo corazón ardía un verdadero brasero, atizado por la envidia que hacían nacer en él las cualidades que Aladino mostraba ante los ojos de todos.

El sultán, tras haber escuchado los deseos y los ardientes cumplidos de su huésped, de cuyo alto linaje no cabía duda alguna y cuya elocuencia le arrobaba el alma, solo pudo responder a ese discurso estrechando contra su pecho al invitado y hallando esta graciosa forma:

—¡Ah, hijo mío! ¡Cómo me lacera el corazón no haber sido favorecido por un envidioso destino que ha dejado para tan tarde el gozo de conocerte!

Entregado a su alegría, hizo una señal a los grupos de músicos y cantores que aguardaban allí para que iniciaran las melodías de regocijo mientras él abandonaba su trono para acompañar a Aladino a los aposentos de su palacio, donde había sido preparada la cena. Y cuando los servidores hubieron dado el último toque a la mesa del banquete, el sultán puso a su diestra al huésped. Solo entonces se instaló la corte, aunque en una mesa aparte, cuidando de dejar a solas al sultán y a Aladino. Los visires se acomodaron, luego los grandes del reino y, finalmente, los emires de las provincias, de acuerdo con el orden jerárquico establecido. La música vertía oleadas de armonía sobre aquella concurrencia, que sentía una profunda alegría, y acompañaba como fondo las palabras que el sultán se decía con Aladino. Éste era, en aquella conversación, la cortesía misma, la elocuencia personificada: hubiérase dicho que había sido educado desde su más tierna infancia en los palacios de los reyes y que, desde entonces, nunca los había abandonado. Cuando se encadenaban las réplicas, más el sultán se complacía en ellas, pues escuchaba respuestas cada vez más espirituales, agudas y expresadas en un lenguaje selecto.

Llegó el momento de levantar la mesa: todos los que se habían sentado habían comido y bebido bien, y el sultán consideró oportuno hacer que acudieran los jueces y los testigos juramentados, a los que mandó a buscar por un emir del servicio de las actas jurídicas. Una vez fue introducido en la sala aquel personal, se estableció el contrato de matrimonio, se llevaron a cabo las rúbricas y Aladino se convirtió así, oficialmente, en el esposo de Dama Luna-de-las-Lunas. El recién casado consideró entonces su deber retirarse y regresar a su casa, pero el sultán lo retuvo:

—¡Ni lo sueñes, hijo mío! Los festejos de la boda están ya encargados y tendrán lugar esta noche. Mira: el contrato de matrimonio ha sido firmado y la alegría ha corrido por todas partes...

—Oh, rey, dueño mío —respondió Aladino—, vierte sobre mí de antemano, te lo ruego, tu perdón y tu clemencia, pues deseo edificar para Dama Luna-de-las-Lunas, antes incluso que las bodas comiencen, un palacio digno de ella y del rango que ocupa. Me he prohibido entrar en la alcoba donde está su lecho antes de que este proyecto sea llevado a cabo. Si Dios lo permite, el edificio que tengo en mi cabeza habrá brotado de la tierra en un muy corto plazo, pues yo, tu servidor, pondré en ello todo el apresuramiento imaginable, y tu Felicidad será la primera en verlo.

»No creas, señor, que tengo por ello menos ardor en suspirar por la presencia a mi lado de Dama Luna-de-las-Lunas y en desearla de inmediato. Pero sé lo que le debo y, ante todo, tengo que dar pruebas de mis esfuerzos por servirla.

—Hijo mío —asintió el sultán—, elige el emplazamiento que mejor parezca adecuarse a tu designio y que, a tu entender, se acomode como es preciso a lo que proyectas; es tuyo ya, sin que nada pueda contrariar tu elección. Eres el dueño de todo. Pero, por mi parte, te propongo, puesto que encuentro que es lo mejor, que te instales justo ante mi palacio, donde hay disponible una explanada. Si te conviene, construye allí el palacio del que hablas.

—No tengo más caro deseo que el de encontrarme cerca de tu Felicidad —asintió Aladino.

Tras haberse despedido del sultán según las reglas, abandonó los aposentos reales y cabalgó hasta su casa. Los esclavos, en dos grupos, cabalgaban con él, la mitad de la tropa precediéndolo, el resto por detrás. Y la multitud, que seguía amontonándose a su paso, dirigía al cielo, a lo largo de todo el recorrido, invocaciones sobre su cabeza, murmurando:

—¡Por Dios, he aquí a alguien que no ha robado su buena fortuna!

Llegado a su casa, nuestro hombre echó pie a tierra y corrió hasta su habitación, donde se lanzó sobre su lámpara. Solo la frotó un instante: el servidor apareció de inmediato.

—¿Cuál es tu deseo, dueño mío? —preguntó de nuevo.

—Espero de ti que me prestes un gran servicio —respondió Aladino—: vas a construirme un palacio frente al del sultán, y lo harás en el más breve plazo. Quiero que sea de maravillosa arquitectura, tal como los reyes no hayan visto otra semejante. Y tendrá en su interior todo lo necesario, regios muebles radiantes de gloria, y lo demás que se adecue.

—¡Oído atento y buena voluntad! —gritó el servidor de la lámpara antes de desaparecer.

Transcurrió el día, pero el alba del siguiente no había florecido aún cuando regresó ante el joven con este mensaje:

—Oh, dueño mío, la construcción del palacio ha concluido y el edificio es del

todo acorde con lo que deseas. Si quieres verlo, ven conmigo de inmediato.

En un abrir y cerrar de ojos, estaba con su dueño en el lugar. Aladino quedó sin aliento de admiración ante aquel edificio, cuyas piedras eran todas de jade, mármol y pórfido; algunos mosaicos adornaban las fachadas entre esos lienzos de minerales raros. En su interior no había solo salas artesonadas, sino también oro, plata y gemas. Inútil es intentar siquiera evaluar su número o su precio; renunció también, lector, a describirlos, pues nada hay que pueda compararse a esos esplendores.

En una estancia en la que fue introducido Aladino, había todo lo necesario para el servicio de la mesa: platos, cucharas, aguamaniles, jofainas, todo de oro y plata, más allá estaba el guardarropa, un gabinete lleno de regios vestidos, doblados y encerrados en arcones, paños tejidos con hilo de oro de tipo indio y chino. Los brocados de seda arrobaban el espíritu por sus motivos. El palacio tenía infinidad de otras estancias, cada una de ellas rebosante de objetos tan hermosos que no es posible describirlos. Hasta el establo albergaba caballos de los que ningún rey puede presumir. A su lado, la talabartería contenía una variada panoplia destinada a enjaezar las monturas, y en las mismas sillas podían verse perlas, piedras preciosas y demás joyas.

¡Y pensar que una noche, una pobre noche había bastado para reunir aquel tesoro! El propio Aladino no podía creérselo: ¡qué profusión de riquezas, más de las que ningún rey de la tierra poseería nunca!... Por lo que al personal se refiere, era numeroso en hombres y mujeres necesarios para un cumplido servicio, todos de una belleza capaz de hacer soñar a cualquiera que adore al Dios Altísimo. Realmente ese palacio superaba todas las mansiones reales imaginables, provisto como estaba de todo, rebosante de esplendores, dando, en suma, esa impresión de inigualable poder.

Pero lo más sorprendente del edificio era una gran sala que tenía balcones que daban al exterior, adornados con veinticuatro arcadas que delimitaban unas galerías elevadas. El conjunto tenía paredes con incrustaciones de esmeraldas, jacintos azules y jacintos rojos, y toda suerte de pedrería. Una de aquellas arcadas había sido dejada sin concluir. Así lo había deseado Aladino, pues su intención era provocar un poco más el asombro del sultán permitiéndole descubrir un detalle que debía terminarse aún.

Aladino pasó revista a todo, y todo le dio completa y plena satisfacción. Muy contento con lo que veía, se volvió una vez más hacia el *djinn* de la lámpara y le dijo esto:

—¡Ah, he olvidado una cosa! Voy a ordenártela ahora.

—Habla, y que yo conozca tu deseo —respondió el servidor.

—Helo aquí: tienes que tender una alfombra, tejida con motivos de gran calidad en los que entren hilos de oro, que de un solo tramo una este palacio que es el mío con el del sultán, que está enfrente. Así, Dama Luna-de-las-Lunas, cuando venga a este lugar, andará sobre la alfombra, que le evitará hollar el polvo del suelo.

Al oír esas palabras, el *djinn* desapareció y, cuando volvió de nuevo, afirmó:

—Oh, mi dueño Aladino, todo lo que has pedido está listo.

Y diciéndolo, fue a mostrarle la alfombra, cuyo magnífico aspecto sobrepasaba los límites de lo que puede concebirse y que, en efecto, como Aladino había deseado, unía ambos palacios; tras ello, devolvió al joven a su casa.

\* \* \*

El día había nacido. El sultán, que acababa de abandonar su lecho, se asomó a la ventana de sus aposentos, ¿y que vio mirando al exterior? Una construcción que no estaba allí la víspera... Creía que su sueño proseguía y no dejaba de frotarse los ojos. Pero el espectáculo se empeñaba en impresionar su mirada: se trataba de un gran palacio, de sorprendentes proporciones, que estaba unido a su propio palacio por una alfombra que se extendía allí, entre ambos. El sultán no era el único que no comprendía nada: bastaba con ver el asombro de los porteros y los domésticos del viejo palacio. Precisamente, he aquí que llegaba el visir: también él había descubierto el nuevo edificio y aquella alfombra en el suelo. Dejo imaginar qué cara puso. Una vez llegado hasta la persona real, inició con su augusto interlocutor la conversación sobre este tema. Ambos estaban impresionados por un fenómeno, agradable a fe mía, pero imprevisto como mínimo...

—Realmente —se pusieron de acuerdo—, no creemos que un palacio como éste puedan construirlo los reyes.

Luego el sultán preguntó al visir:

—Dime, ¿qué piensas de Aladino? ¿No he hecho bien dándole en matrimonio a mi hija Dama Luna-de-las-Lunas? ¿Has contemplado bien la regia arquitectura de esta construcción y esa riqueza que ningún entendimiento humano conseguiría contar?

El visir seguía teniendo hacia Aladino las mismas disposiciones de ánimo. La envidia que lo animaba le hizo responder:

—Oh, rey del tiempo, esa construcción y esa riqueza solo pueden proceder de la magia, pues ningún mortal está en condiciones de obtener semejantes resultados, ni el que posea el mayor poder ni aquel cuyos recursos sean más abundantes. ¿Hay otro modo de explicar que un individuo como el que conocemos solo haya necesitado una mísera noche no ya para construir sino también para acondicionar un edificio como éste? No, créeme, no son arquitectos ni albañiles ordinarios quienes lo han edificado. Aunque todos los hombres de arte que la tierra reúna se hubieran citado para levantar esta obra, no habrían conseguido finalizar el palacio en una noche, y con más razón no le habrían conferido ese consumado lujo.

—Me sorprenden tus reacciones —repuso el sultán— y me pregunto cómo, cuando hablas de Aladino, tu espíritu solo puede contemplar por su parte la industria

y el procedimiento. No creo engañarme al sospechar que tu envidia es la fuente de este modo de ver las cosas, pues no se te ha escapado, puesto que estabas allí, que le concedí ese terreno cuando me pidió un lugar donde edificar un palacio para mi hija. Estabas tú presente en la entrevista y oíste el permiso que le di para establecerse aquí. Vamos, reflexiona: quien aportó como dote a mi hija un lote de piedras preciosas como los reyes jamás han poseído ni la décima parte, ¿no va a tener el poder de edificar un palacio como el que estamos viendo?

Ese discurso, que se ponía del todo a favor de Aladino, procedía del amor, no hay que dudarlo, y todo lo que el visir retuvo de él fue que su resentimiento tenía buenas razones para aumentar. Pero ¿qué hacer en semejantes circunstancias para satisfacerlo, y qué responder al sultán? Lo más prudente era callar, y el visir no dijo palabra.

\* \* \*

Eso por lo que sucedía en el escenario de palacio. ¿Qué ocurría, ahora, del lado de Aladino?

Pues bien, veía el sol alto ya sobre el horizonte y sentía que se aproximaba el momento en el que tendría que regresar al teatro de los festejos, que no tardarían en comenzar, puesto que la corte al completo —visires, emires y grandes del reino—, reunida ante el sultán para la celebración de las bodas, solo aguardaba la señal que anunciara la fiesta. Tomó pues la lámpara y la frotó. Como de costumbre, apareció el servidor y, como de costumbre también, se presentó con la fórmula:

—Dueño mío, di tu deseo. Manda y obedeceré.

—Quiero ir al palacio del sultán —pidió Aladino—. Hoy se celebran las festividades nupciales, necesito diez mil monedas de oro.

En un abrir y cerrar de ojos, estuvieron allí, fruto de los cuidados del *djinn*. El recién casado montó en su caballo, imitado por los esclavos, que se dispusieron en cortejo delante y detrás de él. Se dirigieron hacia el palacio del sultán. Los esclavos arrojaban a puñados las monedas de oro a la multitud que se arremolinaba en el trayecto, de modo que el pueblo bendijo la generosidad y las buenas maneras del príncipe.

De nuevo en la escalinata de palacio aguardaban visires, emires, altos funcionarios civiles y militares. En cuanto vieron que el polvo anunciaba la llegada de Aladino, enviaron al sultán un mensajero para avisarlo. Se dio la señal a la fanfarria, que acompañó con su música la entrada en palacio de Aladino. El propio sultán salió a su encuentro, lo estrechó contra su pecho y lo besó. Luego, llevándolo de la mano, lo introdujo en los aposentos reales. Se sentó y, tras haberlo colocado a su diestra, hizo que se sirviera la comida de mediodía.

Los esclavos y los sirvientes se apresuraron a dar la última mano a los preparativos del banquete, un festín que solo los reyes pueden permitirse ofrecer. Se sentaron a la mesa, tras el sultán, Aladino, Dama Luna-de-las-Lunas y la madre de Aladino. Las viandas eran las adecuadas a reyes y todo el mundo bebió y comió hasta saciarse.

Mientras se festejaba así, también la corte y la ciudad se entregaban a la alegría, con gran satisfacción de los funcionarios del Estado, y aunque el pueblo no participase directamente en la alegría general, lo hacía por medio de algunas personas, puesto que había enviado a notables cuya misión era representarlo ante el jubiloso sultán. También del extranjero habían acudido delegados de las más lejanas regiones, y su curiosidad estaba colmada, pues las bodas del tal Aladino no eran un espectáculo carente de interés.

El sultán, por su parte, retrocedía en el tiempo: ¿de qué modo una mujer como la madre de Aladino podía llegar hasta él, con las ropas raídas, vistiendo el uniforme de la más negra pobreza, cuando su hijo era capaz de desplegar las señales de una fortuna inmensa por su parte? Aquello no dejaba de asombrarlo, tanto más cuanto la veía, también a ella, hoy, con un atavío que ningún otro en el palacio igualaba en esplendor.

Los alrededores estaban cubiertos de una multitud atraída por la música, los tambores y las flautas, los timbales y los oboes. Pero una vez allí, aquellos curiosos solo tenían ojos para el nuevo palacio edificado por Aladino, sobre todo cuando les decían que semejante maravilla del mundo había brotado de la tierra en una sola noche... Entonces, solo podían murmurar invocaciones a Dios:

—¡Que el Altísimo conceda a Aladino días sabrosos, que lo colme de bendiciones a lo largo de sus numerosos años! Pues si hay un hombre que merece gozar de todo lo que ha recibido, ése es él.

La comida había terminado ahora. Aladino se levantó y se despidió del sultán, cabalgó en su montura y se dirigió hacia el nuevo palacio para prepararse a recibir a su nueva esposa, Dama Luna-de-las-Lunas. A su paso, lo aclamaban por todas partes gritando:

—¡Que Dios te haga disfrutar en paz los goces de la vida! ¡Que Él haga llover sobre ti gracias multiplicadas! ¡Que el poder divino te mantenga mucho tiempo entre nosotros!

El recién casado con su cortejo nupcial no carecía de prestancia, bajo las ovaciones de una multitud en pleno delirio que lo acompañaba hasta su nueva morada, mientras llovían a centenares las monedas de oro.

Finalmente, llegó a palacio: Aladino, echando pie a tierra, entró en él y se sentó en la gran sala, mientras sus esclavos, atentos a sus órdenes, se mantenían de pie, ante él, con los brazos cruzados. Casi de inmediato llegaron las bebidas, con lo que suele acompañarlas. Tras ello, Aladino hizo transmitir a las siervas, siervos y al personal menor la orden de que se prepararan para recibir a Dama Luna-de-las-Lunas, su

nueva esposa. A media tarde, cuando la temperatura empezó a bajar, pues el sol iba inclinándose ya, poco a poco, sobre el horizonte, el sultán, por su lado, invitó a los soldados, los emires de la administración y los visires a descender del palacio y dirigirse al hipódromo. La orden fue obedecida, con el sultán a la cabeza. A la misma hora, Aladino acudía allí, montado en su caballo entre sus esclavos. Cuando llegó al campo de carreras, mostró sus habilidades en el ejercicio de la equitación, y las justas que libró en la liza le fueron todas ventajosas, pues nadie estaba en condiciones de oponerse a él con alguna posibilidad de vencer. Montaba además un caballo que era también superior a todos los árabes de buena raza. Desde la ventana de sus aposentos, Dama Luna-de-las-Lunas contemplaba las evoluciones de la montura y el jinete y, llena solo de atención primero, no tardó en sentir amor hacia aquel bravo que, además, manifestaba ante sus ojos una radiante belleza. Al tomar conciencia de aquel sentimiento que la invadía, a punto estuvo de emprender el vuelo de alegría.

Varias partidas de habilidad en equitación se jugaron así en el hipódromo, y cada cual mostró lo que mejor sabía hacer en ese arte. Pero Aladino superó a todos los concurrentes. Entonces, el sultán decidió regresar a su palacio, y su yerno hizo lo mismo.

La noche había caído ya. Los altos funcionarios, los emires, los visires acudieron al palacio de Aladino para llevarlo al famoso establecimiento de baños privados del sultán. Se lavó allí, se perfumó y se puso un atuendo más suntuoso aún que aquel con el que había entrado. Luego, precedido esta vez por los emires y sus destacamentos en sus monturas, regresó a caballo hasta su casa, acompañado por una magnífica escolta. Iba flanqueado por cuatro visires empuñando el sable. Todos los altos funcionarios, los habitantes de la ciudad, los extranjeros, todos los hombres de armas lo precedían con una vela encendida en la mano. Los tambores, las flautas y las fanfarrias más diversas manifestaban con sus acentos la alegría que rodeaba aquella marcha, cuyo término era el palacio de Aladino. Allí, el héroe de la fiesta puso pie en tierra, entró y se sentó, imitado por los visires y los emires. Afluyeron bebidas y golosinas, ofrecidas a todos los que habían participado en el cortejo y cuyo número era imposible de evaluar. Por orden de Aladino, los soldados se apostaron a las puertas de palacio y comenzaron a verter oro a manos llenas sobre la multitud.

Entretanto, el sultán, al regresar del hipódromo, volvía a su palacio y daba la orden de formar el cortejo nupcial para su hija Dama Luna-de-las-Lunas, que debía ser conducida al palacio de Aladino, su nuevo esposo. De inmediato, los mismos participantes en el desfile en honor de Aladino, personajes de alta alcurnia y grandes del reino, cabalgaron en sus monturas. Siervas y servidores salieron, con una vela encendida en la mano, para acompañar a su dueña. El cortejo era espléndido.

Marcharon así hasta que la nueva esposa entró en el palacio del recién casado. La madre de Aladino estaba junto a Dama Luna-de-las-Lunas. Ante ambas marchaban las esposas de los visires, de los emires, de los grandes, de los notables. Con la princesa iban las cuarenta siervas que Aladino le había ofrecido. Cada una de ellas

llevaba en la mano un candelabro de oro con una vela impregnada en alcanfor. Luego, cuando la procesión hubo finalizado, la reciente esposa subió a los aposentos que le estaban reservados. Sus siervas se atearon a su alrededor para cambiar sus vestiduras y dar la última mano a su atavío. Entonces la introdujeron junto a su esposo.

La madre de Aladino pudo contemplar a su gusto hasta qué punto la recién casada era perfecta en belleza. Tras ello, observó el palacio enteramente decorado con oro y gemas, que esos ornamentos parecían incendiar con una llama avivada más aún por las lámparas doradas en las que se incrustaban esmeraldas y jacintos. Por su lado, Dama Luna-de-las-Lunas estaba tan pasmada de admiración, tan maravillada que no pudo abstenerse de pensar:

—Hasta hoy creía que no podía haber palacio más suntuoso que el de mi padre el sultán. Pero no creo que ninguno de los grandes Cosroes, emperadores de Persia, o alguno de los reyes del mundo haya tenido, ni siquiera haya proyectado concebir, uno semejante a éste.

Pasaron a la mesa: era la hora de comer, beber y regocijarse. Ochenta siervas, cada cual con un instrumento de música distinto en la mano, estaban allí dispuestas a tocar. Entonces, sus dedos comenzaron a volar, a pellizcar cuerdas, a producir armonías tales que los corazones, en la concurrencia, rotos por la emoción, pedían gracia. Dama Luna-de-las-Lunas iba de pasmo en pasmo. «Nunca en mi vida —se decía para sí—, he escuchado melodías semejantes a éstas».

Es muy sencillo, su alma estaba tan afectada por diversas emociones que olvidaba llevar el alimento a su boca para mejor escuchar la música. Aladino comenzó a escanciar en una copa el vino más famoso y a ofrecérselo con su propia mano. El gozo, el bienestar habían alcanzado el círculo de los comensales, y puede decirse que Alejandro, el de los dos cuernos<sup>[9]</sup> nunca había sentido, en su tiempo, felicidad semejante a la que inundaba aquel banquete. Cuando toda la concurrencia hubo comido y bebido bien, se retiró la mesa. Tras ello, Aladino se levantó y entró en la cámara nupcial.

## Capítulo VIII

### Cómo se venga el mago

A la mañana siguiente, Aladino, en cuanto se levantó, se vistió. El intendente, la víspera por la noche, le había preparado y puesto a los pies de su lecho un vestido de gran belleza, tan lujoso que habría podido formar parte de los más hermosos de un guardarropa real. Los ayudas de cámara sirvieron una bebida reconfortante, a la que se había añadido ámbar. Aladino la bebió, luego pidió su caballo. Se lo enjaezaron y lo tuvieron dispuesto para él a las puertas de palacio. Aladino lo cabalgó muy pronto, y sus esclavos montaron al mismo tiempo que él. Habían adoptado la formación de desfile, flanqueando a su dueño en igual número; así se dirigió el cortejo hacia el palacio del sultán.

Cuando entró en la residencia, Aladino, que había sido anunciado al soberano por los porteros y los vigías, fue recibido por un rey que salía a su encuentro, fue a estrecharlo contra su pecho, lo besó como a un hijo y, finalmente, lo hizo sentarse a su diestra. Comenzó entonces el desfile de visires, emires, altos funcionarios y grandes del reino, llegados para felicitar al recién casado. El sultán, clausurando aquel desfile, pronunció una alocución en la que deseaba a la joven pareja una vida conyugal llena de sabor e impetraba sobre ella la gracia divina. Entonces se ordenó servir la colación matutina y todos desayunaron hasta saciarse; luego, cuando se hubo retirado la mesa, Aladino, dirigiéndose al sultán, lo invitó en estos términos:

—Oh, rey dueño mío, si tu Felicidad lo desea, que venga a honrar mi casa en la comida de mediodía, que tomaremos en compañía de Dama Luna-de-las-Lunas, su querida hija. Y si puedo expresar otro deseo, que tu Felicidad sea acompañada por todos los visires y todos los personajes que considere importantes para la buena marcha de los asuntos del Estado.

El sultán estaba encantado con las buenas maneras de Aladino:

—Tu deseo será bien acogido, hijo mío —asintió.

Y ordenó de inmediato a los visires que tomaran las disposiciones consiguientes, y también a los grandes del reino y de la administración. Todo el mundo se retiró y, viendo que el sultán prefería dirigirse a pie al lugar de la invitación, el palacio de Aladino, lo imitaron y se pusieron en camino.

Cuando el soberano hubo entrado en la morada de su yerno, su espíritu quedó impresionado por lo que vio, y permaneció en apariencia incapaz de hacerse una opinión. Miraba sucesivamente la arquitectura de las salas, los muros, el material de construcción, donde abundaban el jacinto y el coral, y no podía sino maravillarse ante semejante fortuna, semejante lujo de medios, semejante esplendor. Se dirigió entonces al gran visir:

—¿Qué dices tú de eso, oh, mi visir de alma buena? —le preguntó—. ¿Has visto una sola vez en tu vida el equivalente a lo que estamos viendo? ¿Sabes de un rey (y no me refiero ya a uno de la tierra, sino al más grande) cuyo tesoro pueda compararse a este oro, a estas pedrerías, en una palabra, a estas maravillas que impresionan nuestra mirada?

—Oh, rey dueño mío —replicó el visir—, tienes razón, pero es porque en el poder de los reyes no está procurarse lo que estás viendo, y ningún humano simplemente mortal tiene a su disposición fuerza bastante que utilizar para obtenerlo. Ni el hombre ni siquiera el rey serían capaces, ya, de construir semejante palacio: ¿a qué maestro de obras iban a dirigirse? ¡No lo hay! ¡Ah!, no digo que recurriendo a los procedimientos de la magia... Pero tuve ya el honor de exponer este punto de vista a tu Felicidad, y demostrarle que había en ello algo sobrenatural...

El sultán veía confirmada la idea, una evidencia por lo demás, de que el visir no expresaba opinión alguna sobre el tema que no fuese dictada por la envidia de la que era sede. Especialmente esa insistencia en querer demostrarle que todo aquello no era obra de criaturas humanas, sino que brotaba del arte más oculto, lo sorprendía. Lo interrumpió:

—Ya basta, oh, visir de bien. Cambia de discurso, pues conozco la razón que te inspira lo que estás diciendo.

Aladino caminaba ante el sultán y le mostraba las distintas partes de su palacio. Siempre seguido por su huésped, llegó ante la alta sala cuyos bordes, en arcada, dominaban el exterior. El sultán admiró las galerías con celosías, las ventanas realzadas con esmeraldas, jacintos y gemas variadas, y todos esos detalles, a cual más suntuoso, lo dejaban sin aliento. Comenzó a deambular de una galería a otra, con la mirada cautivada, y dio de pronto con un detalle, el marco inconcluso de una de las ventanas; recordaremos que así lo había querido Aladino, pero el sultán exclamó con pesar:

—¡Qué lástima que la decoración de esta ventana no se haya terminado!

Luego se volvió hacia el visir:

—Tú debes de tener alguna idea sobre la razón por la que los almocárabes que enmarcan esta ventana han quedado inconclusos.

—Oh, dueño mío —respondió el interpelado—, creo que la causa es que tu excelente Felicidad se ha apresurado en demasía en celebrar las bodas de Aladino, de modo que el recién casado no ha tenido tiempo de concluir su construcción.

Esa última observación solo fue hecha para uso del sultán y en ausencia de Aladino, que acababa de retirarse para avisar a Dama Luna-de-las-Lunas de que su padre estaba en palacio. Cuando regresó, el rey, en cuanto lo divisó a lo lejos, le preguntó por el detalle que lo preocupaba:

—Aladino, hijo mío, ¿por qué razón los almocárabes que enmarcan esta ventana han quedado inconclusos?

—Oh, rey del tiempo —le respondió Aladino—, he dejado adrede que los

maestros de obras se limitaran a eso, en esta ventana, pues he querido que tu Excelencia, pidiendo que esa obra se completara a su gusto, pudiese dejar el recuerdo del honor que hizo a este lugar al visitarlo.

—Es muy fácil: tengo la firme voluntad de colmar lo que falta en este lugar.

—¡Haga Dios que tu poder dure, oh, rey! —exclamó Aladino—. Un vestigio de tu presencia permanecerá mucho tiempo aquí, en el palacio de tu hija...

El rey convocó de inmediato a los joyeros y los orfebres que iban a encargarse del trabajo; por otra parte, ordenó que se tomara del tesoro real la materia prima, es decir el oro, las pedrerías y otros minerales preciosos que iban a ser necesarios. Así, los hombres del arte pusieron de inmediato manos a la obra y se disponían ya a terminar los almocárabes que faltaban en el marco de la ventana.

\* \* \*

Entretanto llegó Dama Luna-de-las-Lunas, que se dirigía al encuentro de su padre. A éste le bastó una sola mirada para comprender que el rostro de su hija estaba radiante de alegría. La estrechó contra su pecho y la besó cálidamente. Luego fueron juntos a los aposentos de la princesa, pues era la hora de la comida de mediodía. Se habían preparado allí dos mesas, una para el sultán y los recién casados, la otra para el gran visir y sus colegas, los funcionarios, los notables del reino, las casas militar y civil, los diputados. El sultán se había colocado entre ambos jóvenes. En cuanto hubo probado los platos que se le ofrecían, quedó maravillado ante tan perfecta cocina, capaz de preparar viandas tan sabrosas, sin contar el servicio de la mesa, del que se encargaban siervas tan hermosas que todas habrían podido decir al brillante disco de la luna: «Ya puedes desaparecer, yo te sustituiré en tu oficio». Por añadidura, cada una de ellas llevaba en las manos un instrumento musical, al que recurría entre plato y plato, para mayor placer de los comensales, a quienes distraía y regalaba con sus acordes, que no engendraban melancolía... En otros instantes, con las cuerdas adecuadamente tensas, los dedos se limitaban a rozarlas o a pellizcarlas levemente, y producían emocionantes armonías capaces de consolar los corazones enlutados conmoviéndolos en lo más hondo de su secreto. ¡Qué satisfacción era para el sultán no ver así pasar el tiempo y poder relajarse de ese modo!

—En verdad —aprobaba—, apuesto a que los Césares, esos emperadores de Roma que tan bien sabían vivir, nunca se encontraron mejor, y me parece incluso improbable que un rey cualquiera pueda gozar tan solo de una parcela de la felicidad que así se me dispensa.

El alimento y la bebida se ofrecían profusamente: la copa circuló entre los comensales hasta que ya nadie sintió aún necesidad de beber. Llegó luego el momento de los pasteles, las frutas y las diversas golosinas, aunque dispuestas en otra

mesa, en una estancia contigua. Aquellos postres encantaron también a la concurrencia.

Al terminar la comida, se le ocurrió al sultán la fantasía de ir a comprobar por sí mismo el trabajo de los maestros albañiles, los joyeros y los orfebres. Se sentía inquieto por saber si el resultado no desentonaba con la decoración general del palacio de Aladino. ¡Ay! Al inspeccionar los trabajos, se vio obligado a constatar que la técnica de aquellos artesanos no se parecía ni de lejos a la de los obreros que habían trabajado en el palacio. En su defensa, los hombres del arte alegaron que la cantidad de piedras preciosas encontradas en el tesoro real no bastaba en absoluto para su obra. Que por eso no sea, concedió el sultán, y ordenó que se abriera para ellos el arca especial de las reservas preciosas, donde encontrarían sin duda lo que necesitaran. Finalmente, si aquello no alcanzaba, podrían recurrir a lo que Aladino había entregado como dote.

Los joyeros tomaron lo que el rey les había permitido y utilizaron todo el material nuevo. Pero, al examinarlo, advirtieron que estaban aún muy lejos de lo necesario, y que ni siquiera llegaban a la mitad del trabajo exigido para concluir los almocárabes de una sola ventana.

Entonces el sultán dictó un decreto: requisó todas las piedras preciosas que poseían el gran visir, sus colegas, los emires y los altos funcionarios.

Los joyeros se apoderaron pues de ellas antes de volver a la tarea. Pero aquello seguía sin ser suficiente. Cuando llegó la mañana, durante una inspección de las obras, Aladino observó que el equipo no había conseguido cubrir la mitad del proyecto y que quedaba más de la mitad aún de los almocárabes por hacer.

El dueño de la casa tomó entonces la decisión de hacerles demoler el trabajo emprendido y devolver todas las joyas a sus propietarios. Así, cuando aquello se hizo, el sultán recuperó sus bienes, y con él todos aquellos a quienes se había rogado que entregaran sus preciosas posesiones. Entonces, el sultán lo aprovechó para hacer una pregunta:

—¿Os ha explicado Aladino —preguntó a los obreros— la razón de su conducta? ¿Sabéis por qué no ha aceptado que acabaseis los almocárabes y ha preferido pedirnos que destruyerais lo que estaba hecho ya?

—Oh, dueño nuestro, no. Solo hemos recibido la orden. La hemos obedecido sin pedir más explicaciones.

El sultán, intrigado, se dirigió al palacio de Aladino. Pero éste, entretanto, inmediatamente después de haber despedido a los obreros, se había encerrado en su habitación, donde había frotado la lámpara. El *djinn* de la lámpara apareció y pronunció la fórmula:

—Amo, dime tu deseo. Manda y te obedeceré.

—Quiero que termines los almocárabes de la ventana cuya decoración quedó inconclusa —dijo Aladino.

—Tus deseos me son más queridos que mi cabeza y mis ojos —asintió el *djinn*.

A poco regresó y avisó a Aladino que lo que había ordenado hacer se había ejecutado.

Aladino subió de inmediato a verificarlo. En efecto, se podía advertir, inspeccionando bien el marco de la ventana, que la parte que faltaba había sido acabada.

Estaba pues contemplando el trabajo realizado cuando el eunuco de servicio se dirigió a él con un mensaje:

—Dueño, he aquí que el sultán ha llegado a tu mansión y está ahora abajo.

El dueño de la casa bajó para salir al encuentro de su huésped de categoría. Éste, en cuanto lo vio a lo lejos, preguntó a su yerno:

—¿Por qué, hijo mío, te has comportado del modo que sabemos? ¿Qué razón te ha llevado a interrumpir el trabajo que mis joyeros habían comenzado, y que completaba la decoración de la ventana, de modo que todo estuviera concluido en tu edificio?

—Oh, rey de los tiempos —respondió Aladino—, dejé inacabada esta ventana con un deliberado propósito. Ciertamente, los usos me impedían recibir a tu Felicidad en un lugar donde faltara algo, puesto que me honraba con su presencia. Pero, para que sepas ahora que soy del todo capaz de mostrar ante tus ojos una obra que no debe sufrir la menor imperfección, que tu Excelencia se digne echar una ojeada a los almocárabes de la ventana en cuestión y que tenga la bondad de comprobar su estado de acabado.

El rey quedó maravillado ante aquella demostración. Estrechó a Aladino contra su corazón y lo besó cálidamente.

—Hijo mío —añadió el sultán—, no me explico en absoluto lo que ocurre, y la cosa me parece muy extraña. Veamos: en una sola noche llevas a cabo una tarea que los joyeros y los maestros albañiles son incapaces de llevar a cabo, y que tampoco podrían finalizar, aunque dispusieran de largos meses. Por Dios, estoy seguro de que en toda la extensión de este bajo mundo no podría encontrarse a nadie que tuviese contigo nada en común y al que pudieses llamar tu hermano...

—¡Todo el mérito es tuyo, oh, dueño mío! —respondió Aladino—. ¡Que Dios te conceda una larga vida y te mantenga permanentemente entre nosotros! Este humilde servidor de tu Excelencia no merece el elogio que tiene la bondad de hacerle.

—¡Claro que sí, por Dios! —replicó el rey—. Merece todos los elogios quien construye algo que no está al alcance de los maestros albañiles del mundo entero reunidos.

Tras esas palabras, el sultán fue de inmediato a los aposentos de su hija Dama Luna-de-las-Lunas, donde reposó un poco. Pudo comprobar por sí mismo la felicidad que ella sentía llevando ese gran tren de vida, sostenido por tan poderosos medios. Terminada su visita, el sultán regresó a su palacio.

Aladino, aquel día, adquirió la costumbre de dar cotidianamente su paseo por la ciudad a caballo, escoltado por su personal, montado también. En su formación

habitual, la mitad de su gente por delante y la otra tras él, recorría todas las calles cuidando bien de hacer que arrojaran a manos llenas oro a la multitud, de modo que muy pronto fue popular para todos los habitantes de la capital que se vinculan a quienes dan sin medida. Todo el mundo lo quería, el que estaba cerca, el visitante de paso, el hombre de un solo encuentro. Cubrió también las necesidades de numerosos pobres, cuya indigencia remediaba distribuyendo víveres: él mismo había calculado las raciones de la espórtula, y no era raro verlo asistir a la sesión de avituallamiento y añadir al cesto algunas monedas por su propia mano. En todas las provincias del reino resonaba el rumor de su generosidad, hasta el punto que a menudo tuvo como huéspedes a la mayoría de los prefectos de las regiones. ¿Quién no juraba sobre su cabeza y su vida, señal de que eran muy valiosas para todos los súbditos? A veces se lo encontraba en las cacerías, en las justas del hipódromo, en los ejercicios de equitación e, incluso, en los desfiles militares ofrecidos en honor del sultán. En resumen, nadie discutía que fuese superior a todos sus contemporáneos.

Dama Luna-de-las-Lunas, cada vez que lo veía mostrarse a caballo, sentía crecer su amor por él y agradecía a la Providencia, desde lo más hondo de su corazón, que le hubiera hecho el insigne favor del infeliz episodio del hijo del visir, pues le había compensado, y más aún, conservándola para su verdadero y nuevo esposo, el prestigioso Aladino esta vez, ese hombre cuya fama crecía día tras día ante los súbditos del rey, ese verdadero grande del reino, ese objeto de una total veneración.

Ocurrió que, por aquel entonces, cierto rey, enemigo del sultán, organizó contra él una expedición guerrera. Por su lado, el sultán levantó un ejército para rechazar el ataque y lo puso a las órdenes de Aladino. El joven general lo condujo al encuentro del adversario, cuyas fuerzas en hombres eran considerables. Aladino pasó entonces al ataque, desenvainando su sable, y combatió en primera fila de los suyos. La batalla se entabló entre ambos ejércitos y la lucha fue de extremada violencia. A fin de cuentas, Aladino prevaleció y los enemigos a quienes no mató los hizo huir. Los despojos obtenidos en tesoros y equipamientos fueron imposibles de evaluar, tan grandes eran su precio y su número. En resumen, fue una gran victoria. Así, la capital se empavesaba en honor del vencedor, a quien aguardaba para recibirlo triunfalmente. Cuando entró en ella, el sultán en persona salió de palacio para acogerlo y, llegado a su altura, no se limitó a concederle sus felicitaciones, sino que lo estrechó contra su pecho y lo besó. La gran fiesta que ordenó para el pueblo incluía numerosos regocijos...

El sultán entró en el palacio de Aladino, donde lo recibió con alegría su hija Dama Luna-de-las-Lunas, que reservaba para su marido las manifestaciones de amor que se le debían. Aladino besó a su mujer en la frente, entre ambos ojos. Cuando los esposos se hubieron sentado, se sirvió vino y cada cual le hizo los honores, mientras fuera, en la ciudad empavesada y adornada, la fiesta estaba en su cénit. Para los súbditos del reino, sin distinción entre los individuos, solo existían ya Dios en el cielo y Aladino en la tierra. A la generosidad que lo distinguía entre los mortales, y que

hacía que lo amaran por encima de todo, acababa de añadir ahora otros títulos de gloria, pues su bravura en el combate y su habilidad a caballo habían asegurado el éxito de sus armas.

\* \* \*

Eso por lo que se refiere a Aladino.

Del lado del mago originario de los parajes del Poniente, el regreso a su país no había hecho cesar su melancolía, pues no dejaba de pensar en sus pérdidas pesadumbres, en las fatigas soportadas en balde para poder poseer aquella lámpara, en resumen, una empresa tan peligrosa como vana, puesto que no había obtenido de ella, en absoluto, el beneficio que esperaba. Ciertamente, su perfidia era la causa de su fracaso, cuando tan cerca había estado del éxito, como si el bocado que se hubiera llevado a los labios en vez de tomar el camino de su boca hubiera emprendido el vuelo fuera de su alcance. Rumiaba sin cesar pensamientos de esta suerte, y lamentaba la ocasión perdida cuando, pensando de nuevo en aquel Aladino a quien maldecía —a tantos excesos lo llevaba la cólera—, empezó a consolarse así: «¡Bah! Puesto que ese hijo de perra murió en el subterráneo, no es preciso ya nada más para poder aceptar mi desgracia. La lámpara no ha cambiado de lugar y, a fe mía, un buen día estará en mis manos».

Fue pues a buscar sus instrumentos de adivinación astrológica, arañó la arena del suelo con sus figuras geománticas, fijó el compás, examinó los granos en el suelo, delimitó las figuras formadas y proyectó en ellas, de modo preciso, los signos que el cielo le proporcionaba. Tomó la forma de los dibujos y los transportó a los grados del círculo zodiacal pretendiendo, con todos esos esfuerzos, confirmar en su espíritu que Aladino estaba efectivamente muerto y que la lámpara seguía encontrándose en el subterráneo. Examinaba pues atentamente las figuras, procurando separar bien las madres de las hijas.

El resultado lo sorprendió mucho. ¡No había lámpara en el subterráneo! Comenzó de nuevo sus medidas con más cuidado aún, derramó tres veces la arena. Nunca había lámpara... La cólera iba creciendo en él. Si al menos la arena le dijera que Aladino había perecido, eso lo satisfaría. Tampoco vio en la arena la muerte de Aladino. El cuerpo de Aladino no estaba tampoco en el escondrijo del tesoro. No cabía duda alguna, el muchacho había escapado de la muerte, se desplazaba libremente por la superficie del mundo. ¡Estaba vivo! Solo podía sacar de ello una consecuencia: el adolescente había salido del subterráneo con la lámpara, aquella lámpara por la que él, el mago, había salido de África y llegado a la India, aquella lámpara por la que había soportado las penas de una expedición a lejanos países, afrontado mil tormentos y los mil peligros que ningún otro hombre en el mundo habría podido soportar... No,

aquello no era posible.

«¿Se habrá apoderado sin dar golpe —mascullaba el mago—, y sin el menor daño, de esa lámpara que me costó tantas fatigas y peligros? Habrá descubierto para qué sirve, seguro, el muy miserable, y helo aquí más rico que nadie en el mundo. Es absolutamente necesario que me afane en matarlo».

Derramó, de nuevo, la arena de la geomancia, quemó incienso esta vez y, pronunciando las fórmulas mágicas, ajustó su compás. Examinó las figuras obtenidas y vio que, en aquellos momentos, Aladino estaba en posesión de una inmensa fortuna y se había casado con la hija del sultán de su país. El fuego de la cólera abrasó al malvado que, de inmediato, fue presa de la envidia. No tardó ni un instante e inició sus preparativos para marcharse a China.

Cuando llegó a la capital del sultán, en la patria de Aladino, se estableció en un caravanserrallo, el mismo donde se había alojado durante su viaje anterior, y esta vez solo oyó hablar del esplendor del palacio de Aladino. Decidió descansar de su viaje y, tras ello, iría a recorrer las calles.

Fuera, todo eran conversaciones del mismo estilo: no se podía hablar con nadie que no mencionara a Aladino, con el majestuoso palacio que había hecho construir por aquí, la belleza que lo distinguía por allá, sin contar con su hermosa educación, su generosidad; en resumen, las orejas le zumbaban.

—Joven de buena apariencia —preguntó a un tipo—, ¿quién es ese personaje del que hacéis tan halagadora descripción?

—Bien se ve, amigo, que eres extranjero en esta ciudad —respondió el interpelado—. Sin duda llegas incluso de muy lejos, si no has oído hablar nunca del emir Aladino, cuya fama, por lo que me parece, ha hecho resonar su prestigio en el universo entero. En el país donde habitas, ¿tal vez no te han descrito alguna vez el palacio que construyó, una maravilla del mundo, cuya magnificencia ha llegado incluso a los oídos del hombre lejano con tanta claridad como a los del compatriota? ¿Cómo puedes haberte perdido todo lo que se dice sobre ello, aunque solo sea un vago rumor, y no conocer ni siquiera el nombre de Aladino, a quien nuestro Señor aumente su poder y dé sabor a su vida de cada día?

—Es cierto —replicó el mago—, hace poco que he llegado, procedente de los parajes occidentales, de África a decir verdad. Nunca he oído hablar de ese palacio, ni citar el nombre de quien lo posee. Pero tengo ahora la intención de ver ese edificio e ir a admirarlo. Si deseas prestar servicio a un extranjero, dime cómo hacerlo para dirigirme allí.

—¡Oído atento y buena voluntad! —aceptó el hombre, que comenzó a precederlo para indicarle el camino del palacio de Aladino.

El mago no necesitó mucho tiempo para darse cuenta de que el edificio entero era obra de la lámpara y solo de la lámpara. Exclamó:

—¡Ah! Es absolutamente necesario que excave yo una fosa para hacer caer en ella a ese maldito hijo de sastre, a ese cerdo incapaz, a ese muerto de hambre. Que el

destino lo permita y veremos cómo forzaré a su madre a hilar algodón y enrollarlo en su rueca por un mendrugo de pan, como antaño era su suerte y su vida de cada día... Por lo que a él se refiere, es muy sencillo. No le queda mucho tiempo por vivir.

Presa de ese estado de ánimo regresó al caravanserrallo: el resentimiento contra su enemigo y la pesadumbre por su fracaso, que le ennegrecían el humor, todos aquellos impulsos mezclados habían elegido su alma como domicilio. Una vez en su cubil, saltó sobre los instrumentos de adivinación astrológica, vertió la arena para sus figuras geománticas, quemó el incienso y pronunció las fórmulas: quería saber dónde estaba la lámpara. Se enteró así de que se encontraba en el palacio y de que Aladino no la llevaba encima, una noticia que mitigó un poco su dolor:

«De ese modo —se dijo muy contento—, me resulta fácil causar la muerte de este maldito. Basta con que me apodere de la lámpara, por una añagaza de las mías, y que ponga en práctica cierto medio que conozco...».

Fue sin tardanza a casa de un fabricante de objetos de cobre:

—Oh, maestro —le preguntó—, ¿puedes fabricar cierto número de lámparas de cobre? Pide el precio que quieras por tu tarea, y no olvides que redondearé la suma con un pequeño suplemento..., pero deseo que me las entregues urgentemente.

—¡Oído atento y buena voluntad! —aceptó el latonero, que concluyó el trabajo encargado en el tiempo deseado.

Cuando hubo pagado de acuerdo con los términos del contrato que había pactado con el artesano, el mago se marchó con sus lámparas, regresó al caravanserrallo, donde las colocó en un cesto; tras ello salió por las calles y las recorrió gritando:

—¿Quién quiere cambiar una lámpara vieja por una lámpara nueva?

Al oír aquella canción, la gente que salía al umbral de su puerta se burlaba mucho:

—¡He aquí uno que conserva toda su razón, pues ofrece lámparas nuevas a cambio de las viejas!

De modo que los pasmarotes se reunían tras aquel extraño tipo, sin mencionar a los niños de los barrios que lo seguían de una calle a otra, soltándole rechiflas y chanzas. Pero aquellas burlas caían en oídos sordos, que no se preocupaban en absoluto de ellas.

Por el camino, el hombre llegó ante las ventanas del palacio de Aladino. Comenzó allí a hinchar su voz tanto como pudo, moduló el grito que lo había convertido en el hazmerreír de la ciudad y lo repitió varias veces, mientras los niños seguían tratándolo de loco... Pues bien, el destino había decidido que Dama Luna-de-las-Lunas estuviera, en aquel instante preciso, asomada a una de las ventanas que daban sobre la plaza, y a las que se accedía por la galería de la gran sala. Vio toda la escena: un sujeto chocante que gritaba y algunos niños que lo convertían en blanco de sus bromas, pero no comprendía de qué iba la cosa. Ordenó pues a una de sus siervas:

—Baja a ver quién es ese individuo, qué quiere y qué mercancía vende.

Así lo hizo la sierva, que escuchó con mucha claridad el grito que el hombre

lanzaba: «¿Quién quiere cambiar una lámpara vieja por una lámpara nueva?», mientras los niños se burlaban de él y lo perseguían con sus abucheos. Subió la sierva para dar cuenta a su dueña de lo que había visto y oído, repitiéndole:

—Oh, dama mía, hay abajo alguien que está gritando: «¿Quién quiere cambiar una lámpara antigua por una lámpara nueva?», y los niños lo siguen burlándose de él.

Al oír el relato, Dama Luna-de-las-Lunas no pudo evitar mofarse también: ¡decididamente, la proposición no carecía de sabor! Resultaba que Aladino había olvidado poner en un armario, que de ordinario cerraba con llave, la lámpara que usaba de vez en cuando. Por pura negligencia de su parte estaba allí tirada, olvidada en un rincón de palacio. Una de las siervas se había fijado en aquella lámpara y sugirió a su dueña:

—Oh, dama mía, precisamente he visto en los aposentos de mi dueño Aladino una lámpara antigua. Deja que se la cambiemos a ese curioso tipo por una lámpara nueva. Veremos si su proposición es fingida o si habla en serio.

A Dama Luna-de-las-Lunas la idea le pareció divertida:

—Trae la lámpara antigua que has visto en los aposentos de Aladino —ordenó a la sierva— y entrégasela al hombre de fuera.

\* \* \*

La princesa, naturalmente, nada sabía de esa lámpara y de sus propiedades. En especial, no tenía noción alguna de que Aladino le debía su riqueza y el grado de fortuna en el que se encontraba por aquel entonces. Su intención, simplemente, era hacer un experimento y darse cuenta por sí misma del punto de estupidez al que había llegado el hombre que daba algo nuevo a cambio de algo antiguo. Estaba lejos de hacerse una idea de la jugarreta que se disponía a hacerle el mago. Con ese ánimo, pues, permitió a la sierva bajar y proceder al intercambio de la lámpara. La sierva se dirigió al jefe de los eunucos, que salió a entregársela al falso mercader, y éste, de acuerdo con lo pregonado, le dio una nueva a cambio. El eunuco la entregó a Dama Luna-de-las-Lunas, que, comprobando que la operación había resultado beneficiosa para ella, se echó a reír ante la insigne debilidad mental que manifestaba aquel negocio al revés...

Pero el hombre, en cuanto tuvo en sus manos la lámpara mágica, comprobó que fuera efectivamente la del escondrijo del tesoro, se la metió en el bolsillo interior de su túnica y dejó en el lugar las que transportaba para los eventuales clientes dispuestos a cambiar su lámpara. Tomó un camino que no era muy transitado y lo siguió hasta las puertas de la ciudad. Tras ello, caminó por la llanura hasta la puesta de sol y, cuando cayó la noche, seguro de que estaba solo entre tierras no cultivadas, al abrigo de cualquier mirada indiscreta, sacó la lámpara y la frotó. De inmediato

apareció el *djinn* rebelde a Salomón, que le dijo:

—Heme aquí. Tu servidor está ante ti. Pide lo que quieras y lo cumpliré, pues honra lo que está en tu posesión.

—Deseo —respondió el mago— que tomes el palacio de Aladino del lugar donde se encuentra, continente y contenido, personas y objetos inanimados, y a mí con todo ello. Nos depositarás en mi país de África, que ya conoces. Quiero que ese palacio adorne mis parajes, entre jardines que lo rodeen.

—¡Oído atento y buena voluntad! —obedeció el servidor rebelde a Salomón—. Te bastará el tiempo de cerrar los ojos y volverlos a abrir. Estarás entonces en tu país, en África, con el palacio y todo lo que el edificio encierra.

Eso por lo que se refiere al palacio y al mago de África.

## Capítulo IX

### Aladino es condenado a muerte

Al día siguiente, apenas despertó, el sultán hizo lo que todas las mañanas: afectuoso con su hija Dama Luna-de-las-Lunas como era, su primer gesto fue abrir aquella de sus ventanas que daba a la residencia de los recién casados. Le gustaba, en efecto, entreverla a lo lejos, ya al comienzo de su jornada. Pero apenas se había acodado en el alféizar cuando tuvo la sorpresa de su vida: en el horizonte no había nada, ni el menor edificio. El terreno estaba desierto, como lo estaba antes de que el palacio fuese construido en aquel lugar. ¡No, nada! Ni el menor palacio, ni la menor construcción era visible.

Había en ello motivo bastante para que el sultán se mostrara incrédulo. Se frotó los ojos, creyendo que su sueño proseguía. O tal vez su vista se había entenebrecido. Cuanto más escrutaba, menos rastros distinguía. Con una creciente perplejidad, se preguntaba, en efecto, cómo podía desaparecer un edificio sin dejar vestigios y, en primer lugar, por qué desaparecía.

Presa de la desesperación, el sultán dio unas palmadas y las lágrimas inundaron sus mejillas y su barba. Lo más cruel era la ignorancia en que le dejaba el acontecimiento con respecto a la suerte de su hija. De inmediato, hizo llamar al visir. El ministro obedeció rápidamente la convocatoria, y con mayor rapidez aún al advertir el estado de aflicción en el que veía al soberano.

—Perdóname, oh, rey del tiempo —dijo—. Deseo que Dios te evite cualquier desgracia, pero ¿cuál es la causa de esa profunda pesadumbre?

—Hablas como si no supieras nada de lo que me sucede —tuvo la fuerza de soltar el sultán.

—Pues no sé absolutamente nada, oh, dueño —replicó el visir—. Por Dios que no me han dicho nada.

—¿No has lanzado entonces una mirada hacia el palacio de Aladino?

—Sí, oh, dueño mío, lo he mirado: está todavía cerrado...

—En fin, puesto que nada sabes —prosiguió el rey—, es el momento adecuado para acercarte a la ventana de esta sala, la que da hacia la casa de Aladino, y me hagas desde allí tu informe. Has dicho que el palacio de Aladino estaba cerrado aún, ¿no?

Obediente, el visir se dirigió presuroso hacia la ventana indicada por el sultán y se apoyó en el alféizar para contemplar el palacio de Aladino. Pero, a guisa de palacio, solo encontró el solar, y la desaparición de un monumento como aquél lo dejaba sin explicaciones. Perplejo, regresó hacia el sultán, que le preguntó:

—¿Conoces ahora la causa de mi duelo? ¿Has encontrado el palacio de Aladino

que tú decías haber visto cerrado?

—Oh, dueño mío —comentó el visir—, nada hay en todo esto que pueda extrañarte: ¿acaso no había advertido, hace ya mucho, a tu Felicidad que el palacio y todo lo que gira a su alrededor era un puro producto de procedimientos mágicos? Su construcción: ¡magia! Su desaparición: magia también, pues tanto en un caso como en el otro, ¿quién puede presumir de haber visto carpinteros o albañiles?

El sultán, a quien la cólera comenzaba entonces a inflamar, estalló:

—¿Dónde está Aladino?

—En estos momentos se encuentra de cacería —respondió el visir.

Al recibir esta respuesta, el soberano ordenó a algunos jefes de su casa militar que formaran un destacamento y partieran en busca de Aladino, a quien debían traer cargado de cadenas, atado de pies y manos.

La tropa partió para llevar a cabo su batida y dio por fin con Aladino, que estaba cazando. Los soldados se excusaron de antemano, turbados:

—Oh, nuestro señor Aladino, no nos guardes rencor por lo que vamos a hacer, pero hemos recibido orden expresa del sultán, que quiere que te llevemos con los brazos atados y cargado de cadenas. Nos encontramos pues en un servicio que nos han ordenado, y te pedimos perdón por no poder desobedecerlo.

Aladino, al oír aquellas palabras en boca de quienes iban a detenerlo, quedó mudo de asombro. Al cabo de unos instantes, pudo sin embargo articular las siguientes palabras:

—Buena gente que habéis venido hasta aquí, ¿podréis al menos decirme la razón de este arresto? Por mi parte, sé que soy inocente de cualquier crimen contra el Estado o su jefe...

—Oh, dueño nuestro —respondieron a coro—, no tenemos ni la menor idea.

Entonces, poniendo pie a tierra, Aladino declaró solemnemente:

—Tratadme como os dicta vuestro deber para con el sultán, pues la autoridad de mi soberano me es más querida que mi cabeza y mis ojos.

Los soldados agarraron pues de inmediato a Aladino y le ataron los brazos. Lo arrastraron luego al extremo de una cadena y de ese modo lo llevaron a la ciudad.

Cuando los habitantes de la capital vieron que llevaban a Aladino así aherrojado, comprendieron que todo había terminado para él y que el sultán ordenaría que le cortaran la cabeza. Pero eso suponía no contar con la simpatía que el héroe había suscitado en todos los corazones y con la popularidad de la que gozaba y que, por lo demás, nada tenía que ver con la del sultán.

La multitud, ansiosa por la continuación de los acontecimientos, se movilizó: abandonando sus casas tras haber tomado a toda prisa algunas armas improvisadas, la masa de gente comenzó a seguir a la soldadesca. Llegada a palacio, ésta condujo a Aladino hasta el sultán, a quien se había solicitado una audiencia especial. El soberano tomó inmediatamente la decisión de convocar al verdugo y pedirle que hiciera su trabajo. Entretanto, la multitud, fuera, solo podía constatar que el palacio

había cerrado sus puertas tras el destacamento de soldados, y dedujo de ello que la ejecución era inminente. Forzaron entonces la puerta, derribaron las murallas del recinto oficial e improvisaron una delegación con este mensaje para el sultán:

—Iniciamos el asedio a este palacio, cuyos habitantes no podrán salir, ni siquiera tú, si Aladino recibe algún daño.

El visir evaluó de una ojeada la situación e hizo su informe al sultán:

—Oh, dueño mío, considera el giro que toman los acontecimientos. El palacio está a punto de ser saqueado y quedaremos enterrados bajo los escombros. Te sugiero una solución adecuada: perdona a Aladino para evitar que quedemos todos expuestos a algún peligro imprevisto, pues el pueblo ama a Aladino más que a nosotros.

Pero el verdugo había extendido ya la alfombra de cuero que servía para las ejecuciones, instalado allí a Aladino con los ojos vendados, desenvainado su sable y recorrido por tres veces el círculo ritual en torno a la persona del condenado. Ya solo aguardaba para ejecutar la definitiva orden del rey. Ahora bien, éste, viendo que el pueblo se había encaramado a las murallas, dispuesto a demolerlas tras haber abierto brechas en muchos lugares, fue presa del temor y anuló la ejecución; además, envió a su heraldo al exterior para anunciar públicamente que había perdonado a Aladino. Éste, cuando se vio libre, se acercó al soberano, que estaba todavía en su trono, y le hizo esta petición:

—Oh, dueño mío, que tu Felicidad no se detenga por el camino y comunique a aquel a quien ha tenido la generosidad de perdonar la razón de su castigo.

—Oh, traidor —gritó el sultán—, ¿quieres hacerme creer que ni siquiera ahora sabes cuál es tu crimen?

Ordenó al visir, que estaba a su lado:

—Lleva a este individuo hasta las ventanas y que nos diga qué ha sucedido con su palacio...

Aladino siguió al visir, miró por las ventanas, hacia su palacio, y se vio obligado a ver que el terreno estaba vacío, desnudo como antes de la construcción que había encargado. Nada, ni el menor rastro del palacio... Aquel misterio lo superaba, lo enloquecía. ¿Qué había podido pasar?

Cuando regresó junto al rey, oyó que le preguntaba:

—¿Lo has visto entonces? ¿Dónde está el palacio? ¿Y dónde está mi hija, la sangre de mi corazón, la única, pues no dejás de saber que no he tenido más hijos que ella?

—Oh, dueño mío, no tengo ni idea —respondió Aladino—. Ignoro lo que ha podido suceder.

—Sabe, oh, Aladino —prosiguió el rey entonces—, que si te he perdonado es, solo, para que vayas a aclarar estos inquietantes fenómenos, y que hagas todo lo que esté en tus manos para encontrar a mi hija. Solo con ella quiero volver a verte. Y si regresas sin ella, esta vez te haré cortar la cabeza.

—¡Oído atento y buena voluntad! —exclamó Aladino—. Pero necesito unos

cuarenta días. Si al cabo de este plazo no te he devuelto a tu hija, podrás entonces actuar a tu antojo, y tomar mi cabeza.

—Concedido —soltó el sultán—. No creas que puedes escapar a mi autoridad, pues conseguiré echarte mano siempre, aunque encontrases asilo por encima de las nubes y no sobre la superficie de la tierra.

—Oh, sultán, dueño mío —replicó Aladino—, es imposible que sea infiel a la promesa que te he hecho. Te repito que si no puedo devolverte a tu hija al cabo de esos cuarenta días que te he pedido, no necesitarás ordenar que me busquen para obtener mi cabeza, pues yo mismo me ofreceré al castigo.

Así habló, y abandonó la corte.

\* \* \*

Ante la noticia de la liberación de Aladino, el pueblo sintió una gran alegría y se felicitó por el feliz término de aquella historia. Pero había una sombra en el cuadro: la vergüenza de haber sido implicado en una instrucción de este tipo y haber tenido que comparecer, el dolor de enfrentarse con las miradas de la población, la amargura que había experimentado viendo que los envidiosos se alegraban ante sus dificultades, todos esos sentimientos entremezclados no permitían en absoluto a Aladino andar con la cabeza erguida y mirar directamente a los ojos de la gente. Durante dos días, vagó por la ciudad, presa de la desesperación, incapaz de pensar en el modo de encontrar a su esposa Dama Luna-de-las-Lunas y su palacio, ambos esfumados. Fue preciso que algunas almas caritativas acudieran en secreto, durante aquellos días, a proporcionarle lo necesario para sobrevivir. Finalmente, salió de la ciudad y se dirigió a las desiertas extensiones que la rodean, indeciso todavía sobre el camino que debía seguir.

\* \* \*

Llegó así a una corriente de agua. Su pesadumbre solo había aumentado y estaba al borde del abismo de la desesperación. A punto estuvo de terminar de una vez. Pero lo retuvo su fe en el islam y su creencia en un Dios único. En vez de la proyectada zambullida, se aproximó a la ribera para entregarse a las abluciones rituales. Tomando agua en la palma de su mano, se frotó el intervalo entre sus dedos. Al hacerlo, tocó sin darse cuenta el anillo que llevaba desde que había bajado al subterráneo del tesoro.

Apareció el servidor del anillo y le dijo estas palabras:

—Heme aquí, oh, dueño. Ante ti está tu esclavo para servirte. Manda y te obedeceré.

Aladino no podía contener la alegría: ¡allí, ante él, se hallaba el *djinn* rebelde a Salomón!

—Oh, servidor del anillo —dijo—, quisiera que me devolvieses mi palacio, mi nueva esposa Dama Luna-de-las-Lunas, que allí se encuentra y, además, todo lo que el palacio contenía.

—Oh, dueño mío —exclamó el *djinn* rebelde—, no está en mi poder satisfacer tu deseo, pues esta actuación no es cosa mía, sino del servidor de la lámpara, a quien yo no puedo tener la desfachatez de contrarrestar.

—En ese caso, puesto que supera tus competencias —prosiguió Aladino—, déjame al menos junto a mi palacio, se encuentre en la tierra en que se encuentre.

—Oído atento y buena voluntad, oh, dueño mío —exclamó el servidor del anillo.

El *djinn* rebelde a Salomón lo tomó y, en un abrir y cerrar de ojos, Aladino estaba ya en el país de África, junto a su palacio, que reconoció a pesar de que la noche había caído.

\* \* \*

Todas sus pesadumbres, todas sus preocupaciones se desvanecieron como por arte de magia, y comenzó a implorar a Dios, él, que tan cerca había estado de la más negra desesperación, que tuviera la bondad de ponerlo ante su bella. Pensaba con emoción en aquel socorredor anillo y sentía una gratitud infinita hacia aquel talismán que lo había sacado de la nada. Pero era un hombre que no había pegado ojo desde hacía tres días, corroído por las preocupaciones, presa de una profunda pesadumbre, y de quien el sueño se apoderó para hacerle olvidar un poco la melancolía que entenebrecía su alma. Un árbol le proporcionó su sombra, pues el palacio había sido llevado a un fresco oasis de África, lejos de los pastos, en un espacio deshabitado. La noche le proporcionó la tranquilidad y lo despertó el trino de los pájaros. Ciertamente es, como dice el proverbio, que aquel que tiene en el matadero una cabeza de ganado que le pertenece permanece despierto, tanto teme que otro se la arrebate. Pero tres días de fatiga y vela habían podido con Aladino, que se durmió pues como un inocente.

\* \* \*

Muy cerca del lugar donde había pasado la noche manaba una fuente, la misma que regaba la aldea. Cuando despertó, Aladino se acercó a ella para lavarse las manos y el

rostro y proceder a sus abluciones habituales antes de recitar la plegaria matutina. Tras ello, fue a sentarse bajo las ventanas del palacio de Dama Luna-de-las-Lunas que, corroída por la pesadumbre de verse separada de su reciente esposo y de su querido padre el sultán, había adquirido la costumbre, en la tristeza de aquel drama en que el maldito mago la había arrojado, de levantarse muy de mañana cada día para llorar a su gusto. Por lo demás, rechazaba toda comida y toda bebida.

El destino había querido que, aquel día, una sierva, la encargada de los cuidados de su aseo, abriese la ventana y se asomara, como incitando a su dueña a hacer lo mismo: al menos, podría así mirar la naturaleza fresca y verde, que le haría olvidar su pesadumbre, se decía. Entonces la sierva divisó a su señor, sentado bajo las propias ventanas del palacio. Corrió hacia la princesa:

—¡Oh, dama mía! ¡Oh, dama mía! —le gritaba—, ¿me engaño acaso o tú también ves a mi dueño Aladino sentado allí, bajo los muros de palacio?

Dama Luna-de-las-Lunas brincó hasta la ventana, por donde vio en efecto a Aladino. También él, al oír el ruido de las contraventanas al abrirse, había levantado la cabeza, y la vio, incluso la contempló largo rato, recibiendo de ella las mismas miradas y el mismo saludo que él le devolvió. Ambos, de pura alegría, se sentían volando por los aires.

—Levántate y entra por la puerta secreta. Estoy sola, el maldito ha salido de momento —le dijo ella, mientras mandaba a la sierva hasta el pie de la escalera para abrir la entrada oculta.

En cuanto Aladino hubo penetrado en el palacio, se encontró ante Dama Luna-de-las-Lunas, que había acudido a recibirlo hasta la puerta. Se estrecharon el uno contra la otra y se besaron, sintiendo tan vivo gozo que brotaron las lágrimas. Al cabo de algún tiempo pudieron sentarse para conversar.

—Oh, Dama Luna-de-las-Lunas —comenzó Aladino—, deja que te haga primero una pregunta. Yo había depositado una antigua lámpara de cobre en algún lugar de mis aposentos...

Aladino no pudo terminar. Bastó con que Dama Luna-de-las-Lunas oyera estas simples palabras para que exclamara con un profundo suspiro:

—¡Ay! ¡Oh alma mía, toda nuestra desgracia procede de ahí, precisamente!

—Cuéntame lo que quieres decir con eso —prosiguió Aladino.

\* \* \*

Dama Luna-de-las-Lunas le contó desde el comienzo hasta el final, con pelos y señales, toda la aventura, detallando cada acontecimiento de un hechizo que la había convertido en su víctima. Le contó, especialmente, cómo en palacio habían trocado la antigua lámpara por otra nueva.

—El escenario mudó para nosotros en aquel momento —añadió—. Nos vimos transportados a este país, eso es todo. Desde entonces, por el individuo que abusó de mi ingenuidad al cambiar las lámparas, he sabido que era un hechizo debido a la lámpara, precisamente, el que le había permitido transportarnos a este lugar, su país de África, pues también me hizo saber que de aquí era él.

Cuando Dama Luna-de-las-Lunas hubo terminado, Aladino le dijo estas palabras de consuelo:

—Nada se ha perdido definitivamente. Pero, explícame, ¿qué quiere de ti ese maldito, qué cosas te dice, en qué tono te habla, qué espera de ti?

—Me visita una vez al día, una sola —respondió la princesa—. Pero no le enojaría enternecer mi corazón, y tiene la clara intención de que lo tome por marido en tu lugar. A su entender, te he olvidado, puesto que mi padre te ha hecho cortar la cabeza. Eso es al menos lo que afirma. Repite continuamente que perteneces a una familia de indigentes y que a él, y a nadie más, debes tu fortuna. Pero por mucho que me hable gentilmente, solo recibe de mí lágrimas y gritos de dolor. No ha obtenido de mi boca una sola palabra dulce.

—Si te es posible —prosiguió Aladino—, dame alguna idea sobre el lugar donde oculta la lámpara.

—Pero es que la lleva siempre encima, el muy bellaco —respondió su mujer—. Jamás de los jamases se separa de ella. El día en que me contó todo lo que te he dicho, me mostró la lámpara sacándola de su bolsillo.

Entonces, Aladino se sintió especialmente contento:

—Oh, Dama Luna-de-las-Lunas, escúchame bien —recomendó a su esposa—: de momento voy a salir de palacio, pero regresaré con un disfraz que no debe sorprenderte, aunque no me reconozcas. Deja siempre de centinela junto a la puerta secreta a una de tus siervas, con la misión de abrirme en cuanto me vea. Por mi lado, pondré en práctica una artimaña que me librá del bellaco.

Tras haber hablado, volvió a salir por la puerta secreta y se puso en marcha. Al cabo de cierto tiempo, se cruzó en su camino con un campesino. Lo llamó:

—¡Eh, buen hombre! Ven y cambiemos nuestras vestiduras.

El campesino, primero, no quiso saber nada de nada, pero Aladino supo convencerle, se puso sus ropas y le dio las suyas. El otro no perdía con el cambio, pues Aladino seguía llevando sus lujosos ropajes. Luego, con aquel disfraz, nuestro héroe se encaminó de nuevo hacia la ciudad. Una vez hubo llegado, se dirigió al mercado de los drogueros y pidió a uno de los mercaderes determinado género.

Éste, viendo que se las había con un cliente no solvente, al menos por el modo como iba vestido, y conociendo también el precio del producto en cuestión, le mandó a paseo:

—Amigo mío —lo desalentó—, lo que tú pides vale una moneda de oro por dirham<sup>[10]</sup>. Vistes harapos, deseas una mercancía que está por encima de tus posibilidades...

Aladino sacó enseguida su bolsa y pidió al droguero, mientras arrojaba sobre su mostrador dos monedas de oro:

—¿Quieres pesarme dos dirhams de este producto?

El otro no esperó a que se lo dijera dos veces y le dio lo que su dinero pagaba. De hecho, se trataba de un poderosísimo somnífero, capaz de actuar en muy breve tiempo, en menos de un minuto. Con su valiosa compra, Aladino regresó a palacio e hizo que la sirvienta que allí estaba apostada le abriese la puerta secreta.

En la habitación de su esposa, comunicó a ésta su plan:

—Escúchame: quiero que te vistas con lo mejor que tengas, que te adornes y abandones ese aire de luto. Cuando ese maldito mago venga a buscarte, ponle buena cara, recíbelo con palabras de bienvenida, en resumen, festéjalo. Invítalo incluso a hacer en tu compañía la comida vespertina. Quisiera que adoptaras el aspecto de una mujer que ha olvidado incluso la memoria de su amado Aladino y que ya no recuerda a su padre. Haz como si sucumbieras a su encanto y, presa de esa intensa pasión que fingirás sentir, pídele que te sirva una copa del vino que aquí se produce. Entonces, transportado por el júbilo, se levantará para ir a buscar el frasco, pero, entretanto, tu sierva, que estará en el secreto, habrá dispuesto otra copa del todo semejante a la tuya. Procederéis, como enamorados, a intercambiar las copas, no sin que tú hayas fingido mojar tus labios en la que vas a ofrecerle. Sabe pues que esta copa contendrá, vertido por tu mano, el polvo que yo te entrego. Cuando el maldito haya bebido el vino mezclado con esta droga, verás cómo cae desvanecido, como una piedra, como muerto.

La princesa lo había comprendido perfectamente. Tenía algunas reservas, pero las olvidó muy pronto.

—Cierto es que la operación no es fácil para mí, pero para poder librarnos por fin de ese maldito que tan amarga ha hecho nuestra vida, que con tanta dureza me separó de ti y de mi padre el sultán, afrontaré todas las dificultades.

Tranquilizado por esta conversación, Aladino comió y bebió un poco junto a su nueva esposa. Y cuando su hambre y su sed se hubieron saciado, abandonó el palacio.

Dama Luna-de-las-Lunas convocó a su azafata de palacio y le pidió que la peinara y la vistiera. Se puso su más hermoso atavío y se perfumó otra vez. Era la hora en que el hombre de los países del Poniente le hacía su visita habitual; cuando estuvo en sus aposentos y la vio tan bonita, se sintió muy satisfecho. ¡Pero cómo! ¡Aquellos rasgos tan adustos de ordinario y tan radiantes hoy! ¡Aquel sonriente rostro!... Su deseo de ella aumentó y sintió ganas más ardientes que nunca de poseerla.

Ella lo tomaba ya de la mano, lo hacía sentar a su lado.

—Tú a quien mi alma quiere —lo invitaba—, si lo deseas, ven a mi habitación esta noche; haremos allí, juntos, nuestra comida vespertina. Estoy saciada de luto, pues si permaneciera triste durante mil años más no sería por ello más rica. ¿Acaso eso lograría que Aladino volviese a la vida? Sí, sí, lo que me dijiste ayer me ha hecho

reflexionar. Mi padre el sultán no habrá soportado verse separado de mí y, en su pesadumbre, habrá ejecutado a Aladino. No te sorprenda que haya cambiado hasta ese punto la disposición de mi alma. La razón es que he pensado tomarte como único objeto de mis cuidados, oh, amor mío, y por aquel que será mi compañero de cada día. Sí, en lugar de Aladino, tú eres el único hombre que me queda. He alimentado la enloquecida idea de que, juntos, vaciáramos esta noche la copa, y que me hicieras degustar el vino que produce tu país, África, del que se dice que es, tal vez, mejor que el de nuestras regiones. Por lo demás, lo tengo aquí, en mi casa, y podremos compararlos.

Las manifestaciones de amor de Dama Luna-de-las-Lunas hacia él, aquel tan radical cambio en sus sentimientos desde la melancolía que la oprimía aún antaño, engañaron al mago: pensó que efectivamente había abandonado cualquier esperanza por lo que a Aladino se refería.

En su alegría, se abandonó:

—Oh, alma mía, lo que me pides es fácil para un hombre como yo. Oído atento y buena voluntad para con el menor de tus deseos, que es una orden para mí. Tengo en casa, no lejos de aquí, una jarra de vino de mi país. Hace ocho años completos que la conservo, colocada en un lugar subterráneo. Voy a sacar de ella ahora mismo lo que necesitamos para la noche y regresaré con ello al instante. Tendrás que esperar poco tiempo...

Pero Dama Luna-de-las-Lunas estaba decidida a llevar más lejos aún su artimaña:

—Oh, amor de mi corazón —insistió—, no me causes el dolor de abandonarme, ni siquiera para ir a buscar ese vino. Bastará con que envíes a uno de tus esclavos para que llene los frascos de la jarra y tome la cantidad que nos es necesaria. Al menos podrías permanecer así junto a mí, sentado, y yo seguiría gozando del hechizo de tu conversación...

—Oh, dama mía —objetó él—, es que nadie salvo yo sabe precisamente dónde se encuentra la jarra. Créeme, iré y regresaré muy pronto.

En efecto, no necesitó mucho tiempo para dirigirse a su casa y regresar con el vino necesario para ambos.

—Te has tomado el trabajo de molestarte por mí —dijo melindrosa Dama Luna-de-las-Lunas—, ¡qué fatiga te he ocasionado, oh, querido de mi alma!

—Pero ¿qué estás diciendo, oh, luz de mis pupilas? —respondió el mago—. Es un deber para mí y un honor, además, estar a tu servicio.

Tras ello, Dama Luna-de-las-Lunas se sentó a la mesa con su huésped y ambos comenzaron a cenar. En un momento dado, Dama Luna-de-las-Lunas pidió bebida. De inmediato, la sierva le llenó la copa y llenó también la del mago. La dama brindó por la salud de su invitado, deseándole la realización de todos sus íntimos deseos. Se mostraba de rara elocuencia y sus cumplidos estaban salpicados por las más exquisitas fórmulas. Además, utilizaba en la conversación palabras ricas en significados e imágenes: la muy astuta quería, de este modo, hacer que la deseara

más.

Para el hombre no quedaba duda alguna: todo el comportamiento que en ella veía procedía del fondo del corazón y ni por un instante imaginaba que aquel amor fuese una trampa, y una trampa mortal. Sentía que sus deseos por aquella mujer ambicionada aumentaban, que su exaltación se caldeaba, y tomó así al pie de la letra toda aquella exhibición amorosa, tan exactamente traducida en un lenguaje rebuscado, como suele ser el de la pasión. Este bajo mundo no se le daba un ardite, tanto prevalecía su sueño en una felicidad sin límites...

Llegó entonces el final de la comida: el vino reinaba ya como un tirano sobre los pensamientos y los sentimientos del hombre y, la propia Dama Luna-de-las-Lunas podía advertirlo, estaba tratando con una personalidad abandonada. Eligió aquel momento para decirle:

—Oh, querido de mi corazón, tenemos nosotros una costumbre, pero ignoro si en vuestro país se observa del mismo modo...

—¿Y cuál es esa costumbre? —preguntó el huésped.

—Pues bien, cuando dos amantes se han sentado a la mesa, cada uno de ellos se apodera de la copa del otro y bebe de ella.

De inmediato, tomó en sus manos la copa del hombre, la llenó de vino para sí y dio a la sierva la orden de coger su propia copa —recordaremos que en ella la misma sierva había mezclado droga en el vino— para entregársela a su huésped. No era un manejo muy arriesgado: no había en todo el palacio sierva o criado que no deseara ardientemente la muerte de aquel extranjero, y todos seguían como un solo hombre a Dama Luna-de-las-Lunas en sus mortíferos proyectos.

Él, por su lado, oyendo el discurso de la bella, viendo que unía el gesto a la palabra y bebía de su propia copa pasándole la suya, creyó que igualaba en gloria a Alejandro, el de los dos cuernos. ¡Cuánto amor se le manifestaba! Sin mencionar ese movimiento de vaivén durante toda la escena, que ahora había extraviado a Dama Luna-de-las-Lunas y que solo podía imputarse al placer... ¡Y aquella mano que ella había colocado en la suya!

—Oh, alma mía —exclamaba la dama—, eres mi amor y mereces que beba en tu copa y tú en la mía. Así hacen los amantes. Cada uno bebe en la copa del otro.

Dama Luna-de-las-Lunas llevó la copa a sus labios y bebió todo su contenido. Tras ello, habiendo dejado el recipiente, se inclinó hacia el hombre para depositar un beso en su mejilla. Para él, el júbilo no tenía límite: le parecía estar volando por los aires, tan viva era su emoción, tanto se hinchaba el deseo que había tomado el control de su corazón. Quiso imitar a su compañera: posando el borde de la copa en sus labios, vació su contenido sin intentar saber si, por casualidad, habían mezclado en él una sustancia cualquiera.

Cayó de espaldas en aquel mismo instante, como muerto, mientras la copa que sostenía se escapaba de sus manos.

## Capítulo X

### Aladino desbarata la nueva trampa

No fue escaso el júbilo de Dama Luna-de-las-Lunas viendo derribado a su enemigo. Las siervas, por su lado, se precipitaban ya para abrir a Aladino la puerta secreta del palacio. Cuando entró, corrió hacia los aposentos de su esposa, a la que encontró sentada todavía a la mesa, ante el hombre de los países del Poniente tendido de espaldas en el suelo, por completo en la posición de un cadáver. El marido estrechó a su mujer en sus brazos y la besó con afecto. Le agradeció luego los riesgos que había corrido y le expresó su alegría. Prosiguió luego exponiéndole su plan:

—Ahora, tienes que entrar con tus siervas en la parte privada de tus aposentos, para dejarme solo mientras llevo a cabo mi proyecto.

Sin remolonear, Dama Luna-de-las-Lunas hizo lo que su esposo le pedía: reunió a sus siervas y se retiró a otra estancia; apenas hubo partido su mujer, Aladino tomó la precaución de cerrar con llave la puerta tras ella y su séquito. Entonces, inclinándose sobre el hombre dormido, metió la mano en el bolsillo de su túnica y tomó la lámpara. Luego, desenvainó el sable y decapitó al desvanecido.

En cuanto tuvo en su poder la lámpara, Aladino no perdió ni un solo instante y la frotó. El *djinn* rebelde a Salomón apareció ante él y pronunció la fórmula:

—Heme aquí, oh, dueño mío, dispuesto a servirte; manda y te obedeceré.

—Deseo que ahora mismo retires de aquí este palacio —lo conminó Aladino— y lo transportes al país de China, al lugar exacto donde estaba antes de ese inesperado trasplante, frente al palacio del sultán.

—¡Oído atento y buena voluntad, oh, dueño mío! —gritó el servidor rebelde a Salomón.

Entonces, Aladino se reunió con Dama Luna-de-las-Lunas, la estrechó en sus brazos y le dio besos que ella le devolvió con ardor. Luego, ambos se sentaron para charlar durante el tiempo, muy breve es cierto, que el *djinn* necesitaba para llevar a cabo su tarea y colocar de nuevo el palacio, continente y contenido, frente al del sultán. Por lo demás, era ya cosa hecha.

Por orden de Aladino, las siervas habían puesto la mesa. Ambos esposos se sentaron, comieron y bebieron dando curso libre a su alegría, y pronto quedaron saciados y como ebrios de felicidad. Se retiraron de inmediato al salón que se reserva para la bebida y las entrevistas familiares. Entrecortando su conversación con libaciones y besos, se intercambiaron frases y caricias, a cual más cálida, como es imaginable si se piensa en el tiempo que les había sido necesario para recuperar, uno frente al otro, la limpidez de corazón de dos amantes reunidos. La entrevista se prolongó hasta muy avanzada la noche, hasta el momento en que el sol, no el del

exterior sino el que el vino hace levantarse en cada cabeza, brilló muy alto en el horizonte de su intimidad. El lecho los acogió, y se entregaron al descanso con toda tranquilidad...

Por la mañana, Aladino, que se había levantado primero, despertó a su joven esposa, Dama Luna-de-las-Lunas, e hizo que acudieran las sirvientas para vestir a su dueña, peinarla, ataviarla, mientras la felicidad estallaba en ella viendo anunciarse una jornada que los reunía, a él, el esposo magnífico con su suntuoso atavío, y a ella, cuya alegría aumentaba por el reencuentro con su padre el sultán.

\* \* \*

Eso del lado de la joven pareja.

¿Qué ocurría ahora en el escenario del sultán, que había liberado a Aladino?

En cuanto concedió su perdón, se había abandonado a la más profunda melancolía y no conseguía en absoluto despedirse de su hija. A cada instante del día podía vérselo sentándose y llorando por aquella que le había sido arrebatada, como hubiera hecho una mujer. Ya sabemos que era su hija única y, de pronto, toda su progenie, todos sus afectos le eran arrebatados. Cada mañana, corría hasta la ventana y la abría para escrutar con la mirada el vacío donde antaño se levantaba el palacio de Aladino. Y allí comenzaban sus llantos, que solo se detenían cuando las lágrimas se secaban en sus mejillas y sentía que sus párpados se agrietaban.

Aquel día, despierto desde la aurora, como de costumbre, abrió la ventana y vio ante sí una construcción. Se frotó los ojos, hizo funcionar su mirada varias veces consecutivas y el mismo espectáculo se ofreció cada vez a su vista. Identificó formalmente el edificio: no era otro que el palacio de Aladino. Hizo ensillar de inmediato su montura y, con mayor rapidez aún, cabalgó para atravesar la plaza y llegar al palacio de enfrente...

Cuando Aladino lo vio llegar, bajó de sus aposentos y salió a su encuentro hasta la mitad del camino. Lo condujo luego, sin soltar su mano, hasta los aposentos de su hija, muy animada también por el deseo de ver otra vez a su padre. Se había apostado al pie de la escalera, ante la gran sala que ocupaba la planta baja. El padre, sin más tardanza, estrechó a su hija contra su pecho y comenzó a cubrirla de besos, sin dejar de llorar, mientras también ella lloraba. Aladino los tomó a ambos y los llevó a la gran sala de arriba. Cuando los tres se hubieron acomodado, el sultán, devorado por la curiosidad, comenzó a hacer preguntas a su hija: ¿cómo se sentía ahora, y qué le había ocurrido? Entonces, Dama Luna-de-las-Lunas fue desenrollando el hilo de su relato, y le detalló su aventura:

—Imagínate, oh, padre mío —contó—, que solo ayer pude respirar, viendo a mi esposo, que me liberó del cautiverio en el que me mantenía un hombre de los países

del Poniente, un mago, un bellaco con el que ningún mortal podrá nunca competir, pues prevalece en bajeza. Sin Aladino, a quien mi corazón quiere, seguiría ahora entre las garras de aquel maldito, y tú no habrías podido ver de nuevo a tu hija durante toda tu vida...

»Si supieras qué pesadumbre, qué abatimiento sentía yo, oh, padre mío, cuando tenía que soportar no solo la separación de ti, sino también verme lejos de aquel con quien acababa de desposarme, el hombre cuyo nombre bendeciré todos los días de mi vida por lo que le debo. Un hombre, estaba yo segura de ello, al que tú habías condenado a muerte por haber sido el instrumento de mi perdición, y aquel que, en definitiva, me ha salvado de las cadenas en las que me mantenía ese maldito entre los malditos.

En ese capítulo, Dama Luna-de-las-Lunas era inagotable, pues tenía mil detalles para evocar la malsana figura y los modos intolerables de aquel hombre. Lo mejor había sido su engaño: se había hecho pasar por un mercader de lámparas y prometía lámparas nuevas a cambio de las antiguas...

—Pensé que solo un tonto podía actuar de aquel modo y me burlé de él, sin darle más vueltas a lo que anunciaba. Tomé una vieja lámpara que estaba en los aposentos de mi reciente esposo y se la confié al eunuco para que procediese al intercambio, como aquel maldito reclamaba. Y, a la mañana siguiente, oh, padre mío, estábamos en África, nosotros, el palacio y todo lo que contenía.

»Inútil es decirte que ignoraba de qué podía servir esa lámpara que yo cambié, y que nunca lo hubiera sabido si mi querido Aladino no se hubiera reunido conmigo y hubiera hecho todo lo que estaba en su mano para liberarme del mago del Magreb que no tenía más intención que abusar de mí, ¡el muy libertino! Pero Aladino me había dado un polvo soporífero que yo disolví en el vino de una copa, y ofrecí la copa al mago. La bebió y cayó de espaldas, como un muerto.

»En aquel momento entró mi esposo en el salón donde nos hallábamos. No tengo ni idea de qué modo lo hizo, pero, en todo caso, abandonamos África y aquí estamos.

Aladino completó la historia para el sultán:

—Oh, dueño mío, cuando vi al hombre en el suelo y que la droga había hecho su efecto, pedí a Dama Luna-de-las-Lunas que reuniera a sus siervas y fuera a sus aposentos privados. Eso es lo que hizo, y mejor así, pues la alejé para evitarle el terrible espectáculo que, sin ello, yo le habría infligido. Me incliné hacia aquel bribón, aquel hombre del Magreb, pues sabía por mi esposa Dama Luna-de-las-Lunas que llevaba siempre encima la lámpara, en el bolsillo interior de su túnica. Me bastó con alargar la mano, meterla en el bolsillo en cuestión y apropiarme del objeto. Tras ello, desenvainé mi sable y decapité al mago.

»No tardé en recurrir a la lámpara, y cuando el servidor apareció, le ordené que nos transportara, a nosotros, el palacio y su contenido, al lugar donde estaba de ordinario, es decir, aquí.

»Si tu Felicidad pone en duda un punto cualquiera de mi relato, que tenga la

bondad de venir conmigo junto al cuerpo sin vida de ese mago magrebí, el eje de toda nuestra aventura.

El sultán se dirigió hacia el cuerpo, dio de inmediato la orden de que se lo llevaran, lo quemaran y aventaran sus cenizas. Tras ello, estrechó a Aladino contra su pecho y lo besó cálidamente:

—¡Ah, hijo mío! —exclamó—, ¡perdóname! Y pensar que estuve a punto de arrebatarte la vida cuando todo el mal procedía de otro, de ese mago maldito que comenzó arrojándote a la fosa. Pero sabrás perdonarme, oh, hijo mío, y comprender la conducta de un padre que solo obedecía a la pesadumbre de haber perdido a su hija, la única, más cara para él que todo su reino. Puedes saber cómo la ternura hacia sus hijos rebosa de un padre y una madre; con más razón yo, que no tengo más progenie que Dama Luna-de-las-Lunas.

No cesaba de multiplicar ante Aladino excusas del mismo tipo y protestas de amistad.

—Oh, rey del tiempo —respondía el yerno—, de nada que pueda violar el islam y sus reglas te hiciste culpable. Por lo que a mí se refiere, también soy inocente. Solo por uno se produjo todo este escándalo, por ese hombre de los países del Poniente.

Entonces, el sultán hizo empavesar su capital; se organizaron festejos públicos y numerosas manifestaciones del regocijo popular. El heraldo recibió la orden de proclamar por todas partes:

Que comience a partir de hoy una gran fiesta en todo el reino. Esta fiesta durará treinta días y treinta noches, pues la hija del sultán Dama Luna-de-las-Lunas ha regresado, así como su nuevo esposo Aladino.

Eso por lo que se refiere a la pareja de recién casados.

Pero, a pesar de todo lo que había sufrido, el joven no quedó liberado de los daños que podía causarle el mago, incluso más allá de la muerte, aunque su cuerpo hubiera sido quemado y aventadas sus cenizas. He aquí cómo: aquel maldito tenía un hermano más inmundo que él aún y versado en el mal que producen las mismas artes mágicas, geomancia y astrología. Para utilizar la expresión popular, en aquellos dos hombres había el mismo grano de haba abierto en sus dos mitades. Y no miente el proverbio que dice: «El perro hace cachorros que se le parecen e incluso lo superan». Ambos hermanos vivían cada cual en una región del mundo y, como para mejor cubrir la tierra entera con sus procedimientos sobrenaturales, engañosos y maléficos, se alternaban: cuando uno residía en Occidente, el otro estaba en el Levante...

Cierto día, el hermano del mago de los países del Poniente había deseado recibir noticias suyas. Derramó su arena en un montoncito para la geomancia, dispuso sus instrumentos de astrología, quemó incienso, pronunció las fórmulas e hizo conjuros. Examinó luego la arena extendida, identificó en ella las figuras formadas y las escrutó. En resumen, su hermano estaba en el país... ¡de los muertos! ¿Difunto su

hermano? Lleno de tristeza, hurgó en la cosa, que le fue confirmada; le bastó con disponer de nuevo la arena para conocer detalles de aquella desaparición: el acontecimiento había ocurrido en una ciudad de la China y se había producido del peor de los modos. El asesino se llamaba Aladino.

De inmediato, hizo sus preparativos para el viaje. Se puso en camino y, atravesando tanto las llanuras cultivadas como las tierras incultas o las altas montañas, al cabo de largos meses, llegó a la capital del sultán, la ciudad de Aladino, en el país de la China. Se alojó en el caravanserrallo de los extranjeros, donde alquiló una habitación. Tras haber reposado ligeramente, paseó un poco por la ciudad mientras reflexionaba en un medio que le permitiera llevar a cabo sus criminales fines, vengar a su hermano y matar a Aladino.

Al pasar por el mercado, entró en un lugar donde servían bebida, una gran sala donde iba a encontrarse mucha gente. Algunos jugaban a las damas utilizando un tablero largo y estrecho, otros movían sus peones sobre un tablero cuadrado, otros más iniciaban partidas de ajedrez o se entregaban a distintos juegos. Nuestro hombre se sentó allí y dejó merodear sus oídos...

Oyó a gente que, a su lado, hablaba de una tal Fátima, una anciana que se había consagrado a la perpetua adoración de Dios. Estaba siempre en su ermita, fuera de la ciudad, y de la mañana a la noche se entregaba a sus devociones. Dos días al mes, no más, bajaba a la ciudad, donde eran ya incontables los milagros y las curaciones que hacía.

Cuando el mago oyó hablar de esa suerte, tuvo una idea:

—Ya está, tengo lo que necesito, si el Dios Altísimo lo permite: esta mujer me hará obtener lo que deseo.

Se dirigió hacia el grupo de personas cuya conversación había tratado de aquella Fátima y preguntó a una de ellas:

—Tío mío, os oigo hablar de los prodigios realizados por una mujer amiga de Dios, una tal Fátima. ¿Dónde puedo encontrarla? ¿Dónde mora?

—¡Sorprendente pregunta! ¿Cómo puedes estar en nuestra ciudad sin haber oído hablar de los milagros que dama Fátima realiza? Sin duda, infeliz, eres un extranjero, pues no te has enterado todavía de cómo esa santa mujer lleva a cabo sus ayunos, vive en la ascesis despreciando los bienes de este bajo mundo y se entrega a ejercicios de una absoluta piedad.

—En efecto, dueño mío, soy extranjero —respondió el hombre—. Solo desde ayer por la noche estoy aquí, en esta ciudad que es la vuestra. Te ruego que me hables más de esa dama de alta virtud y, especialmente, de dónde puedo encontrarla. Pues atravieso un período en el que la desgracia me pone a prueba y se me ha ocurrido la idea, oyéndoos, de acudir a ella para pedirle insistentemente que invoque sobre mi cabeza los favores divinos, esperando que el Altísimo, ¡exaltado y glorificado sea!, me libre de mis pruebas.

Su interlocutor le facilitó más detalles sobre Fátima, le habló largo y tendido de

todos los milagros que realizaba y, finalmente, lo tomó de la mano para conducirlo fuera de la ciudad y mostrarle el camino que llevaba a la morada de la santa mujer, en una gruta en lo alto de una colina. El hombre de la magia, muy reconocido por el servicio que le habían prestado, dio las gracias por la amabilidad y regresó al caravanserrallo para pasar allí la noche.

Ahora bien, el destino había decidido que fuera precisamente al día siguiente cuando Fátima bajase a la ciudad. Aquella misma mañana, el mago había salido del caravanserrallo y reparó en un grupo de gente. Curioso, se acercó. Era Fátima rodeada por un círculo de gente: todos los que sufrían daban dos pasos hacia ella, recibían su bendición y le pedían que invocara sobre su cabeza los favores divinos. Cada enfermo curaba en cuanto ella lo tocaba. El mago aguardó el final de aquella sesión y, cuando ella se fue, siguió de lejos a Fátima hasta la gruta donde había fijado su domicilio. Desde allí, regresó a la ciudad para aguardar que cayese la noche y pasó el tiempo en una taberna, donde tomó un vaso de licor.

Salió entonces de la ciudad para dirigirse a la gruta de Fátima. Entró en ella sin miramiento alguno. Viendo a la eremita tendida de espaldas y que dormía sobre un jirón de estera de mimbre, se arrojó sobre ella y se colocó sobre su vientre, al tiempo que sacaba su puñal y lanzaba un gran grito.

La mujer despertó; apenas abrió los ojos cuando vio a un hombre armado con un puñal sentado sobre su vientre y que amenazaba con matarla. La turbación que sintió la paralizaba.

—Escúchame —le dijo el hombre del Magreb—, si dices una sola palabra o lanzas un solo grito estás lista. Levántate y actúa siguiendo mis directrices.

Le juró que, si obedecía, no le pasaría nada. Solo entonces se levantó de encima de su cuerpo y ella se puso a su vez de pie.

—Cambiemos nuestros vestidos —le ordenó el hombre. Ella le pasó lo que llevaba, las tiras de tela que rodeaban su cabeza, su velo para el rostro, su manto.

—Eso no basta —prosiguió él—. También debes untarme con una pomada capaz de dar a mi rostro el mismo color que el tuyo.

Fátima encendió su vela y entró en un reducto, dentro de la gruta, del que sacó un pequeño bote de pomada. Tomó una ínfima cantidad en la palma de su mano y frotó luego el rostro del hombre, que tomó el color del suyo. Le puso en las manos su bastón y le enseñó cómo caminar y cómo comportarse en cuanto hubiera bajado a la ciudad.

—Ahora, puedes mirarte —le dijo ella— y verás que en punto alguno difieres de mí.

El hombre lanzó una ojeada al espejo. Era cierto, habríase dicho que era Fátima. Solo entonces tenía lo que deseaba; no veía por qué iba a cumplir su juramento. Pidió a Fátima que le diera una cuerda, que le fue entregada enseguida; la tomó y colgó en su gruta a la eremita. Cuando hubo exhalado el alma, la sacó arrastrándola para arrojarla en un pozo que había por los alrededores.

Fatigado por toda aquella actividad, el hombre entró de nuevo en la gruta y durmió hasta que se levantó el día. Partió entonces hacia la ciudad y fue a colocarse bajo los muros del palacio de Aladino. La gente se reunió de inmediato a su alrededor: le tomaban por Fátima, la asceta. Él la imitaba muy bien, colocando su mano en la cabeza de quienes sufrían algún mal, recitando para ello el capítulo preliminar del Corán y dirigiendo a Dios invocaciones en favor de éste o de aquél.

La multitud no dejaba de hacer cierto ruido, que ascendió hasta Dama Luna-de-las-Lunas. Deseando saber de qué se trataba, dijo a sus siervas:

—Bajad a ver lo que ocurre y volved a contarme la razón de este jaleo.

El jefe de los eunucos bajó para informarse y, al subir, explicó a su dueña:

—Oh, dama mía, ese ruido procede de dama Fátima. Si lo deseas, ordéname que te la traiga y así te beneficiarás de las bendiciones vinculadas a su persona.

—Buena idea —respondió Dama Luna-de-las-Lunas—. Hace mucho tiempo ya que oigo hablar de los prodigios de esta mujer y de sus virtudes. Siento grandes deseos de verla para espigar, también yo, mi parte de sus bendiciones. Por lo demás, si la haces venir hasta aquí, el palacio entero se beneficiará de su presencia y gozará de sus favores.

Eso hizo el jefe de los eunucos que, creyendo acompañar a Fátima, hacía penetrar en el palacio, efectivamente, al mago del Magreb.

Éste, cuando llegó ante Dama Luna-de-las-Lunas, comenzó a desenrollar el hilo de las invocaciones a Dios. La princesa era todo oídos y contemplaba con asombro hasta qué punto aquella miserable persona se mostraba humilde ante ella; es que el muy taimado no ahorra astucia alguna para engañar a su interlocutora y no cabía ninguna duda, pues todo el mundo hubiera jurado vérselas con Fátima y con nadie más.

Puesto que la esposa de Aladino tenía buen corazón, se había levantado cuando había entrado la falsa asceta, para honrarla, y tras haberla saludado, la había hecho sentarse a su diestra.

—Oh, dama Fátima, tengo la intención de ofrecerte un lecho permanente aquí, en este palacio, para que sea bendecido por tu presencia. Bajo tu dirección, aprenderé cómo entregarme a la adoración perpetua de Dios y cuáles son los ejercicios de la piedad. Te imitaré.

Era todo lo que el hombre del Magreb pedía... Pulió, para llevar hasta el fin su dolo, las armas de la humildad:

—Oh, dama mía —respondió—, he aquí algo que me es imposible aceptar. Soy una mujer miserable que se ha enterrado permanentemente en lugares incultos, en mi opinión los únicos adecuados para la perpetua adoración de Dios. La gente como yo se preocupa poco por vivir en los palacios de los reyes.

—No sientas escrúpulo alguno por ello, dama mía, oh, Fátima —la tranquilizó Dama Luna-de-las-Lunas—. Te reservaré un lugar de la casa donde puedas adorar a Dios a tu guisa. Nadie te molestará allí nunca y podrás entregarte a los mismos

ejercicios de piedad que en tu gruta.

—Oído atento y buena voluntad, oh, dama mía —exclamó entonces el hombre disfrazado de Fátima—. Lejos de mí la intención de obstaculizar tu deseo: ¿te opones acaso a lo que quieren los hijos de reyes, criticas sus decisiones? Sin embargo, te pediré que veles porque haga yo mis comidas sola en mi habitación, sin que nadie entre. No necesito en absoluto viandas suntuosas, pero ¿puedo obtener de tu bondad que me envíes por tu sierva, cada día, un mendrugo de pan y un trago de agua?

\* \* \*

Se habrá comprendido que el maldito quería, con esta artimaña, evitar quitarse ante cualquiera el velo del rostro que le cubría la boca; si por ventura hacía sus comidas con otras personas, su desencanto sería grande, pues descubrirían lo que era en realidad, un hombre que llevaba barba y bigotes...

—Oh, dama mía, oh, Fátima —le tranquilizó Dama Luna-de-las-Lunas—; quédate tranquila, siempre se actuará de acuerdo con tus indicaciones. Pero, de momento, ven conmigo, te mostraré el palacio, que tengo la intención de disponer con vistas a tu estancia entre nosotros.

La princesa Dama Luna-de-las-Lunas se llevó a la supuesta Fátima y la hizo visitar la habitación donde se proponía alojarla.

—Oh, dama mía, oh, Fátima —le indicó—, ésta es tu morada, este lugar te está exclusivamente reservado. Ya ves, residirás aquí con toda tranquilidad y gozando de todo el reposo que exigen tus íntimas convicciones.

El mago disfrazado le agradeció sus bondades e hizo en su favor invocaciones a Dios. Luego siguió a Dama Luna-de-las-Lunas hasta la gran sala de los pórticos calados, de las galerías que dominaban el exterior, incrustadas de piedras preciosas con cuatro ventanas gemelas.

—¿Qué te parece este lugar, oh, dama mía, oh, Fátima? —le preguntó Dama Luna-de-las-Lunas.

—Por Dios, oh, hija mía, es soberbio —le respondió el mago—. Es imposible que en ninguna otra parte de este bajo mundo exista un lugar como éste. Pero cómo me gustaría ver una sola cosa, ¡eso es!, una sola cosa que aumentaría su encanto y le daría mayor perfección aún, si eso es posible...

—Oh, dama mía, oh, Fátima, ¿acaso le falta algo? —preguntó Dama Luna-de-las-Lunas—. ¿De qué estás hablando? Creía que este lugar era perfecto en sí mismo e incapaz de ser enriquecido por nada.

—Oh, dama mía —respondió el mago—, le falta un huevo de roc<sup>[11]</sup>, que podría fijarse en el interior, en lo alto de la cúpula. Con eso, el lugar no tendría igual en el mundo entero.

—¿De qué pájaro se trata? ¿Cómo obtener uno de sus huevos?

—Oh, dama mía —explicó el otro—, es un pájaro enorme, capaz de levantar solo con las garras de las que está provisto el camello y el caballo, y de volar con ellos, tan robusto y colosal es. Por lo que a su huevo se refiere, solo puede encontrarse en la montaña Qaf<sup>[12]</sup>. Pero estoy segura de que el maestro albañil que ha construido este palacio está en condiciones de procurarte el huevo del roc.

Y eso fue todo sobre el tema pues, habiendo llegado la hora del almuerzo, las siervas habían puesto la mesa y Dama Luna-de-las-Lunas se sentó para comer e invitó a Fátima, es decir a la falsa Fátima. Ésta, o mejor dicho, el maldito mago, se negó en redondo y expresó su deseo de comer sin testigos.

Se retiró pues a la habitación que le había otorgado Dama Luna-de-las-Lunas y se hizo servir en sus aposentos.

Al anoecer, Aladino, que volvía de una cacería, fue recibido por su esposa Dama Luna-de-las-Lunas, que, saliendo a su encuentro, lo saludó. Él la estrechó sobre su corazón y la besó, pero advirtió, al mirarla de cerca, que cierta contrariedad velaba su faz, más radiante de ordinario. ¿Por qué, pues, no sonreía como de costumbre?

—¿Qué te sucede, alma mía? —se preocupó—. Dime, ¿ha sucedido algo desacostumbrado y que te inquieta?

—Nada en absoluto, oh, alma mía —negó ella—. Simplemente, creía que nuestro palacio no necesitaba nada más para aumentar su belleza. No obstante, oh, Aladino, oh, luz de mis pupilas, si pudiera verse desde abajo, mirando la cúpula de la sala de arriba, un huevo de roc como un colgante en lo más alto, entonces sí, nada en el mundo podría compararse a nuestro palacio...

—¡Y esa nadería te deja tan preocupada! —exclamó Aladino—. Para mí no hay nada más sencillo que arreglar este detalle. Que tu espíritu recupere toda su limpidez; además, cada deseo que tengas a bien presentarme considéralo ya como realizado por mí, aunque para colmarlo tenga que viajar al otro extremo del mundo. Y eso no me ocupará demasiado tiempo, ya verás.

Estas palabras tranquilizaron el espíritu de Dama Luna-de-las-Lunas: un marido que os promete concederos todo lo que le pidáis, ¡qué os parece! Entretanto, Aladino penetraba en su habitación, tomaba la lámpara y la frotaba.

Cuando el *djinn* rebelde a Salomón apareció y afirmó que era su servidor, Aladino le pidió:

—Un huevo de roc, por favor, y colgado en el interior de la bóveda del gran salón con cúpula.

Pero el *djinn* rebelde a Salomón, en cuanto oyó estas palabras, se encolerizó y se enfurruñó. Con un gran grito, soltó:

—¡Eres un ingrato! ¿No te basta, pues, que yo y todos los servidores vinculados al nombre de la lámpara nos hayamos convertido en tus esclavos? ¿Mi dueño quiere también que reduzca la princesa a un huevo, y para qué? Por el placer de los ojos,

para que ese huevo se balancee en la bóveda interna del gran salón de la cúpula... Para que nuestros jóvenes recién casados tengan un marco donde la vida fluya más comfortable y más dulce...

»¡No, no! Merecéis que os haga cenizas, en este mismo instante, a ti y a ella, y que esparza vuestras cenizas a los cuatro vientos. Pero tengo en cuenta esta vez vuestra inocencia y admito que, ignorando el verdadero sentido de esta demanda, no estéis en condiciones de saber qué significan las palabras pronunciadas. Tenéis por lo tanto mi perdón. El criminal no eres tú, ni tu esposa, sino ese maldito hermano del mago del país del Poniente, que reside entre vosotros y se hace pasar por Fátima, la anacoreta, bajo cuyos hábitos y maneras engaña a la gente. Este hombre está aquí para matarte: obtendrá venganza de la sangre de su hermano, que tú has derramado.

»En fin, si me has hecho la petición que me has hecho, es por su causa, pues él la puso en la cabeza de tu reciente esposa.

Tras este discurso, el servidor de la lámpara, el *djinn* rebelde a Salomón, se esfumó.

Aladino, por su parte, no sabía ya qué ocurría. Sus articulaciones temblaban aún por la emoción que había causado en él el enorme grito lanzado por el *djinn*, sin mencionar el sentido de las propias palabras que había oído. Pero se obligó al valor y salió de su habitación para dirigirse a los aposentos de su reciente esposa. Ante ella, fingió tener dolor de cabeza, porque conocía la reputación de sanadora de Fátima. Dama Luna-de-las-Lunas, viendo a su esposo sufrir y llevándose la mano a la cabeza, con apenas fuerzas para quejarse de su dolor, le preguntó qué sentía:

—Solo sé una cosa —respondió él—, ha hecho presa en mí una jaqueca.

Sin hacer más preguntas, ordenó ella que llamaran a Fátima. Colocaría la mano sobre la cabeza del enfermo y, sin duda, lo curaría.

—¿Y quién es la tal Fátima? —preguntó Aladino, mientras las siervas cumplían con su tarea.

Su mujer le comunicó que Fátima era una asceta, pero que ahora viviría en palacio, donde ella la albergaba.

Cuando la famosa Fátima entró, Aladino se acercó a ella y la contempló sin que se advirtiera su desconfianza. Hubiérase dicho que ni por un instante dudaba de tratar, en efecto, con Fátima la asceta, y no con el mago maldito; incluso le besó el borde de la manga, deseándole la bienvenida.

—Oh, dama mía, oh, Fátima —le preguntó—, ¿puedes hacerme un muy gran favor, pues sé que tienes la costumbre de curar los males que la gente sufre? Si supieras cómo me duele la cabeza...

El maldito mago no creía lo que estaba oyendo. ¿Pero cómo? ¿El tal Aladino venía a arrojarse, por su propia voluntad, en la boca del lobo? Así pues, acercándose para posar una de sus manos en el cráneo de Aladino, el artero lo aprovechó para meter la otra bajo su túnica y sacar un puñal que, desenvainado, no tardaría en hacer su trabajo. Pero Aladino, por su parte, estaba en guardia y, por el rabillo del ojo,

vigilaba el desarrollo del asunto. Su mano fue más rápida: agarró la mano armada, la volvió contra el criminal y hundió la hoja en su corazón.

Cuando Dama Luna-de-las-Lunas vio el aspecto que tomaban los acontecimientos, lanzó un gran grito y colmó de injurias a su marido:

—¿Qué has hecho, oh, dueño mío? ¿Cómo has podido cometer tan horrendo acto? Pero bueno, has matado a Fátima, la virtud misma y cuya virtud hacía milagros. ¿Te has convertido en un hombre que no teme ya a Dios?

—No he matado a Fátima —respondió Aladino—: he matado a quien mató a Fátima. Creías que esta persona era la mujer Fátima... Es el hermano del mago del país de África que transportó el palacio, contigo dentro, hasta sus tierras. Este hermano, por su lado, vino aquí, a nuestro país, mató a Fátima para tomar su apariencia y entrar en este lugar para hacer pagar el precio de la sangre de su hermano, y tomar mi vida, la mía, el asesino.

»Él te enseñó a hacerme la petición referente al huevo de roc, sabiendo que este capricho iba a causar mi perdición.

»Si no estás segura de que te digo la verdad, compruébalo tú misma: acércate y mira quién es la persona a la que he matado.

Al decirlo, quitaba el velo a la supuesta Fátima. Dama Luna-de-las-Lunas se inclinó y vio, en efecto, un rostro masculino, a juzgar por la barba que había crecido casi por todas partes. No tuvo dificultad alguna en rendirse al razonamiento de su marido, y se excusó:

—Oh, esposo mío, es la segunda vez que te expongo a un peligro mortal...

—No vuelvas a pensar en ello, oh, Dama Luna-de-las Lunas, pues por consideración hacia tus ojos acepto todo lo que de ti viene y siento alegría por ello.

Agradecida, lo estrechó contra su corazón, le dio numerosos besos y exclamó:

—¡Oh, cómo me amas! ¡Y yo, ciertamente, no me daba cuenta de ello y no te correspondía suficientemente!

También él la tomó en sus brazos y la besó. Aquel acontecimiento había hecho más intenso aún su amor.

Entonces llegó el sultán. Todo lo que acababa de ocurrir, desde los planes del artero mago hasta su muerte, le fue contado: le enseñaron el cuerpo tendido, que el sultán quiso que se quemara y se dispersaran sus cenizas, como antaño había hecho con su hermano.

Por lo que se refiere a Aladino, se instaló con Dama Luna-de-las-Lunas en una vida más sabrosa aún, apartada de trastornos y disensiones. No tenía ya enemigo alguno y nadie quería ya hacerle daño.

\* \* \*

Al cabo de cierto tiempo, el sultán murió. Aladino subió al trono real y gobernó con justicia a sus súbditos. Amado por todas las criaturas, fue también colmado de alegrías y honores, hasta que vino en su busca, y en la de los suyos, Aquella que arruina los placeres y dispersa las asambleas...

# Notas

[1] Publicada en Edhasa en dos volúmenes en 2010. (*N. del T.*) <<

[2] El autor hablará, más adelante, del Magreb interior considerado, por aquel entonces, como uno de los focos predilectos de la magia. (Todas las notas a pie son de René R. Khawam). <<

[3] Es decir, la cuenca del Indo. <<

[4] Probablemente Alejandría. <<

[5] Se supone situada en la cordillera de Tchalkal, al norte del Kirguizistán. Una serie de relatos populares árabes, entre ellos *Las mil y una noches*, nos lleva a esa China interior (Sinkiang), dominio de los turcos uigures. <<

[6] Este detalle muestra la antigüedad del texto, pues alude a una primitiva ley del islam según la cual una materia bruta, es decir inanimada, no podía producir beneficio, lo que tuvo como consecuencia, especialmente, poner en manos de los no musulmanes la banca y los préstamos con interés. <<

[7] Recuérdese que, en el islam, es el marido el que paga la dote a la familia de su futura esposa. <<

[8] El ratl equivale a una libra. <<

[9] Es bien sabido que éste era el sobrenombre de Alejandro Magno entre los árabes (cf. Corán, XVIII, 83-98). <<

[10] La unidad de peso así llamada equivale a unos 26 g. <<

[11] Pájaro gigantesco y maravilloso. Lo encontramos también en Simbad. <<

[12] Montaña que, según los árabes, rodea la Tierra. <<